

EL CANON DE HIELO

El corazón es difícil de domar

Ducher



EL CANON DE HIELO

El corazón es difícil de domar

Ducher



Sinopsis

Serena es una chica “común” que quiere vivir en libertad, pero un giro inesperado la obliga a formar parte del harén del rey. Sin olvidar, ni por un segundo a su familia, y dispuesta a sobrevivir en aquel nido de fieras, lucha contra la traición de su corazón, hecho que la lleva a enamorarse del soberano, un hombre del demonio, frío como el hielo.

En cuanto lo vi, el corazón se me detuvo. Odié la vida por sus juegos y manías de llevarme a los momentos más inesperados, pero sobre todo, la odié porque me llevó hacia él. Creí que era fuerte, y lo soy, pero no se cuenta con la misma fuerza si el corazón te traiciona. El mío hizo de las suyas cuanto quiso, y cuando me entregó la cordura, ya había roto demasiadas barreras.

Ignora al corazón y te martillará la cabeza TODA LA
VIDA.

Índice

Prólogo.....

4

Capítulo:

1.....

6

Capítulo:

2.....

Capítulo:

3.....

Capítulo:

4.....

Capítulo:

5.....

Capítulo:

6.....

Capítulo:

7.....

Capítulo:

8.....

Capítulo:

9.....

Nota del

autor.....

Prólogo

— *El caballero salió disparado del castillo sobre un corcel blanco cubierto por una brillante armadura, detuvo el caballo de tal forma que este se alzó sobre sus patas traseras, removi6 el casco en su cabeza y exclam6:*

¡Ya verán como mato ese fénix que ha azotado estas tierras por años y comeré su corazón y mi hermano tomara su sangre y toda la nobleza hará un festín con su carne! ¡Ya verás padre! ¡Tendré tal poder que daré calor a las tierras del norte y las haré fértiles entonces, destruiré cualquier rebeldía de quien ose usurpar el trono! Y así fue como todo comenzó.

— ¿Un fénix? ¿Y cómo era?

—Se contaban muchas historias. Nadie lo supo con exactitud, hasta que el caballero logró matarlo, algo que se creía imposible pues se regeneraba una y otra vez. Al fin, descubrió que la única manera era cortándole la cabeza. Lo describió como el animal más hermoso que jamás sus ojos hubieran visto. Contaba con plumas de todos colores, así como un arcoíris. Las alas eran de un fuego azul que se extendía como un manto. Las garras de sus patas desprendían unos misteriosos rayos amarillos que destruían el suelo con la misma facilidad con la que rompemos una rama. Por último, el corazón; se cuenta que cuando fue arrancado, lo cubría una llama dorada. Se dice que el caballero había sido gravemente herido, así que comió el corazón tal y como había prometido a su padre y casi como por arte de magia, se curó.

— ¿Y la sangre? El caballero dijo que se la daría a su hermano ¿por qué?

—Al parecer, el hermano del caballero sufría de una enfermedad incurable, y pasaba largos días en cama. Se contaba en las leyendas que la sangre del fénix podía fortalecer cualquier cosa, así que el caballero intentó tomar un poco para llevar a su hermano, pero entonces descubrió que la sangre enseguida se volvía fría como el hielo y dura como un diamante. Entonces, cogió de la

poca que quedaba, la metió en un frasco antes de que se congelara y la puso cerca de su corazón. Aquel poco de sangre que mantuvo en el recipiente, aferrada a su pecho, se conservó líquida y cálida.

— ¿Entonces, el hermano logró curarse?

—Para su suerte, sí, pero no para la del caballero.

— ¿Qué sucedió después?

—Ya es tarde. Te cuento mañana ¿sí?

— ¿Esta historia... fue real?

—Quién sabe, mi niña, —se inclinó sobre la cama, me cobijó y me dio un beso. —aunque yo apostaría que es cierta. Duerme bien, pequeña.

—Hasta mañana, abuela.

Capítulo: 1

Era tarde en la noche cuando sentí los gemidos de mi madre. No era algo nuevo. Quería quedarme en la cama e ignorarlos, pero finalmente se me volvió imposible y decidí espiar por una abertura de la puerta.

—Sonia, para cualquier familia de plebeyos sería un honor —le dice mi padre que estaba junto a ella.

—Sabes perfectamente que no es una vida que Serena quiera llevar, por mucho lujo y riqueza, ella prefiere ser libre, además... no es lo que quiero para ella. Primero Aster y ahora Serena, pronto será como si no tuviésemos hijos —hundió su rostro en el pecho de mi padre—No quiero que la alejen de mi Abrahán, no quiero que alejen a mi niña.

—Recuerda que ya no es una niña, Sonia y la libertad no le dará techo y comida, además, no podemos protegerla siempre. Sinceramente, antes de verla sufrir producto a esta plaga de pobreza, serían mucho mejor las

comodidades de palacio.

Antes de que la conversación se extendiera, dejé abrir completamente la puerta y me les acerqué.

—Mamá ¿qué... qué sucede?

— ¿Escuchaste...?

— ¿De qué hablan?

—Nada, no es nada en realidad.

— ¡No mientas! —le exigí.

—Tarde o temprano lo sabrá —intervino mi padre —Es mejor que lo sepa cuanto antes así se prepara mentalmente —se produce una pausa. —Escucha Serena, hoy la guardia trajo a la ciudad un comunicado del emperador, un decreto. Las jóvenes vírgenes más bellas serán llevadas al harén de palacio y una de ellas... serás tú, hija.

Aquella noticia, fue totalmente inesperada.

—¡¡No, no, no!! —Grité con desespero. —¡¡No es lo que quiero para mí!!

—Lo sabemos, mi niña—dijo mi madre con el rostro marchito —Si tuviésemos poder para elegir, si por lo menos tuviésemos dinero para sacarte de la ciudad, pero ni siquiera hemos completado la cuota de los impuestos.

—Todo es mi culpa. Soy un inútil, Serena —el hombre secó las lágrimas antes de que corrieran por su rostro —Ni siquiera puedo traer dinero suficiente a la casa. Tampoco quiero que te alejen de nosotros hija mía, pero una vida en palacio será mucho mejor que cualquier otra vida fuera de él. Ya estoy viejo y como están las cosas, nunca podré darte una vida mejor. Me duele decir estas palabras, no sabes cuánto, pero en esta sociedad donde los nobles oprimen cuanto quieren, es mucho mejor ser un pájaro enjaulado, hija.

Bajé la cabeza. Pensé en todas las mañanas que me asomaba a la ventana que daba a la calle principal. Nuestra humilde casa estaba asentada en un rinconcito con salida a otra calle que se establecía perpendicular. Cada día

veía pasar las carrosas extravagantes de los nobles y de vez en cuando, sobre esbeltos caballos, a los caballeros de rey. Ahora que lo pienso bien, siempre me pareció un sueño, uno muy distante.

—Lo sé —sonreí con falsedad —Volveré a mí habitación.

—Serena...

—Comprendo. Realmente lo comprendo. No se preocupen por mí, ya tienen bastante en que pensar —les di la espalda y me metí en la habitación. Me recosté sobre la puerta y me senté en el suelo con la cabeza entre los brazos. Los ojos se me humedecieron, evité llorar pero me fue en vano.

Ciertamente no me esperaba lo mejor si mi vida seguía igual. Había cumplido los dieciocho años pero no tenía enamorados, mucho menos pretendientes, y para una mujer soltera y de mi clase, la única salida era el suicidio o la vida de hombre en hombre.

— ¿A quién engaño? —Palpé mi cara hinchada.

Era tan joven y tenía tanta vida por delante... una vida que viviría entre cuatro paredes. Sinceramente aun no estaba preparada para renunciar a la libertad. Una vez estuviese allí sería propiedad del emperador, sin derecho a amar o siquiera a morir.

Mi habitación era sencilla, la cama justo en el centro pegada a la pared del fondo y en un costado, una mesita con una pequeña y desgastada vela que iluminaba a duras penas el cuarto.

—No tengo belleza, solo un pelo rojo. Es la única razón por la que me llevarían ante el rey —me lancé sobre la cama de espaldas, cerré los ojos y puse en marcha mi imaginación —.Yo... en su cama. —abrí los ojos de golpe y sacudí la cabeza.

Hice un esfuerzo por imaginarme su rostro. Había escuchado los rumores de su belleza, *un hombre esculpido por ángeles* decían las mujeres por las calles que de casualidad habían escuchado de algún noble. *Perfección absoluta, una belleza inigualable y fría de las que congela hasta el alma. La*

ley misma de la belleza humana.

Luego de mi viaje mental, la habitación se volvió oscura de repente. Chasqué los dedos y del índice me emanó una llama. Miré hacia la mesita y noté que la vela había llegado a su límite. Respiré profundo, apagué la llama en mi dedo y me recosté sobre la almohada para sí de algo servía, tratar de conciliar el sueño.

En la mañana, un pan viejo y un vaso de leche me esperaban sobre la mesa. Agradecí a Dios por la comida, era reconfortarle tener algo que llevar al estómago. Abrí la ventana de uno de los laterales de la sala y me quedé observando como las lujosas carrosas de los nobles pasaban por la calle principal. También vi pasar a la gente, a los pobres, a los menos pobres y a los ricos, pero plebeyos al fin.

Suspiré.

En la tarde debía ir al bar de Manuel, un viejo amigo de mi padre, le ayudaba a limpiar, cocinar incluso a servir, todo trabajo que estuviese disponible en el momento, a cambio, me daba unas cuantas monedas de plata. Sabía que era mucho más de lo que cualquiera pagaría, pero también sabía que era una de las pocas formas que había encontrado para ayudarnos. Mi padre era demasiado orgulloso.

—Serena—escuché la voz de mi madre a mis espaldas, instantáneamente me volteé —Sé que has de estar angustiada con todo esto. Yo también lo estoy, no te imaginas cuanto—bajó la mirada y antes de alzarla sonrió levemente —Me da vergüenza decirlo pero tú padre no te lo pediría aunque lo matasen, sabes cómo es...

— ¿Es por los impuestos?

—Aún nos falta mucho.

— No te preocupes, te lo daré todo. De todas formas no es que valle a hacer nada más importante con ese dinero.

—Muchas gracias hija, solo no le digas una palabra a Abrahán, me...—se

detuvo al ser interrumpida por unos grotescos golpes en la puerta.

Ambas miramos a la entrada. Ella me miró con el ceño fruncido. Era muy temprano para recibir visitas.

— ¿Sí? —Respondió mi madre.

— ¡Es la guardia real! —Se escuchó una potente voz. — ¡Abran!

La miré con los ojos sobresaltados y ella lucía totalmente desesperada. Se dirigió a la puerta, aló del gatillo y tomó aire antes de abrir definitivamente.

— ¿En qué puedo servirle?

Antes de que pudiese decir una palabra más el guardia la forzó a echarse a un lado y se adentró en la sala. El hombre llevó un puño a su boca, aclaró su garganta y se paró recto.

— ¿Y su esposo?

—Él no está. Trabaja desde muy temprano.

—Tengo entendido que tienen una hija doncella —me miró fijo a los ojos. Casi por instinto me puse en pie. — Supongo que es usted.

Tragué en seco pero justo antes de poder decir cualquier cosa mi madre se arrojó hacia él.

— ¡No, no voy a dejar que se lleven a mi hija! —La mujer agarró fuertemente al hombre del brazo. — ¡Ella no pondrá un pie fuera de esta casa! ¡Tendrá que pasar por encima de mi primero! ¡¿Me escuchó?!

El Hombre detuvo a los demás guardias que estaban dispuestos a actuar. Volteó el rostro y frunció la mirada hacia la mujer que se aferraba al metal de su armadura.

—Porque no le grita eso al emperador, señora —le dijo con claro desprecio y se desató del agarre con dureza. —Solo seguimos órdenes —me mira. — Tenemos un carruaje esperando fuera. No queremos recurrir a la fuerza así que no se resista. Tome lo que necesite, preferiblemente solo aquello con valor sentimental. No se preocupe, en palacio tendrá de todo.

— ¿Puedo... despedirme de mi madre por lo menos?

—Solo no demore mucho. Las demás jóvenes esperan.

—Gracias.

Antes de mirar a mi madre bajé la cabeza, escucharla llorar me partía el alma y sinceramente no sabía cómo encararla. Me le acerqué sin levantar los ojos y la abracé. Hundí el rostro en su cuello y dejé escapar algunas lágrimas. Froté mis mejillas en las telas de su viejo vestido y la miré con una sonrisa. Hice hasta lo imposible por mantenerla.

—Después de todo tengo suerte. Seré una carga menos para ustedes, además —forcé aun más la sonrisa. —viviré plácidamente toda la vida. ¿Cuántas mujeres de nuestra clase tienen esa oportunidad? Tengo suerte, —la abracé nuevamente. —mucho suerte. Cuída las cartas de la abuela ¿sí? —La noto asentir levemente — También dile a papá que lo amo, mucho, mucho, mucho y sí algún día Aster vuelve... dile... dile que estaré bien —la besé en la mejilla. — Te amo.

Tomé distancia, levanté la cabeza y abandoné la casa sin mirar atrás. Ella no me detuvo y eso, ciertamente me reconfortó. Por lo menos, no vería mi rostro destrozado.

Los guardias me escoltaron hasta la enorme carrosa negra estacionada justo frente la calle de mi humilde hogar. Me abrieron las puertas. Una vez puse un pie dentro sentí vergüenza ante aquellas chicas que me miraban como si fuese un trofeo más para el rey. Me acomodé en un rincón y cubrí mi rostro con ambas manos. Noté una sacudida en el coche y seguidamente, como se echaba a andar.

Pasado unos segundos, escuché un grito arrollador provenir de la casa. Me exalté y levanté la mirada hacia la oscuridad. Mi madre probablemente no había resistido la tensión y había optado por desatar la ira. La prepotencia de no poder hacer nada, la rabia agobiante de ser un pequeño, débil e inferior ser. Lo sabía. Lo sabía bien. Yo... me sentía exactamente igual.

En todo el recorrido apenas estuve consiente de los minutos o las horas, ni siquiera pude notar cuando el coche se detuvo, estaba completamente perdida en mis pensamientos. La puerta se abrió justo a mi lado y la luz entrante me hizo volver a la realidad, en cuanto lo hice, se escuchó la voz de uno de los guardias.

— ¡Pueden bajar! ¡Ya hemos llegado!

Esperé pacientemente hasta que cada una de las chicas bajara. Conté once que serían doce conmigo. Bajé las escaleras con los párpados cerrados, el sol me resultaba cegador. Abrí los ojos lentamente y poco a poco recobré la claridad. Giré sobre mis talones y respiré profundo. El lugar era ciertamente hermoso, nada comparable a lo que había visto.

Nos encontrábamos detrás de palacio, frente a una mansión que a la vez estaba unido al palacio por un pasillo con ventanales de cristal.

Una mujer de cuerpo voluminoso salió de la mansión, y se nos acercó. Lucía una amplia sonrisa y labios de un rojo intenso. Nos miró a cada una por unos momentos y luego de tomar aire con clara alegría, nos dirigió la palabra.

— ¡Pero si son hermosas! Un poco descuidadas, haraposas y sucias, pero hermosas. Siempre estaré para ustedes, así que no duden en hablarme si necesitan algo. Pueden llamarme Rosa.

El silencio se apoderó de la situación en cuanto vimos aparecer a otra señora a espaldas de Rosa. Era totalmente diferente. El rostro delgado y duro como piedras. Muy alta, muy distinguida y también muy hermosa. La señora más gorda ocultó su sonrisa y se paró firme como estatua.

—Déjame ver a las jóvenes Rosa —tras las primeras palabras su presencia resultó aterradora. — Indudablemente, hermosas —se produjo una corta pausa— ¡Sígueme y permanezcan en silencio! —Se volteó con elegancia y el largo vestido de encajes añil celeste danzó junto a ella. Su larga y ondeada cabellera negra también se sacudió con gracia apartando de nuestra vista sus enormes y azules ojos.

Tal y como pidió, la seguimos a la mansión y permanecemos en silencio. Con notable ansiedad caminamos por los lujosos pasillos. Yo, al igual que todas, estaba fascinada. Tanto lujo, tanto brillo, tanta limpieza, todo era nuevo a nuestros ojos.

Entramos a un cuarto que resultó ser el baño, era incluso más grande que mi casa e indudablemente precioso. Justo en el fondo, había una inmensa bañera llena de flores, intentaría nombrarlas pero me sería imposible. Inhalé con fuerza. En el ambiente abundaba un olor esquivito.

Más adelante, nos mostraron varias habitaciones donde dormiríamos en grupos de cuatro, hasta que finalmente nos detuvimos en un gran salón. Contaba con una variedad increíble de muebles confeccionados con las maderas más bellas y las telas más finas. Los ventanales estaban acompañados por largas cortinas de un precioso satén, me atrevería a afirmar, azul. En cuanto al suelo, blanco y brillante, lo que conocería como mármol. Este mármol, estaba cobijado por una extensa alfombra roja de bordes dorados. Luego, para cerrar con botón de oro, presencié unos bellos arreglos florales, perfectas obras maestras de cierto autor que llegaría a conocer como tal. Aquel lugar, nunca lo olvidaría.

Sin voltearse siquiera, la madame retomó la palabra.

—Rosa—noté como la miró de reajo —llévalas al cuarto de baño y una vez estén completamente presentables, tráelas aquí nuevamente.

—Como diga, madame Isabela —Rosa la nombró con claro respeto y se giró hacia nosotras —Ustedes chicas, síganme.

Una vez frente a la bañera, la mujer nos dijo que nos deshiciéramos de las ropas y que las dejáramos en una cesta que había en un rincón del cuarto. En primera instancia, estábamos avergonzadas unas con las otras así que no esperamos mucho para meternos en el agua. Pasados unos segundos, Rosa nos mostró una cosa sólido con un delicioso olor, tenía forma rectangular y una vez hizo contacto con el agua comenzó a escaparse de mis manos de forma regular. Ella lo llamó “Jabón”

—Esto es lo mejor que hay para mantener la piel suave y olorosa —nos dijo Rosa. —Además, es muy efectivo para deshacerse de la mugre. Froten bien en cada parte de su cuerpo y apóyense unas en las otras para lavarse las espaldas.

Froté el esquivito jabón en cada zona de mi cuerpo y descubrí que ciertamente era excelente. Mi piel había cobrado vida, entonces, solo faltaba mi espalda. A mi lado había una chiquilla de risos dorados que permanecía igual de avergonzada, me le acerqué, estaba sumergida completamente excepto por su nariz y ojos azules.

— ¿Por qué te escondes?

Ella me miró con ojos temerosos.

—No quiero estar aquí. Tengo miedo.

— Te comprendo —bajé la mirada por un instante. — ¿Cómo te llamas?

—Elena ¿y tú?

—Me llamo Serena —le sonreí — ¿No te gustaría ser mi compañera de frotar espaldas?

Me sonrió y asintió con un sutil gesto.

—Dime Elena...—el jabón se me esfumó de las manos y me sumergí para no perderlo definitivamente. Sacudí la cabeza para deshacerme del agua en el rostro y continué — ¿qué edad tienes?

—Acabo de cumplir quince.

No pude evitar sorprenderme. Era mucho más joven, prácticamente una niña.

—No te preocupes —hice un esfuerzo por alentarla —Nunca se sabe lo que pasará en el futuro. Quizás, cuando menos te lo esperes, estarás nuevamente con tu familia.

— ¿Tú crees? —Me sonrió y no dudé en corresponderle.

—Ingenuas —una voz perturbadora e inoportuna se escuchó a mis espaldas,

ya que Elena miraba hacia allí, me volteé —Todo el mundo sabe que una vez entras al harén no hay salida. Ahora somos las prostitutas personales del rey.

—Calla muchacha—Rosa, le llama la atención. — no ves que solo es una niña.

—Lo digo por su bien. Pronto dejará de ser solo una niña, así que es mejor que digiera la verdad cruda, tal y como es.

Odiaba admitirlo, pero ella tenía razón.

Miré a la joven frente a mí y a Elena. Tenía un enorme busto y su cara no estaba mal. Me había convencido de que tampoco quería estar allí.

—Aunque claro...—añadió —todo sería muy diferente si te vuelves su favorita. Me creía egoísta, pero al pensarlo mejor, si me hago con ese papel puedo salvarlas de que las lleven a la cama del rey.

En ese instante, no pude retener el asombro. No podía creer lo que había dicho. Se había expresado con tanto descaro que simplemente no lo podía creer.

Fruncí los ojos hacia ella.

— ¡Qué? —Se expresó sin la más mínima vergüenza.

Justo cuando estaba al punto de responderle, y no sería una respuesta cualquiera, Rosa se interpuso.

— ¡Vamos chicas! ¡Les aseguro que no quieren ver a madame Isabela furiosa! ¡De hecho, la tardanza es una de las cosas que no le gusta!

Una tras otra comenzamos a abandonar el agua turbia y para nuestro alivio, Rosa había dejado en la orilla unas cuantas toallas dobladas para secarnos y cubrirnos. Por algunos minutos esperamos en unas bancas de mármol que rodeaban la bañera. Luego la mujer entró a la habitación con algunos vestidos en la mano.

—Tomé lo que creí que les quedaría y siempre fui buena acertando —nos dijo ella mientras repartía las prendas —Luego les tomaré las medidas para

hacerles algo mejor a cada una —nos miró. Estábamos más quietas que una piedra — Vamos ¿qué esperan?

Sin detenerse a observar, las chicas se despojaron de los trapos mojados y se comenzaron a colar en las bellas prendas de seda. Algunas no tuvieron problemas, otras necesitaron de la ayuda de Rosa, en cuanto a mí... permanecí quietecita.

— ¿Cómo me veo? —Me preguntó Elena con una sonrisa enorme en lo que ondulaba los finos pliegues del vestido. Sus dorados risos descendían con gracia sobre sus hombros.

—Se te ve precioso, Elena.

— ¿Y tú?

—Yo...

Fui interrumpida por la particular voz de Rosa.

— ¡Rápido, que aun las tengo que maquillar! ¡Vengan a mí una por una! — Me miró y pestañeó. — ¿Qué esperas jovencita?

También le pestañeé pero con vergüenza. No sabía cómo colarme en uno de esos vestidos y temía a romperlo.

—Lo intentaré.

Bajé la cabeza y en ese preciso instante, la toalla que me cubría se deslizó sobre mi cuerpo hasta dejarme completamente desnuda. En seguida me aferré al vestido para que me cubriese. Miré a todas direcciones y al parecer nadie se había percatado. Todas estaban en lo suyo.

— ¿Por qué demoras tanto, querida? —Se me acercó con pasos cortos y rápidos—A ver. Te voy a ayudar —agarró con sus dos regordetas manos el vestido y tiró hacia ella.

— ¡Espere! —Enseguida enrollé los brazos sobre mis senos y me ruboricé. — Por favor, devuélvame lo.

— ¿Devolvértelo? Esto no te servirá cariño —llevó la mano desocupada a su

mentón y me analizó de arriba abajo. — ¿Quién diría que me equivocaría? Bueno, cualquiera lo haría con esos harapos que usabas. ¡Las demás síganme! —Dio media vuelta y me miró por el rabillo del ojo. —Ahora traigo algo apropiado para ti, querida. Este vestido no entrará en tus curvas—Dijo mientras avanzaba.

Desde que había abandonado la casa en la mañana, no había parado de sentirme avergonzada. Llegué a creer que si algo más volvía a ocurrir moriría en ese preciso instante. Tomé aire con calma y relajé los hombros. Me agaché, tomé la toalla y me cubrí.

Sentí un dolor en el estómago, lo froté con una mano y tomé aire nuevamente.

—Tengo algo de hambre. —Murmuré.

— ¡Atrápala! —Escuché una voz

Me volteé. Enseguida reaccioné, aunque con un poco de torpeza. Primero, aseguré la tela a mí alrededor y luego, eché un ojo a la fruta que tenía en la mano.

— ¿Una manzana?

— ¿Estás sola? —Dijo la persona frente a mí.

—Espero a...—dirigí la mirada a quien me hablaba. Al verle no pude evitar mantenerme inmóvil.

— ¿No tenías hambre?

— ¡¿Pero qué...?!—En ese segundo... grité, y sin pensarlo dos veces lancé la fruta con fuerza golpeándole justo en el centro de la cabeza.

— ¡Auch! —Se frotó—Eso duele. ¿En serio tenías que gritar así?

Era alto, muy alto. Tenía ojos verdes y pelo negro alborotado. Lucía una piel pálida y vestía ropas extravagantes. Sentí como sus luminosas botas resonaban en el suelo mientras se acercaba. Entonces pensé; si era capaz de escucharlo con tanta claridad ¿cómo es que no había sido capaz de escucharlo

cuando se había adentrado en la habitación?

— ¡No te acerques! —Retrocedí. En ese preciso instante, me percaté de que mi cuerpo se había vuelto torpe entre nervios.

—Me gusta el rojo de tu pelo—extendió su mano hacia mí. —Me recuerda al de alguien que conocí hace mucho.

Permanecí sumergida en sus ojos, dos bellas perlas verdes que reflejaban un singular brillo de nostalgia.

De repente, sentí un correteo en el pasillo y ambos miramos hacia la puerta.

— ¡¿Qué sucede?! —Gritó Rosa al meter la cabeza en el cuarto. Sentí claramente la irregularidad en su respiración— ¿Estas bien, querida?

—Ese hombre estaba espiando—Señalé con el índice al joven y me miró por el rabillo del ojo. —Sácalo por favor, Rosa.

—Majestad. —Dijo la mujer.

— ¿Majestad? —Dije sorprendida.

Rosa por su parte recobró la compostura, se posicionó recta y se dirigió al joven con respeto.

—Madame Isabela le ha aclarado que debe dejar de entrar al harén. Ni siquiera el rey lo hace.

—Lo sé, Rosa. Me iré, pero antes quiero saber su...

— ¡No se volteeé! —Mi boca se abrió antes de que pudiera echarme un ojo nuevamente. Gracias a Dios, hizo lo que pedí y permaneció de frente a Rosa.

—Espere a que la vista, si no le es inconveniente — sugiere Rosa. — después podrá hablar con ella.

—Claro—lo noto erguir la cabeza y dirigirse a la salida —Estaré esperando en la habitación de al lado —Fue lo último que alcancé a escuchar antes de cerrar la puerta a sus espaldas.

Solté el aire en mi pecho y miré a Rosa a los ojos.

— ¿Quién es él?

—Es el hermano de rey, debes tener cuidado.

— ¿Por qué? Yo no hice nada.

—Es un joven seductor y rebelde, no te dejes enredar.

—Claro que no.

—Pues te veías bastante nerviosa.

—Estaba casi desnuda, además ni siquiera se disculpó.

—Por ahora olvidemos lo ocurrido y démonos prisa—se acercó a mí y trató de despojarme de la tela que me cubría, sin vacilar me liberé de su agarre — No tengas vergüenza querida, solo te ayudaré a ponerte el vestido. Aunque te esfuerces, sola no podrás. Además, no quiero que se dañe sin siquiera usarlo, es prácticamente mi mejor obra.

— ¿Y por qué me la está dando?

—Porque me caes bien—sonrió —Además, lo hice pensando en una figura específica, no creí que encontraría a esa chica tan rápido y de repente, apareces tú. Ahora, no demoremos más.

Aunque sus manos parecían torpes a primera vista, fue sumamente delicada y paciente al colocarme el vestido. Luego soltó mi pelo mojado, con cuidado lo secó, peinó y acomodó a ambos lados de mis hombros.

—Tienes el pelo bastante largo —comentó —En mis años, nunca había visto un pelo de color rojo. Es hermoso, aunque no lo has cuidado como se debe.

—En mi rutina diaria no tenía tiempo ni cabeza para pensar en esas cosas.

—Sí, me percaté, no es que las demás chicas lo tuviesen mejor —deslizó las manos sobre los pliegues del vestido para retirar las arrugas —A ver, date la vuelta.

Manteniendo al margen mis palabras, acaté lo que me había pedido. Levanté el rostro hacia ella y noté que me miraba con un tanto de asombro.

— ¡Oh Dios mío! Eres toda una belleza. Ni siquiera necesitas maquillaje.

La miré y le sonreí. También me caía bien.

— Por cierto ¿cómo te llamas, querida?

—Serena. Llámeme Serena.

—Entonces Serena, espera unos segundos que te traeré un espejo. Quiero que te veas —antes de que pudiera decirle algo más, se esfumó de la habitación.

No pasó mucho hasta que regresó con un largo espejo en las manos, tenía un marco de madera con un toque artístico. Lo recostó sobre la pared y me miró con cierto brillo en los ojos.

—Acércate.

Me adelanté unos pasos y me coloqué justo frente al espejo.

—No creí que los espejos pudiesen ser tan grandes. Aunque no tenemos en casa los he visto de tamaño pequeño en la calle central.

—Y eso que no has visto los de palacio, querida. Esos si son obras maestras.

—Sonríe nuevamente—Ahora mírate. Eres hermosa ¿verdad?

—No estoy segura—murmuré.

Nunca había tenido la oportunidad de estar frente a un espejo como ese, por lo tanto no tenía idea de cómo lucía mi cuerpo en general, mi rostro o mi pelo. Vi reflejados una cabellera de un rojo intenso y una piel blanca. Mejillas rosadas y labios carnosos. Tenía pestañas largas y abundantes, creaban una espesa sombra sobre mis ojos.

—Dime Rosa ¿de qué color son? —Abrí mis ojos hacia ella lo más que pude.

— ¿Amarillos o verdes?

—Yo diría... mmm—enfocó su mirada en la mía—Yo diría que son de ambos, querida.

— ¿Son extraños o feos?

—No, no ¿qué dices muchacha? Si son hermosos.

— ¿En serio?

— ¿Lo dudas aun?

Sonreí.

—Gracias Rosa—miré hacia el vestido. Era una bella pieza de un color azul cielo—Por el vestido también y el espejo.

—No fue nada, solo hago mi trabajo, querida. Ahora vamos, que aun debo llevarte con las demás antes de que madame se enoje.

Respiré profundo y la seguí con la cabeza gacha hasta la habitación vecina. Hizo dos toques en la puerta y seguidamente, abrió. Desde allí, hizo una reverencia.

—Disculpe la demora, alteza—alzó la cabeza —Recuerde que ella no debería estar aquí con usted, así que debe ser lo más rápido posible —se volteó hacia mí—Puedes pasar, querida —una vez me adentré a la habitación, Rosa desapareció de nuestra presencia cerrando la puerta a mis espaldas.

Nuevamente tomé aire, esta vez con un poco de dificultad. Intenté evitar a toda costa mirarle a los ojos, por lo que fijé mi mirada en sus botas para no perder sus movimientos.

— ¿No me miraras a los ojos? —Me dijo él. Su voz era dulce.

— ¿No es acaso una falta de respeto?

—No me importaría.

Mantuve el silencio unos instantes, no insistí mucho en el asunto así que levanté la mirada hacia él.

— ¿Puedo saber que desea de mí?

Recorrió su mirada sobre mi cuerpo e intuitivamente me escondí entre los hombros. Entonces, sonrió.

—No es nada por el estilo —aclaró.

Me avergoncé.

—Solo creo que...—frunció sus verdes ojos en los míos —eres hermosa.

Sus palabras me tomaron desprevenida y me tensaron.

—Soy el príncipe Edgar—me dijo con cortesía. —Encantado de conocerla, bella dama.

—Soy Serena, solo Serena —di un paso al frente y le extendí la mano —Es un placer conocerlo.

Miró mi mano y luego mis ojos.

— ¿Es costumbre entre los plebeyos saludar así?

— ¿Está mal?

— ¿Por qué lo estaría? Es un gusto Serena—estrechó mi mano y me sonrió.

Me desaté del agarre y le sostuve la mirada.

—Por favor, necesito que esta vez me conteste. ¿Qué desea de mí?

—Debo confesar que un principio solo deseaba saber tu nombre. Ahora, me gustaría conocerte mejor.

—No creo que se pueda —retrocedí un paso y tragué en seco — La madame se enfadaría y es lo que menos quisiera en estos momentos, parece tener mal carácter. Así que, si me disculpa...

— De Isabela me encargo yo. Te encontraré mañana por la tarde en el jardín del Norte. Nos vemos, bella dama.

—Pero...—Antes de poder decir más, desapareció.

Me había quedado atónita. No sabía qué había pasado ni cómo, pero él había desaparecido de la habitación, se había esfumado como si desde un principio, simplemente no hubiese estado ahí.

— ¡Rosa! ¡Rosa! —Llamé una y otra vez pero no contestó.

Me asomé en el pasillo, miré hacia ambos lados, no vi a nadie pero escuché una voz.

— ¡Ven rápido! —Me gritó ella que salió de repente al final del corredor.

En el momento que me eché a correr lamenté traer aquellos zapatos. Eran hermosos, pero demasiado incómodos.

Rosa me tomó de la mano y me introdujo a la sala principal en un instante.

— ¿Por qué demoraron tanto, Rosa? —La madame no tenía buena expresión cuando se nos acercó.

Rosa no respondió, en cambio, bajó la cabeza.

—Agradezcan a su suerte que están a salvo, llegaron justo antes que el duque. No le gustan las tardanzas, ni a mí.

— ¿Duque? —Le susurré a Rosa.

—Es la mano derecha del emperador y su consejero, Aldor.

—Serena—escuché mi nombre entre las muchachas— ¡Estas hermosa! —Elena me tomó de la mano y me observó con sus destellantes ojos azules.

—Gracias, Elena —sonreí.

En ese momento, por alguna razón comencé a creer que las cosas quizás resultarían si me portaba como era debido, todo parecía ir bien hasta que...

—Debo confesar—Se nos acercó la joven de gran busto —Creí que eras tonta y fea, pero no estás tan mal.

Su comentario no ayudó a mi alegría, pero se sintió sincero. No parecía de las que tienen pelo en la lengua. Rosa había seleccionado un vestido rojo que compaginaba a la perfección con su piel blanca, cabellera castaña y ojos negros. Me miró de arriba abajo como si quisiera demolerme con sus propias manos. Luego, irguió la cabeza lo más que pudo y me miró por el filo del ojo.

—Aunque aclaro, yo seré la favorita, así que no quiero que ninguna se haga ilusiones.

—Yo le aconsejaría, señorita, que conociera al rey en primer lugar —sugirió la Madame —No debería hacer proclamaciones tan osadas aun.

—Ya veremos.

La actitud de aquella joven había dejado una gran tensión en la sala.

— ¿Dana, por qué estás tan segura de que serás su favorita? —Preguntó Elena con ingenuidad. Parecía clásica en ella.

— ¿Acaso quieres serla tú?

Elena frunció los labios y negó con la cabeza.

—Entonces no te incumbe, zorrita —se volteó llena de arrogancia haciéndome gestos con los dedos.

Lo que más odié fue su sonrisa de triunfadora. Nunca había sentido tanto desprecio por alguien en tan poco tiempo. Una gota más y definitivamente me desbordaría. La paciencia no era un rasgo en mi persona.

—Serena ¿por qué Dana me llamó zorrita?

— ¿Así se llama ella?

—Creo que sí. Oye ¿a dónde vas?

—No te preocupes... solo la pondré en su lugar —caminé con pasos largos y firmes hacia ella —.Dana ¿verdad?

Antes de que pudiera tomar asiento se volteó hacia mí. Estaba segura que no esperaba mi reacción.

— ¿Ahora que quiere la amiga de la zorrita?

—Si se trata de ser zorra, tú eres una maestra.

No estaba segura de que estaba pasando por mi cabeza, pero no era bueno. La rabia me dominó y por puro impulso me lancé hacia ella. Aferré mis manos a su pelo y lo agité con fuerza. Escuché sus quejidos con un gusto que no se lo creerían. Sin embargo, también me llevé lo mío, después de todo, una zorra tiene garras, garras que terminaron encajadas en mis muslos. Gracias a las telas del vestido no fue la gran cosa, aun así, dolió.

— ¡BASTA!

El grito de la madame fue suficiente para detener a Dana, en cambio a mí, me fue imposible reprimir el impulso al golpe contra su cara. Fue un buen golpe... pero me costaría.

—Quiero que recobren la compostura y pidan disculpas al duque.

Antes de darme cuenta ese hombre estaba allí, justo al lado de la madame y lo peor de todo, parecía la copia masculina de ella. Era un hombre de mediana edad, de cabellera rubia y un poco barbuda. Sus ojos rasgados desprendían fuego. Dejaba claramente a la vista su aire de superioridad.

Ambas agachamos la cabeza y no dijimos ni una palabra.

—Le ruego, perdone la escena, duque. —Dijo la madame manteniendo su semblante habitual.

—No se preocupe Isabela. Entiendo que no es responsable por la poca educación que recibieron en sus casas. Las jóvenes son bellas. Comience a prepararlas lo más pronto posible, no quiero que hagan alguna estupidez frente al soberano —se volvió hacia la puerta colosal al final del salón y antes de darnos la espalda completamente se me quedó mirando unos segundos — También espero que las involucradas no permanezcan sin un castigo adecuado.

—Yo me encargaré. No se preocupe.

—Estoy seguro.

Luego que abandonara la sala, sentí como los hombros se liberaron de la tensión. Las demás chicas también habían sido intimidadas y algunas, estaban al punto de un desmayo.

—No voy a cumplir castigo alguno por la inmadurez de esta loca —salta a decir Dana.

La fulminé con la mirada y apreté fuertemente los dientes.

— ¿Cuál es su nombre? —Se me dirigió la madame.

—Mi nombre es Serena —le respondí con el corazón en la boca.

—Llevó la situación a los golpes, por lo tanto no tendrá inconveniente en recibir el castigo ¿verdad? —Su tono fue casi amenazador.

—No—se me hizo imposible mantener la cabeza en alto.

Respiré profundo y pensé en mis padres. Estaba tan lejos y haciendo puros desastres ¿Acaso duraría lo suficiente allí como para ayudarlos en un futuro?

— ¡Espere! —Resaltó la voz de Elena—Todo fue por mi culpa. Yo lo haré.

— ¿Acaso fue usted la que se dejó arrastrar por las provocaciones y llenó de golpes a su compañera?

—No, pero...

—Mi trabajo es reeducarlas. La señorita Serena me parece capaz e inteligente pero demasiado impulsiva, no es algo que le vaya a ser útil aquí en palacio. Si desea sobrevivir lo suficiente como para esperar un milagro le aconsejo mucha, hasta la última pizca de paciencia —la noté respirar profundo pero con cuidado—. El grupo de muchachas anteriores a ustedes fueron liberadas poco después de la muerte del anterior emperador e incluso se le entregó a cada una de ellas, una generosa suma que aseguró sus vidas y las de sus familiares. El actual soberano es joven, pero nunca se sabrá con exactitud lo que encierra el futuro. Ustedes sigan mis consejos y tengan paciencia.

No era lo más agradable para escuchar en ese momento, pero debo admitir que nos daba, por lo menos, algo de esperanza.

—En cuanto a Usted—me miró justo a los ojos. —Quiero que mañana a primera hora esté en el jardín del norte, el jardinero ya es bastante mayor y hay labores que no puede cumplir del todo, ya hablaré con él para que se dedique exclusivamente a darle órdenes.

En cuanto escuché lo del jardín, no me pareció la gran cosa “Sencillo” pensé.

—Ahora, el segundo día...

“¡Hay más?”

—...quiero que se dirija a las caballerizas. Es un trabajo duro para una sola persona así que hablaré con el encargado para que se dividan las labores. En cuanto al tercer día...

“Debía suponer lo del tercero” y esperaba que fuese el último.

—...diríjase al campo de entrenamiento, si mal no recuerdo el almacén necesita una buena limpieza. No quiero que se descuide por nada, una vez llegue la tarde supervisaré cada uno de los trabajos. Además, ni se le ocurra olvidarse de sus obligaciones conmigo.

— ¿No cree que es mucho? —Intervino Rosa.

—No me hagas responder a esa pregunta, Rosa —me miró fijo unos instantes para luego dirigirse a todas —Se les avisará cuando esté lista la cena. Por hoy pueden descansar, mañana será un día agitado, —me volvió a echar una ojeada —para algunas en especial.

Capítulo: 2

Recuerdo la cena de esa noche como si hubiese pasado ayer. Una mesa

enorme abundante en todo tipo de alimentos. Llegué a llenarme tanto que me comenzó a faltar el aire. No había tenido una cena así ni en sueños y de hecho, era bastante soñadora.

Mientras nos dirigíamos al corredor de las habitaciones Elena y yo conocimos a nuestras compañeras de cuarto. Ninguna excéntrica como Dana o tan inocente como Elena.

—Todo es tan lujoso—comentó una.

—Qué injusta es la vida —dijo la otra.

— ¿Cuándo no? —Dije —Todo muy bonito ¿pero a cambio de qué? lo más probable es que nos muéranos entre estas cuatro paredes. Dentro de unos años no sabremos ni el color del cielo.

—Pero si estarás afuera tres días — me dice una de ellas.

— ¿Te recuerdo para qué?

—Están siendo pesimistas —intervino Elena—Solo tenemos que ver el lado positivo.

Nos detuvimos justo frente a la puerta de nuestra habitación. Si mal no recuerdo era la última del pasillo y vecina del cuarto de baño.

— ¿En serio eres la que conocí en el cuarto de baño? —Le pregunté.

—Es solo que... ahora que lo pienso, no es como que en el exterior nos espere un futuro mejor.

—Ahora sueñas como mi padre.

—Escucha, Serena. He visto como es y si me dan a elegir...—bajó la mirada —.Mi tía no se había casado y esperando el amor verdadero vivió con la familia por años. Al final, debido a esa misma familia se vio obligada a ejercer matrimonio con un hombre de mejor posición económica. Ese hombre tiene casi sesenta años.

Sinceramente, en ese instante no supe que decirle a Elena, pero llegué a una conclusión: “La vida no da Rosas a menos que las espines estén bien

afiladas”.

Entramos a la habitación. No recuerdo todo con detalles pero si sé que era espaciosa y a la vez acogedora. Contaba con cuatro camas alineadas. Había cierto espacio entre ellas y en esos espacios una mesita de noche. En el pie de las camas también había baúles. Brillaban como si estuviesen hechos de plata, si es que no eran de plata y además, eran inmensos.

Tomé la cama más esquinada de la derecha y Elena escogió justo la del lado. Como ya todo estaba preparado, solo había que disponerse a dormir.

—Mira Serena, hay camisones —me dijo Elena y de encima de la cama tomó la prenda—. Es tan suavcita.

Influenciada por las palabras de Elena palpé la prenda y seguidamente la superficie de la cama. No sabía que sucedería al día siguiente y ciertamente menos en el posterior, pero de algo si estaba segura: esa sería la mejor noche de mi vida.

Me dispuse a dormir. Elena me deseo buenas noches y tras cerrar los ojos comencé a soñar, si es que a eso se le podía llamar sueño.

Cuando creía que dormiría como un angelito, desperté en la cama con el corazón en la boca. Todo fue muy confuso y ahora me es aún más difícil recordar, pero siempre preservé la sensación de espanto.

Las velas estaban completamente apagadas así que no esperé mucho para usar mi índice. Hice un chasquido y lo convertí en una fuente de luz. Eso, me hizo darme cuenta de que estaba allí y no en mi viejo cuarto.

—¿Serena? —Escuché una voz. No parecía lúcida.

—No te preocupes Elena. Solo duerme.

Se frotó los ojos.

—¿Qué sucede?

Al verla abrir enormes los ojos me deshice de la llama al instante. En seguida la sentí invadir mi cama.

— ¿Cómo hiciste eso?

—Baja la voz.

—Está bien, pero ¿cómo lo hiciste?

—Nací con esto.

—No se supone que solo la nobleza nace así.

—Mi abuela me dijo que sus antecesores fueron nobles.

— ¡Es una locura! Puedes sacar una llama de tu dedo.

—Puedo hacer más que eso.

— ¿En serio?

—Te doy mi palabra que después te diré todo. Solo prométeme que no le contarás a nadie.

—Nunca lo haría. Además, no tienes por qué decirme.

—De acuerdo—sentí a Elena abandonar la cama. —Gracias, Elena.

En la mañana, antes de dirigirme al jardín del norte, busqué a Rosa. No quería dañar su vestido así que necesitaba mis trapos viejos. Se rió cuando le hice el pedido. Esas cosas horribles ya las boté, me dijo. Entonces, me cedió un uniforme de empleada.

Entre lo que puedo recordar, estaba ansiosa por ver cómo era todo más allá de la enorme puerta que había al fondo del salón. Sabía que era la que conectaba con palacio y que más allá habían ventanales de cristal. Los había visto de lejos en la llegada, pero ¿cómo se vería todo desde allí?

Obtuve mi respuesta. Los cristales daban paso a una hermosa vista. De un lado arbustos, algunos habían sido podados adoptando forma de diferentes figuras. Luego flores y más flores. Justo en el lado contrario; rosas. Eran aquellas rosas rojas, el primer plano del jardín del norte. Un jardín enorme.

— ¡Son preciosas! —Al estar fuera, no pude evitar expresarme con total

libertad.

—Gracias —escuché una voz.

Volteé mi rostro. Vi a un anciano a mi lado y al ver sus ropas, supe de quien se trataba.

— ¿Qué te sucede jovencita? ¿Por qué me miras así?

—Disculpe es solo que...—decidí ir al grano—Usted debe ser el jardinero. Madame me ha enviado.

—Acabo de hablar con ella. Me habló de ti. Gracias, jovencita.

—En realidad no tiene por qué. Estoy aquí porque me castigaron.

Se carcajeó.

—Por lo menos eres sincera.

— ¿Con qué debería comenzar?

— ¿Ves ese balcón? —Me señaló hacia el castillo. Era el balcón más grande de los muchos a contar.

—Sí, lo veo.

—Casi todas las tardes el emperador se para allí para ver el atardecer. El rosal es la primer plano del jardín, es la razón por lo que lo mantengo impecable. Quisiera hacer lo mismo con todo lo demás pero ya no puedo hacer mucho con este cuerpo viejo.

—Comprendo.

—Ven, sígueme.

Caminamos una distancia considerable hasta la zona posterior del jardín. Según avanzamos me fui percatando de lo hablaba el anciano. Estaba un poco demacrado y deslucido, totalmente inundado en mala yerba.

—Como jardinero, me duele ver esta zona así.

— ¿No hay otro jardín más pequeño del que pueda ocuparse?

—De hecho sí, y sería de ayuda para la espalda —se tornó pensativo y luego me miró —El del sur es pequeño. Sería perfecto para mí, pero me alejaría del el único recuerdo que queda de mi familia.

Permanecí en silencio, quizás tenía algo que decir pero probablemente no quería hurgar en sus recuerdos.

—Ese jardín de rosas que viste, lo hicimos juntos. Mi esposa e hija amaban las rosas.

—Habla como si ya no...

—Ambas murieron —bajó la cabeza. Pasó una mano por su rostro y lo alzó. Respiró profundo. —La niña heredó la enfermedad de su madre. Primero una e inmediatamente la otra.

No fue agradable escucharlo hablar del tema. Me sentí triste.

—Lo siento.

—Ya han pasado años, pero no es algo que se supere del todo —hizo una leve pausa antes de continuar— Por ahora, comienza arrancando la mala yerba y ten cuidado, no arranques las plantas medicinales. Hay muchas por aquí. ¿Puedes identificarlas?

—Creo que sí.

—Bien. Yo iré a buscar agua para regar las plantas.

— ¿Dónde buscará el agua?

—Atrás de la mansión hay un pozo. No demoraré.

— ¿No es eso muy lejos? además no debería cargar mucha.

—Puedo lidiar con eso. Es bueno para la edad.

Lo miré, no muy convencida.

— ¿Qué hago con las ramas dañadas y las hojas secas?

—No te preocupes por eso. Yo lo haré.

—No. Descuide. Usted ya hará más que suficiente.

—No sabes lo que dices, muchacha. Una vez limpies la mitad del terreno con toda la juventud que tienes te quejaras del dolor de espaldas.

—Puede que tenga razón, pero si no puede más me lo dice. A pesar de todo, lo ayudaré.

En cuanto me dio la espalda pude escuchar sus carcajadas. Quería saber que era tan gracioso pero al final no tuve que preguntar para averiguarlo. Pasaba del medio día y mientras me quejaba del dolor de espaldas el viejecito seguía yendo de aquí para allá como si apenas hubiese comenzado.

— ¡El almuerzo! —Lo vi venir con la regadera en una mano y una cesta de comida en la otra —Deberías descansar si te duele la espalda.

— ¿Y quién le dijo que me duele la espalda?

Se carcajeó nuevamente.

—No seas tan orgullosa. Ven. Traigo algunas manzanas, un poco de arroz y té. —Me extendió la cesta.

— ¿Qué hay de usted?

—Ya comí.

—Muchas gracias—Le dije y me quité los guantes de jardinería que me había prestado

—Deberías agradecer a Rosa. Fue ella quién te envió el almuerzo.

—Rosa es muy generosa.

—Desde que la conozco siempre ha sido así. Podrías darme un poco del té.

—Sí, claro.

Tomé el recipiente y le serví una taza.

—Es un buen té —me dijo saboreando el líquido y yo alcé una ceja. No sabía mucho al respecto.

No esperé para comenzar a comer y tampoco fue un impedimento para que siguiéramos hablando.

—Dígame ¿cuál es su nombre?

— ¿Mi nombre? Claro, hemos pasado medio día trabajando juntos y aun no te lo digo. Llámame Augusto.

—Es un placer Augusto. Mi nombre es Serena.

—Ya lo sé. Rosa es una buena persona, pero habla demás.

Pasamos un buen rato conversando y riendo. Augusto era un anciano con mucho sentido común. Me explicó muchas cosas sobre la jardinería y yo le conté sobre mis padres. Llegó la tarde y ya habíamos terminado con todo lo que nos habíamos propuesto. Estaba contenta y a la vez aliviada. La espalda me punzaba como nunca.

En el último viaje, Augusto trajo consigo un cubo de agua y un jabón usado.

—Cuando pueda, volveré a ayudarlo.

—Gracias, pero este no es tú lugar, muchacha. Aprovecha tu juventud y los lujos de palacio. Solo unos pocos corren con la misma suerte —recogió el cubo y lo que quedó del jabón. — Bueno Serena, es hora de irnos. Ya se hace tarde.

—Disculpe Augusto ¿puedo quedarme un poco más? Le prometo que no demoraré.

—Creo que no habrá problemas. Aprovecha y ve el atardecer. Se ve hermoso desde aquí.

—Muchas gracias, Augusto.

El tiempo que había pasado con Augusto había sido alentador. Nuestras conversaciones fueron agradables y me permitieron olvidar por un momento que era una prisionera.

Para que la noche no me tomara tan lejos de la mansión caminé hasta el rosal y me senté en el césped. El sol casi tocaba el horizonte pero lo percibía lento

como si se hubiese detenido. Miré hacia las rosas y fui atraída por ellas. Eran tan bellas que me dolía el simple hecho de cortarlas, pero luego pensé que quizás no volvería a tener la oportunidad o por lo menos, no en un largo tiempo.

Lo único que lamentaba, era no habérsela pedido primero a Augusto.

Introduje mi mano con cuidado hacia el tallo de la rosa y en ese preciso instante, pude escuchar el sonido de un ventanal abriéndose a distancia. Giré mi rostro. ¿Es él?

Enfoqué mis ojos en el ventanal del balcón que me había mostrado Augusto. Pude percibir una figura, no conseguí definir sus rasgos excepto por el color del pelo. Un color plata, brillante.

— ¡Auch! —Sentí un pinchazo en mi dedo e instantáneamente me volví.

Saqué la mano de aquel bosque de espinas y justo por el extremo me comenzó a brotar un poco de sangre. No era la gran cosa. Me giré nuevamente hacia el balcón esperando volver a verlo, pero ya no estaba.

— ¿Pero qué...? —Sentí una humedad alrededor de mi índice. — ¿Qué hace?

Era Edgar, quien permanecía inclinado mientras lamía mi dedo. Me miró a los ojos.

—Tus labios han de saber igual de bien.

Retiré mi mano y la recogí junto a mi pecho. Fue una situación incómoda.

—Estoy feliz de que vinieras —se paró recto y me sonrió.

Mordí mi labio inferior. Mierda, lo había olvidado, me dije.

—En realidad... la madame me castigó, por eso estoy aquí.

Frunció levemente los ojos hacia mí.

— ¿Me puede decir mi bella dama, qué hizo para terminar en tal situación?

Debo decir, odiaba que me llamara “bella dama” o cualquier otra cosa semejante.

—Realmente nada —fruncí el ceño —Solo discutí con unas de mis compañeras. Además ella se lo merecía, así que terminé abofeteándola.

—Así que nada. No te puedo imaginar en tal situación —sonrió —Eres tan diferente a cualquier otra e indomable. Supongo que no es de extrañar de quien domina con tanta maestría la espada. Eres prácticamente una guerrera.

—Espere ¿de qué habla? Yo nunca... digo ¿cómo sabe eso?

—Hace seis años, en ese bosque. Estaba perdido, hasta que encontré una niña con una espada. Quedé maravillado con el color de su pelo. Rojo, como el fuego.

Primeramente no pude recordar, hasta que me acordé de ese día, de ese momento y de un misterioso niño que salió de la nada.

— ¿Tu eres ese niño? —Le hablé con familiaridad—Te recuerdo. Estabas perdido.

—Era le primera vez que salía de palacio solo. Tenía prohibido ir a la ciudad, pero estaba encaprichado.

—No me quisiste decir quien eras. Ahora entiendo. Incluso me viste... ¿lo recuerdas?

— ¿De qué hablas? Prometí olvidarlo a ¿no?

— ¿Entonces, todo lo que ocurrió en el baño...?

—Disculpa por eso. Solo quería asegurarme de que eras tú.

— ¿Por qué no me dijiste nada?

—Tenías prisa.

Respiré profundo y miré su sonrisa. Ciertamente la de un príncipe.

—Es verdad y ahora también tengo prisa. Conocerlo fue un alegre recuerdo de mi niñez pero sabe algo, príncipe Edgar, —hice matiz en su título —ya no somos dos niños y no creo que necesite nuevamente de alguien como yo. Supongo que debe haber tenido una buena razón para citarme aquí.

—Quería verte... y hablar.

— ¿Hablar? ¿Sobre qué?

—No sé, Serena. Quizás desahogarme.

—No lo entiendo.

—Serena—dijo mi nombre con dulzura y me resultó incómodo —Cuando te vi llegar al harén, sentí una emoción extraña, era casi como si no pudiera respirar. Aquel pelo, era como el de aquella niña —cerró los ojos y después miró al cielo—La niña por lo que había ido una y otra vez a esa bosque. La niña, que nunca más encontré.

—Ya estaba creciendo y mis padres temían a una cicatriz. Debe saber que baja las posibilidades de matrimonio para una mujer, y más para una plebeya. Desde ese día, nunca más tomé una espada en mano.

—Supongo que ya no éramos tan niños, aunque cuando te vi esa vez, debo confesar que... fue amor a primera vista.

Su confesión me tomó por sorpresa.

—La verdad, nunca creí que te volvería a ver—continuó— y de hacerlo, no pensé que odiaría tanto el hecho de que serás de otro.

Lo miré fijamente a los ojos y cerré con fuerza los puños.

—Yo no seré de nadie. Me pertenezco.

—Te entiendo, pero que nunca se te ocurra decirlo frente a él—llevó una mano a mi rostro y me volví una estatua —como es mi hermano de posesivo, podría hacerte daño. No queremos eso ¿verdad? —apoyó su frente en la mía —Después de tantos años ¿cómo es que conservó estos sentimientos?

Sentí en mi pecho un cambio abrumador. Estaba totalmente agitado y comencé a temer a aquella emoción.

— ¡¿Por qué me hace esto?! —Lo aparté de mí. — ¡¿Por qué me dice esas cosas?!

— ¿Es tan difícil de entender? —Me dijo y se entristeció —Me gustaría volver a verte ¿me dejaras?

Decidí permanecer en silencio. Necesitaba comprender.

—Lo tomaré como un sí —me dio la espalda y desapareció.

“En serio desapareció”

Permanecí en suspenso por un tiempo hasta que el último rayo de sol se esfumó de mi rostro. Eso me sacó del trance. Enseguida me dirigí a la entrada y corrí por el pasillo de regreso. Debía llegar lo más pronto posible a la sala principal. Madame esperaba por mí y ni en el mejor de los casos quería verla furiosa.

— ¿Ha de saber que no habrá cena para usted hoy?

—Pero...

—Sí tiene alguna queja, la escucho

—No, ninguna.

—Serena, quizás crea que soy injusta, pero me ha dejado esperando cuando en realidad había terminado su labor en el jardín. No sé qué planeaba, pero me ha hecho perder mi tiempo.

— ¿Augusto le dijo algo?

—No. La vi con mis propios ojos. Pasé por el pasillo y la vi muy a gusto en el césped.

—Lo siento mucho, la verdad es que no planeaba extenderme.

—Sus disculpas no cambian las cosas. Lo hecho, hecho está. Ya las demás chicas han ido a tomar un baño para luego cenar, desgraciadamente usted no tendrá la misma suerte. En el resto de la noche debe aprender lo que ellas han logrado en el día y no quiero reclamos. ¿Entendido?

—Entendido, madame.

—Acompañeme.

La seguí sin rechistar y me llevó hasta la mesa del comedor.

—Siéntese—me indicó un asiento en el extremo de la mesa donde ya habían situado un plato vacío con algunos cubiertos y copas alrededor —. Lo primero es aprender a comportarse en la mesa.

Las horas pasaban lentas como una tortuga y no como una cualquiera, sino como la más lenta. Lo peor de todo, fue ver como las demás comían frente a mí. Dana no dejaba de reírse y eso me tenía rabiosa. La madame ni siquiera se compadeció, no me dejó ni que observara la comida. Automáticamente me giraba el rostro: es que quiere torturarse más, Serena, me dijo. ¡Aaah! era la peor noche de mi lamentable vida. ¿Y qué pasaba con esas horas que no acababan de pasar? Para colmo, la madame no terminaba con aquella aburrida charla ¿Tenía acaso una reserva infinita de saliva?

Pasaba de la media noche y... por fin, habíamos terminado. Primeramente me enseñó el dominio de los utensilios, todos ellos. Cómo caminar, sentarme, hablar, y sobre todo, cómo saludar al rey. Este en específico me hizo repetirlo hasta que estuve a punto de un desmayo.

— ¡Ufff! ¡Por fin!

—No es muy hábil en estos aspectos, señorita Serena, pero me complace que al final lo lograra, después de todo, tuvo que trabajar arduamente durante el día.

El hecho de que fuera consiente de ese aspecto, me tranquilizó.

—Gracias por todo, madame.

Estaba muerta de cansancio, pero no podía quejarme en lo más mínimo. La había hecho esperar, la había hecho estar despierta hasta altas horas de la noche y para colmo, si yo no había comido, ella menos. Aun en hora de la cena, había permanecido a mi lado.

—No tiene que agradecer. Hago esto para que nadie dude de mi trabajo. Y quiero que sepa que no he sido estricta solo con usted. El rey ha ordenado personalmente que sean enviadas a sus aposentos mañana mismo, no podía

dejar que hiciera el ridículo de ninguna manera.

— ¿Mañana? —Me sorprendí—pero si acabamos de llegar.

—Estuve igual de sorprendida, nunca se lleva a las chicas tan pronto y ya que la primera puede ser cualquiera, necesitaba que todas aprendieran lo básico.

— ¿Cualquiera? ¿Cómo harán para elegir el orden?

—El duque mismo me pidió que hiciera un sorteo. No importa que pase, no puedo romper ese orden.

— ¿Por qué no?

—De seguro debió ver algo.

— ¿Algo? ¿Acaso puede ver el futuro o algo parecido? —Dije con sarcasmo.

—De hecho, es más complicado que eso, Serena. Por ahora, tome un baño para que valga a descansar.

No dije más, la verdad era que no tenía fuerzas, le hice una leve reverencia y me fui a tomar un merecido baño.

Al día siguiente, tenía tanta hambre que apenas pude levantarme de la cama así que en el desayuno, comí por tres. Luego de complacer mi pancita me fui hacia la caballerizas, quería terminar lo antes posible y con la menor cantidad de complicaciones. Así fue como conocí a Juan. Era un mozo bien parecido, de mi edad. Charlamos todo el rato, claro, sin dejar de trabajar. Nos dijimos mucho uno del otro hasta descubrí que estaba comprometido. Me habló del tema con tanta felicidad que comencé a sentir envidia.

— ¿Debe ser difícil convivir con alguien a quien no amas? —Dijo Juan mientras se sacudía las manos.

Forcé una sonrisa y bajé la cabeza.

—Si por lo menos fuese solo eso. Tengo que entregarme a alguien al que ni siquiera conozco—llevé una mano a mi rostro y me recogí un mechón de cabello— ¡Asco! ¡Qué mal olor!

Juan se rió por causa de mi reacción sorpresiva.

—Yo tengo que lidiar con él siempre.

—Pues mira a ver qué haces porque te vas a quedar sin prometida.

—No lo digas ni bromeando.

Ambos nos reímos.

—Debo volver. Gracias por todo, Juan. Fue un placer conocerte.

—El que debe agradecer soy yo, y el placer fue mío, Serena. Espero volver a verte.

Cansada y con la espalda adolorida, regresé a la sala central del harén. Las chicas se preparaban para tomar un baño y sin pensarlo dos veces me les uní.

—Aléjate de mi—me dijo Dana—.No quiero que se me pegue ese mal olor

Le hice una mueca y para no parecer desconsiderada me alejé, no solo de ella, también del grupo.

Rosa no se veía como siempre, estaba preocupada. No estaba complacida con los nuevos vestidos que había confeccionado para la ocasión y además, había tenido muy poco tiempo para perfeccionarlos; o eso decía ella, porque yo los veía perfectos.

— ¡Están hermosas!—Chilla Rosa con una sonrisa que parecía que se le saldría de la cara.

—Nunca he dudado de tu capacidad, Rosa—dijo la madame—Ciertamente, bellas. Ya que están listas, no demos más rodeos. Yo personalmente, guiaré a quien sea nombrada hoy a los aposentos del rey —sonó la garganta levemente—. Recuerden, una vez esté complacido, deben regresar. Es peligroso estar a su lado mientras duerme —se volteó hacia Rosa. —Por favor tráemela, Rosa.

—Aquí tiene—dijo Rosa y le entregó una cajita.

La madame agitó la cajita e introdujo una mano por un orificio que tenía justo

en el centro de la tapa. Sacó un trozo de papel y mientras lo desenvolvía sentí un escalofrío aterrador invadirme el cuerpo.

Me volteé. Pude ver a Dana que miraba hacia el trozo de papel como una fiera a su presa.

—El nombre de la elegida es...—la madame miró el retazo de papel y luego en mi dirección. Me tensé de tal manera que pensé que me había hecho una piedra — la señorita ¡Dana!

Respiré con alivio. “Pensé que moriría ¿no pudo ser más rápida?”

Dana se acercó a la madame. Se irguió lo más que pudo y nos miró con cara de triunfadora.

—Debo confesar—dijo madame Isabela—que estoy aliviada que sea usted la primera. Hasta ahora me ha demostrado ser la más competente.

—Quizás también sea la última—comentó con una sonrisa.

La Madame la tomó de la mano y se perdieron de vista en cuanto sobrepasaron la puerta que conectaba con el pasillo de palacio.

En seguida noté como todas las chicas liberaron el aire en sus pechos. Después de todo, no era la única asustada.

—La cena de hoy estuvo deliciosa —recostada en la cama estiré cada extremidad de mi cuerpo. Miré hacia las dos chicas con las que Elena y yo compartíamos cuarto, estaban completamente dormidas— Esta noche dormiré como una roca.

—Debes estar realmente cansada después de estos dos últimos días—Me dice Elena.

—Cansada, sí, pero estoy feliz. Conocí a dos buenas personas.

— ¿En serio? Luego me las presentas.

—Si es que tengo oportunidad. Sé que te van a agradar.

Elena me sonrió pero luego bajó la mirada.

—Extraño a mi familia, sobre todo a mi abuela. Mi madre murió hace años, así que ella es como una madre para mí.

—También los extraño. Buenas noches, Elena.

—Buenas noches.

Finalmente era el tercer día y a primera hora de la mañana me aseguré de estar frente al campo de entrenamiento. Los soldados estaban teniendo un pequeño torneo y los ánimos estaban por las nubes, hasta yo, aun fuera de la acción, estaba ansiosa.

Un señor se me acercó. Enseguida aparté la atención del encuentro y lo miré.

— ¿Eres tú de quien madame me ha hablado?

—Probablemente.

— ¿Le gustan esta clase de encuentros?

—Un poco.

—Pues no se entretenga y valle a hacer lo que se le fue encomendado.

—Sí, señor.

—Sigue recto, y luego de pasar el centro de tiro vas a ver un depósito. Limpia bien cada armadura y escudo que haya. Si terminas temprano, podrás irte.

En cuanto terminé de escucharlo salí disparada hacía el depósito. Estaba dando por sentado el trabajo e incluso ya estaba haciendo planes con el tiempo disponible, sin embargo cuando abrí la puerta, entendí que debía dejar a un lado mis ilusiones.

“¿Acaso es un centro de recolección!?”

Pasaba por mucho del medio día. Me dolía cada dedo de mis manos y pies, y mis ojos estaban agotados. Así, con las pocas fuerzas que me restaban, atravesé el campo de tiro.

— ¿Terminaste? —Me dijo el señor que miraba atentamente el encuentro que se estaba llevando a cabo. Al parecer, se trataba de algo interesante cuando todos habían dejado de hacer lo suyo para ver.

—Por poco—dije.

—Lo prometido es deuda—me dijo sin apartar la mirada — ¡Vamos, capitán! ¡Este encuentro ya es suyo!—Al escucharlo gritar, me volteé.

El grandullón sobrepasaba por mucho al de mediana estatura y en un descuido le dio con la empuñadura de la espada en la frente. El de mediana estatura no pudo con el impacto y se desmayó.

— ¿Quién me reta? —Rugió el grandullón—¿Es que nadie los tiene bien puesto?! ¡¿No hay nadie?! —Se rió a carcajadas—¿¿No quieren perder dinero?! ¡Par de inútiles, y se hacen llamar soldados del imperio! ¡Son una vergüenza!

— ¿Es por dinero? —Pregunté al señor.

—Todas las tardes hacemos un pequeño torneo para los soldados de palacio. El ganador se lleva todo, pero nadie se imaginó que el capitán aparecería de repente.

— ¿Y... cómo de cuanto estamos hablando?

—Creo que habían reunido cincuenta, de oro.

— ¿Cuánto? —Me sorprendí—Entonces... ¿cualquiera lo puede restar?

—Mientras tenga dinero.

Miré hacia el grandullón, era de los que se le sube el humo a la cabeza y además, orgulloso.

— ¡Yo acepto el reto! —Dije.

Aunque no tenía dinero, no importaría si ganaba.

El señor, los soldados y el capitán me miraron sorprendidos. Bastó un instante para que se comenzaran a reír a carcajadas.

— ¡Ve a tu lugar, mujer! —Me dice el capitán— ¿Por qué no vas a limpiar algo en vez de perder el tiempo en cosas de hombres?

— ¿Usted cree que por ser hombre es mejor que yo? —Le dije y lo rodeé hasta acercarme al hombre desmayado. Tomé del suelo la espada y la maniobré con destreza. Creí haber perdido la práctica, pero supongo que lo que bien se aprende, nunca se olvida.

— ¡No te atrevas a ofenderme! Además, nunca le haría daño a una muchachita por muy malcriada que sea.

—No es mi intención ofenderlo, capitán. Solo piense que soy uno más de sus soldados.

Los ojos del capitán ardían en fuego. Claramente pude notar como veía de aquel desafío, una falta de respeto. De repente, aquellos dos ojos se dilataron frente a mí y antes de que pudiera decir otra palabra, se arrodilló.

— ¿Quién es ella? —Escuché una fría voz a mis espaldas. Por algún motivo inexplicable, me paralicé.

—No es nadie, alteza —escuché decir al señor con la voz temblorosa—Solo es una de las chicas de la madame.

— ¿Qué hace fuera del harén?

—No estoy seguro, majestad. La madame me pidió que le diera trabajo para el día.

— ¿Pelo rojo? —Lo escuché decir— ¿No me darás la cara?

—Disculpe, alteza—le respondí y me volteé con la cabeza gacha.

—Nadie permanece frente a mí de pie ¿no lo sabías?

Negué con la cabeza, aun con la mirada en el suelo.

—Supongo, que tampoco sabías que las mujeres del harén, tienen terminantemente prohibido usar cualquier objeto cortante.

—No... disculpe—Le dije en un tono de voz totalmente sumiso.

—Un juguete dañado no me sirve de nada, y menos uno que resulta tan desobediente.

Sentí sus pasos acercándose y como desmesuradamente comenzaba a perder el control de mi cuerpo. Sacudí la cabeza, me llené de valor, levanté el rostro y lo miré a los ojos. Fue un error, lo supe al instante. Una sensación electrizante inundó mi cuerpo y desniveló mi mente ¿era humano? Una piel tan pálida que no parecía tener sangre en las venas, un pelo largo y plateado que acariciaba su rostro perfecto. Tenía labios rosados y carnosos, el superior levemente menos al inferior y luego, luego sus ojos. Dos bellas perlas de un azul cielo. Me perdí en la profundidad de ambos. Era una belleza cegadora e inexplicablemente fría, como si tu alma fuese robada por una perfecta estatua de hielo.

Mis piernas comenzaron a temblar. Desvié la mirada y seguidamente, bajé la cabeza. La sombra de su figura me cubrió. Estaba prácticamente encima de mí. No pude con la tensión y me desplomé en el suelo con la respiración a tope.

—Ese es tu lugar—me dijo con la voz gélida y sin más, se alejó. Sentí como hasta mis tensos hombros se derrumbaron.

Desde ese punto que lo conocí, comencé a tener miedo. Temía a qué llegara esa noche, el momento en el que me dirigiría a sus aposentos y como si fuese una muñeca, sin vida o voluntad propia, me entregaba a él.

Llegué a la sala del harén con la mirada baja. Todas las chicas rodeaban a Dana, estaban deseosas por saber su experiencia con el soberano. Yo, ya había tenido suficiente de él por ese día.

Respiré profundo. Traté por todos los medios de olvidar lo ocurrido.

Después de un buen baño, era agradable sentir la piel fresca y limpia. Como cada tarde, me puse el vestido nuevo que me había dejado Rosa y regresé a la

sala.

— ¡Reúnanse! —Dijo Rosa y las chicas enseguida se reunieron a su alrededor

—No sean impacientes que todas tendrán su oportunidad.

—Rosa, dame la caja, por favor—dijo la madame.

En cuanto tomó la caja, la madame la agitó, introdujo una mano por el orificio y sacó un pedazo de papel. Al abrirlo, se quedó mirándolo unos segundos. Entrecerró los ojos como si no estuviese segura de que fuese la opción correcta.

—Voy a ser directa. La chica elegida... es usted, Serena

Pestañé varias veces con el rostro inexpresivo. Me estaba convenciendo de que probablemente había escuchado mal. No podía tener tanta mala suerte ¿verdad?

— ¡Serena, reaccione!

—Disculpe ¿qué... qué dijo?

— ¿No escuchó? Usted será la próxima.

—Madame—se me humedecieron los ojos—.Por favor, no me envíe. Sabe cómo soy, solo haré el ridículo. Piénselo mejor. Soy un desastre andante y además... yo no quiero ir. No estoy preparada.

—Ya le hablé de esto antes, Serena. No es algo que esté en mis manos, además mientras este aquí, en cualquier momento le tocaría igual.

— ¿Madame? — Interrumpió Dana.

— ¿Sí, Dana?

— ¿Qué hay de mí?

—Conozco su objetivo, pero debe ser paciente, el rey tiene que conocerlas primero a todas para elegir a alguna en especial.

Dana parecía decepcionada y bajó la cabeza, supongo que la vergüenza le quebrantó el orgullo. En cambio, yo llegué a desear su increíble seguridad y

descaro. Me serían útiles a la hora de encarar al rey.

Pasé las manos por mis ojos para detener el llanto, aunque no me fue de mucha ayuda.

— ¡Oh, querida! —Rosa se me acercó. —No llores. Tus bellos ojos estarán hinchados para cuando veas al rey.

—Entiendo cómo se siente—me dijo la Madame y me tomó de la mano— Usted, sigue siendo usted sobre todas las cosas. Nunca sabremos con exactitud lo que puede llegar a pasar. Además...—susurró en mi oído—no es como todos piensan.

La miré y traté de sonreír. Debía ser optimista... bueno, dentro de lo posible.

—Esperen un segundo—nos retuvo Rosa. Se me acercó y me roseó con una deliciosa fragancia. —Ya. Ahora sí.

—Continuemos... y no tema—me dijo la Madame.

Intenté resignarme y mantener en alto la cabeza.

—Gracias—le dije..

— ¿Por qué me agradece?

Me detuve un instante en su pregunta. Subimos las escaleras cubiertas por una alfombra roja y cuando entramos a los pasillos, decidí contestar.

—Verá, usted ha sido bastante... dura conmigo, aunque ha sido poco tiempo.

—Ya le he dicho que lo he sido con todas.

—Sí, es verdad. Pero no le agradezco por eso, le agradezco porque sobre todo, siempre nos ha tratado con respeto, eso lo aprecio mucho.

—Usted me agrada, Serena, y sinceramente, espero que le vaya bien—Nos detuvimos junto a una gran puerta custodiada por dos guardias—Hasta aquí llego yo. Una vez atraviere esa puerta, recuerde comportarse.

La Madame tocó. Al momento, la puerta fue abierta. Un hombre, joven, vestido de sirviente, nos hizo una reverencia y me pidió que pasara. Me

despedí de Isabela y seguí al joven.

Pasamos por una extensa sala toda llena de lujos y nos detuvimos finalmente frente a una cortina de encaje que cubría completamente la zona posterior. El sirviente me hizo una reverencia y luego se retiró.

—Pasa—escuché nuevamente aquella voz fría detrás de la cortina y en seguida, me tensé — ¿Por qué demoras tanto?

—¡Aaah... sí, ya voy!

Corrí la cortina y en cuanto estuve del otro lado, lo vi frente a mí. Estaba sentado sobre uno de los muebles, con su espalda totalmente recta y sus piernas cruzadas. Usaba un camisón de satén negro con el pecho descubierto. Aun tenía el pelo alborotado y húmedo por el baño. Sujetaba un libro, cambió el agarre, mordió levemente el labio inferior y pasó la página.

Mi respiración se disparó. Creí que me desmayaría cuando decidió alejar la mirada de las páginas y la alzó hacia mí. Me observó por unos segundos.

—No está mal. Despójate de la ropa.

No pude reaccionar a sus palabras. Aun mi cerebro procesaba lo que acababa de decir.

— ¿No me escuchaste? —Tiró el libro con desprecio hacia un lado y se me quedó viendo.

No respondí. La distancia entre su físico y su forma de ser, era como la del cielo y la tierra.

—Te he preguntado, que si no me escuchaste.

—No...—murmuré.

— ¿Has dicho algo? —Su tono fue amenazante.

Respiré profundo e intenté recuperar algo de valor.

—He dicho...—lo miré a los ojos. Fue una tortura—que no quiero.

Él permaneció en silencio y pensativo, eso me comenzó a inquietar.

— ¿Eres la chica de esta tarde? —Me preguntó de repente.

—Yo... no sé de qué me habla.

—Si tuviese que reconocerte por otro aspecto no lo lograría, pero tú pelo, es inconfundible—se puso de pie—En cuanto a tu respuesta... solo tienes que complacerme ¿No quieres hacerlo de la forma común? Está bien—extendió una mano hacia el mueble, agarró nuevamente el libro y en cuanto tomó asiento, retomó la lectura—Entretenme.

Estaba agradecida por su comprensión, pero me había dejado en una pausa total. ¿Entretenerlo? Diversión, risas ¿cómo iba a sacar eso, de una persona así?

Entonces, decidí no darle tantas vueltas al asunto y comencé a actuar. Además, si lo que quería era entretenerse, no había nada mejor que verme bailar. Era pésima.

Intenté mover las caderas con fluidez y gracia. Incluso, me esforcé por parecer sensual, pero me ignoró todo el rato. Me detuve y lo miré detenidamente “si no me está mirando no hay necesidad de...”

— ¿Por qué te detienes?

Apresé los labios para liberarlos al instante.

—No soy muy buena en estas cosas.

—Sí, ya me he dado cuenta.

— ¡Ja! no tiene que ser tan... tan frío para decirme eso.

— ¿Crees que soy frío?

Me escondí entre los hombros y bajé la mirada.

—Eso es tolerable. Otros creen que soy un demonio.

Mi piel se volvió de gallina “otros... como yo”

—Las personas piensan que mostrar tu risa o tu tristeza te vuelve humano. No saben que mostrar tus sentimientos es lo peor que puedes hacer, además,

si no los controlas... pueden ser inesperadamente traicioneros.

—Habla como sí... los hubiese desechado.

—Solo los innecesarios, aunque disfruto bastante del placer que me proporcionan las mujeres... en la cama—Abandonó el libro en un lado. Se puso de pie y se me acercó, en cambio yo, me alejé.

— ¿En la cama?

—Me intrigas—se aproximó nuevamente—. Una mujer nunca me había hablado mirándome a los ojos.

—Siempre hay una primera vez para todo ¿no?

— ¿Entonces por qué no te entregas a mí?

— ¿Disculpe?

—Nunca has estado con un hombre ¿verdad? ¿Acaso, tienes miedo?

—No... no es eso, —la voz se me volvió irregular— simplemente... no lo amo y no deseo entregarme a alguien que ni siquiera conozco.

—No pareces tan segura—se colocó justo frente a mí y me alzó el mentón. No pude apartar mis ojos de los suyos—.Debería castigarte por no complacer a tu rey.

Me sorprendí. Mis ojos no repararon en mostrarlo, sin embargo los suyos, permanecían impasibles.

—Lo prefiero—dije.

— ¿Orgullo?

No respondí, pero era clara la respuesta.

—Está bien. Veamos cuánto dura. ¡Ah! Y cada vez que me hables, no olvides la palabra “majestad” —se volteó—Por ahora, cenemos—me mostró una mesa circular en una esquina de la habitación. Estaba repleta de todo tipo de alimentos, frutas, carnes y vino. Algunas velas acompañaban la comida y un mantel de un rojo cardenal cubría la mesa—. Puedes tomar asiento.

—Gracias... majestad.

Me acerqué a la mesa. El rey se había sentado en un asiento que parecía un trono, en cambio, el mío era por mucho, el más sencillo. Después de todo, una mesa circular demuestra igualdad, ni en sueños, podía existir eso entre la realeza y una simple plebeya.

Mire los alimentos, ni siquiera se pueden imaginar las ganas que tenía de lanzarme sobre toda esa comida, pero si lo hacía podría en dudas las enseñanzas de la madame, además, ya habían sido suficientes vergüenzas por un día. Con discreción tomé un pequeño trozo de carne, apoyada por el tenedor y el cuchillo la piqué en pedacitos.

Perdí mi mirada unos segundos en su dirección, el aun tenía el plato vacío y me observaba. Tomó una copa, la llenó hasta la mitad de vino y tomó un sorbo. En seguida sentí que los labios se me secaron.

— ¿Tú nombre?

La pregunta provocó que se me desviara un poco de agua en la garganta. Puse la copa unos centímetros frente al plato y tosí unas cuantas veces.

—Me llamo Serena... majestad.

— ¿Serena? De serena, no tienes nada.

—Es el primero que me lo dice. Supongo que su majestad es el único que se ha encargado de eliminar cualquier rastro de serenidad.

—Puedo ser el primero en muchas otras cosas, solo necesito que me dejes actuar.

Debo admitir que en ese momento, tenía el pecho completamente agitado.

—La joven que vino ayer fue ciertamente sumisa y sensual ¿no podrías simplemente ser igual?

—No... majestad— Luego de responder, primeramente dudé un poco, pero al final, le pregunté— ¿No va a comer?

Enfocó sus ojos en los míos como si buscara algo en ellos.

—Prefiero mirarte.

—Por mucho que mire, no creo que encuentre algo que le interese en mí, majestad.

—De hecho, hay muchas cosas.

— ¿Cosas para reírse?

—Para nada.

—Entonces... ¿quiere buscar algún tipo de atractivo?

—¿Cómo podría buscar algo que se ve a simple vista?

—No mienta, por favor.

—Nunca miento.

—Debo suponer que su falta de emoción al decir las cosas, le resta credibilidad a las palabras.

Se produjo un momento de silencio. Fue muy, muy incómodo.

—Ser como soy, es lo que me ha salvado.

—¿De qué tendría que salvarse, usted? —Me mostré curiosa e inesperadamente a él, pareció gustarle.

—Desde que nací, he sido bendecido con el poder de la sangre del fénix, puedo congelar todo a mi paso y eso, ha provocado terror en muchos, por mucho tiempo.

—¿La sangre del fénix?

—¿No sabes lo que es?

—He escuchado historias. No sabría decir si son ciertas.

—Fue la fuente del poder de la realeza y de cada noble—permaneció en silencio por varios segundos— En los momentos en los que estoy inconsciente no puedo controlar mi poder, un solo toque y congelaría a cualquiera en milésimas de segundos. Es un buen escudo, pero en cambio, no

sé si lo que tengo aquí—Se tocó el pecho—es un pedazo de hielo, o un corazón —me miró a los ojos y creí ver un rastro de dolor— ¿Tienes miedo?

—Desde que lo vi por primera vez, sí.

—No te haré daño.

—Quizás crea que no.

Frunció los ojos. Creo que mi comentario no le agradó.

— ¿Por qué no pasas la noche conmigo y me entretienes un poco más? De paso, comprendes mejor de lo que te hablo.

Me sobresalté.

— ¿A qué se refiere?

Se levantó del asiento y tomó el libro del mueble. Se dirigió a su cama, se recostó de los almohadones y cubrió sus piernas con una sábana. Cada artículo a su alrededor era más que majestuoso, dignos de un emperador.

—Vamos, entreténme.

— ¿Me está diciendo... que debo dormir en el suelo?

—Te he dicho que me entretengas, además, no te he hablado nada sobre dormir.

— ¿Quiere que pase toda la noche despierta?

—No. Solo hasta que me duerma. ¡Ah! —Me atacó con su fría mirada—No te permito volver a olvidarlo.

En ese punto, su nivel de arrogancia ya no me daba miedo, pero si me estaba comenzando a enfurecer.

— ¿Qué quiere que haga para entretenerlo... majestad?

Me sentí humillada, nuevamente. Me miró por unos segundos y tragué en seco.

— ¿Sabes leer?

Me mantuve quieta y callada mirando el libro en sus manos.

— ¡Oh! Olvidaba que solo eres una plebeya.

—Se leer... majestad. Mi padre me enseñó lo suficiente.

— ¿Entonces por qué no respondiste al instante?

—Me sorprendí. Los de las clases más pobres no podemos ni soñar con uno, su valor sobrepasa el de los impuestos... majestad

—Léeme un poco—me extendió el libro que lucía una cubierta de cuero. En seguida acudí a tomarlo—Eso será suficiente...—Recostó su cabeza—por ahora.

—La letra es... es casi perfecta—comenté con una sonrisa.

—No demores.

—Sí, majestad.

Busqué el inicio de la página con la mirada y continué la lectura en voz alta.

La mujer de sus sueños estaba allí, frente a él. Un beso de sus labios derretiría el cubo de hielo en el que la bruja había encerrado su corazón, pero hablarle se le había vuelto imposible. Maldecido de la forma más cruel, era incapaz de hablar, de oír, de oler y hasta de sentir, sin embargo la hechicera había dejado intacta su visión para que se volviera una tortura. La joven se acercó y le habló, él no desistía de mirarla, pero al dejarla sin respuestas, decidió volver—Pasé a la siguiente página. Estaba tan nerviosa que en el primer intento no lo conseguí. Tomé aire para continuar—Él, la tomó por la mano y la retuvo contra su pecho. La abrazó con fuerza para en un intento sublime, sentir su calor. No había nada, no percibía nada, su corazón estaba muerto en vida. La bella doncella lo apartó de un empujón y con miedo, se echó a correr. Los ojos del joven se humedecieron. En cuanto la primera lágrima contactó con su mejilla se convirtió en un diminuto grano de hielo.

Continué leyendo por un largo rato. En el proceso, lloré, me enfadé e

inclusive me reí.

—Debe ser duro vivir de esa manera—miré hacia la cama, el soberano parecía dormido, pero aun así, decidí cerciorarme— ¿Majestad? ¿Majestad?

Estiré mis brazos y bostecé. La cabeza y el estómago me comenzaron a doler un poco. Me resultó extraño, pero estaba tan cansada que no le di importancia. Miré hacia el techo, un lujoso candelabro de cristal iluminaba la habitación. Con el extravagante falso techo que tenía sobre la cama, dudaba que al rey le molestara, en cuanto a mí, debía resignarme. Me acomodé en uno de los muebles y me enfoqué en dormir.

Capítulo: 3

Amanecí enredada entre las sábanas del lecho imperial. Enseguida me volteé pensando en que quizás, estaría a mi lado. Respiré con alivio ¿en qué momento había llegado allí?

Sin extender más la situación me puse de pie y me di cuenta que no llevaba zapatos. Busqué debajo de la cama y gracias a Dios, los encontré. Material negro, algunos detalles con plata y un pequeño tacón. Me los puse enseguida y atravesé la cortina rezándole a los cielos de que se olvidara de mí.

—Serena—Escuché la voz de Edgar en cuanto cerré la puerta del aposento.

— ¿Edgar?

—Serena...—su rostro parecía descolorido y sus ojos agotados—no te entregaste a él ¿verdad?

Miré hacia sus manos, estaban rojas de ejercer presión.

—No lo hice, ni nunca lo haría.

Respiró profundo tras mi respuesta e inesperadamente me abrazó.

—En cuanto lo supe, no pude conciliar el sueño. No sabes cuánto lamento no tener el poder suficiente para protegerte de él. Pero no te preocupes, a partir de ahora, no dejaré que te haga daño.

—No necesito que me protejas, Edgar.

Lo noté sonreír y luego me besó el cuello. Me ruboricé.

—Igual, estaré ahí.

Ya que al parecer no tenía intenciones de dejarme ir, me separé de sus brazos.

— ¿Cómo supiste que no dormí en el harén?

—Eso...—sonrió—es un secreto.

Lo miré de reojo.

—Debo regresar. La madame y Rosa deben de estar preocupadas.

— ¿Puedo saber qué pasó?

—Nada.

—¿Puedo saber que es nada?

—Solo le leí un poco hasta que se durmió.

— ¿El libro de la vieja portada de cuero?

—Sí, ese mismo.

—Era de esperarse. Para él es... olvídalo. No te demoro más. Hasta luego, Serena.

Me despedí y me dispuse a andar. Cuando estuve a punto de doblar para bajar las escaleras me volteé para verlo nuevamente, pero ya no estaba. Debí imaginarlo.

Llegué al harén y en cuanto abrí la puerta, todas las chicas se voltearon para verme. Fue incómodo.

— ¡Serena querida! —Se apareció Rosa y me abrazó—Estábamos preocupadas.

—Serena ¿estás bien? —Elena me tomó de la mano y me miró de pies a cabeza.

—No se preocupen, estoy perfectamente.

—Dormir en la habitación del rey es una locura—me dijo la Madame—Pudo, perfectamente estar muerta ahora mismo.

—Me pidió—por no decir que prácticamente me lo había ordenado—que me quedara a su lado y que le leyera un poco. No podía desobedecerlo. Además, fue bastante comprensivo.

— ¿Y usted sabe leer?

—Mi padre me enseñó.

— ¡Es increíble que sepas leer! —Me dice Elena con una sonrisa.

—¿Y cómo te fue con el emperador? —Finalmente preguntó Rosa.

—Pues verán... me llené de valor y me negué.

Madame y Rosa se sobresaltaron.

— ¿Y cómo reaccionó?

—Es como me dijo, madame. No es un monstruo, no del todo. Gracias por su consejo.

—Yo solo le mostré el camino. Fue usted la que lo recorrió.

Muy pocas cosas habían salido bien desde que había llegado, pero al parecer todo tomaría un nuevo rumbo. Me había liberado al fin del emperador y tenía la esperanza de que después de nuestro encuentro totalmente desastroso, se olvidaría de mí por completo.

—¡Oh! —Repentinamente sentí debilidad en las piernas y un fuerte dolor de

cabeza—Madame. Madame, me está dando... vueltas.

En ese instante, perdí la conciencia.

No sé si pasaron minutos u horas, pero cuando desperté, estaba en mi cama con aquel insoportable dolor de cabeza. Me quejé un poco y al levantar la mirada me di cuenta de que Elena estaba a mi lado.

— ¿Te sientes mejor?

—No como quisiera.

—Has tenido una calentura tremenda. Déjame ver—llevó una mano a mi frente—Estas prácticamente igual.

—No entiendo ¿cómo pasó?

—Bueno, cualquiera se enferma. Eso simplemente ocurre.

—No comprendes, Elena. Yo nunca me enfermo.

— ¿Nunca?

—Jamás supe lo que era un dolor de cabeza, hasta ahora.

— ¿Es por ese poder?

Me mantuve pensativa un momento.

—Mi abuela, tuvo este poder antes que yo. En sus cartas, lo llamó *El Fuego de la Vida*. Todo aquel que lo hereda puede vivir por décadas, libre de cualquier enfermedad, incluso una gota de mi sangre puede curar a cualquiera, de cualquier cosa. No entiendo porque me está ocurriendo esto, ahora.

—Eso increíble, Serena. Pero... nada es tan perfecto ¿no?

—Tienes razón, además siempre me ha resultado difícil sanar heridas de gravedad o... veneno ¿veneno? La comida... La comida, eso es. Debió estar envenenada.

—¿Veneno? —Elena se asuntó—¡Entonces el emperador...!

—No, el no probó bocado, solo bebió vino—Llevé una mano a mi cuello y lo sobé un poco—No entiendo nada.

—¿No crees que es malo precipitarse en pensar algo como eso? Además no podemos asegurar nada ¿No será que tu cuerpo está débil?

—Podría ser, a pesar de todo sigo siendo humana. Reacciono al estrés, al cansancio, a la falta de sueño, deshidratación y falta de alimento. La verdad, apenas dormí bien, no cené casi nada y aun no he desayunado. Además... desde la tarde de ayer estoy—suspiré—muy, pero muy estresada.

—Ves, es seguro que se trata de eso, y el estrés debe ser la peor parte.

—Ni me lo digas.

— ¿Estrés? —Escuché la voz de Edgar y enseguida levanté la mirada hacia él.

—Príncipe Edgar ¿qué hace aquí?

— ¿Príncipe? —Elena me miró con el ceño fruncido.

—Ella es mi amiga, Elena.

—Es un placer conocerla, bella dama—le hizo una reverencia y le besó la mano. Elena se ruborizó—Soy el príncipe Edgar.

Entonces supuse que era así con todas.

— ¿Estás bien? —Me dijo Edgar.

—Mejor—aparté la mirada.

—No mientas—Llevó una mano a mi frente—.Además, tu voz se escucha débil.

—Serena, los dejaré solos un momento. Después...—me sonrió—ya sabes.

—Gracias, Elena—le sonreí y esperé a que abandonara la habitación para mirar a Edgar a los ojos— ¿Cómo lo supiste?

—No lo sabía. Esperaba verte, tuve la suerte de encontrarte, pero desafortunadamente en este estado.

—Me he percatado que puedes ir de aquí para allá como desees, pero ¿puedes decirme cómo sabías que esta es mi habitación? Estoy seguro que no fue la madame o Rosa quien te trajo.

—Eso...—me sonrió—es un secreto.

—Está bien. No importa, pero te diré que no duermo sola en esta habitación ¿Qué harás si la madame se entera?

—Siempre puedo volver unos segundos atrás en el tiempo.

—Tú... nunca has hecho eso conmigo ¿verdad?

—Cada momento que vivo contigo es especial, nunca lo remplazaría. Además, no es algo que pueda hacer a menudo.

— ¿Por qué no?

—Acorta mi vida, e incluso me puede matar.

—Eso es terrible. No lo hagas nunca ¿Está bien?

Sonrió. Llevó una mano a mi rostro y lo acarició. Lo miré a sus bellos ojos verdes y comencé a temblar.

—Me encantaría...—se inclinó hacia mí—darte un beso.

Sus labios se acercaron a los míos, tanto que pude sentir su respiración alborotada. Me paralicé. No estaba preparada, incluso pensé en darle un golpe, pero finalmente decidí dejarme llevar, después de todo, él me gustaba, me gustaba mucho.

— ¡Madame, espere! ¡Le dije que está mejor! —Escuché la voz de Elena.

— ¿Qué le sucede señorita? Déjeme pasar.

La puerta se abrió, dirigí mis ojos hacia allí y antes de darme cuenta, Edgar ya no estaba.

Miré a Elena a espaldas de la madame y le sonreí. Supongo que comprendió el mensaje.

—Ve—Elena sonrió también—le dije que está mejor.

—Sí, supongo que se ve mucho mejor—se acercó y al igual que los demás llevó una mano a mi frente—Que bueno que mandé a Rosa a buscar al médico. Aun está caliente.

—No se preocupe. Se me pasará rápido.

— ¿Es usted médico para saberlo? Espere tranquila, Rosa no debe demorar. Además, tengo algo que decirle.

— ¿Ahora?

—Sí, ahora. Y creo que no le agradecerá saberlo.

—Por favor, que no sea lo que estoy imaginando.

—Creo que es eso mismo. El rey ha mandado una carta al harén. Espera por usted esta noche.

— ¿Qué? No puede ser ¿Está segura que no es a Dana a la que se refería?

— ¿Por qué no lo comprueba? —Sacó la carta de uno de los bolsillos del vestido y me la extendió.

Espero con ansias que la señorita Serena me haga participe de su compañía esta noche, nuevamente.

— ¿Solo eso?

— ¿Qué más esperaba? Debería sentirse alagada de que el emperador disfrute de su compañía. Aunque sé que no es el caso.

— ¿No entiendo que vio en mí? Me negué a complacerlo e incluso le hablé informalmente

—Usted hizo ¿qué?

—Nada, madame. Olvide eso último. Solo quiero entender ¿por qué?

— ¿Por qué no le pregunta directamente?

— ¿Preguntarle? Con lo frío que es. Es un demonio.

—Me duele que hable así de él, Serena.

— ¿Disculpe?

—Tendría que estar en su lugar para comprenderlo.

Me extrañó que hablara de ese modo, así que permanecí callada.

—Serena querida—Rosa se asomó por la puerta con una sonrisa enorme—
¡Oh mi Dios, pero si estas toda demacrada! —Me dijo acentuando los gestos

—El médico ya está aquí, Madame.

—Hazlo pasar, Rosa.

—Pasa, querido.

— ¿Es, es... un niño? —Tartamudeó Elena.

—No te preocupes, estas en buenas manos—me dijo la Madame.

“Es tierno” pensé al ver al jovencito.

Pelo rubio y ojos grises. Sus ropas eran sencillas pero elegantes. Se me acercó un poco apenado.

—Buenos días. Me llamo Luis.

— ¡Es tierno! —La de dorados risos puso en palabras lo que yo no pude.

El jovencito se escondió entre sus hombros todo avergonzado.

— ¿Puedo? —Me dijo Luis y extendió su mano hacia mi frente.

—Claro.

Luego de poner su mano en mi frente me miró a los ojos con detenimiento.

—Su temperatura no está del todo bien, pero estará en perfecto estado pronto.

— ¿Es lo único que tienes que decir, Luis? —Preguntó la Madame

—Su cuerpo se está defendiendo de un agente externo.

—Sí...

—Quizás... algún tipo de veneno.

Admito que su resolución me asombró ya que lo había descartado por

completo.

—¿Veneno? ¿Cómo pudo pasar eso? —Dijo Rosa asombrada.

—No sabría decirles, pero su cuerpo lo está corrigiendo bien.

—¿No sería bueno que tomara algún medicamento?

—No creo que sea necesario, solo entorpecería el proceso, cosa que no comprendo.

—La que no comprende soy yo—dijo sobresaltada— ¿Solo me ha tocado y ya sabe todo eso? ¿Cómo pueden creerle?

—Luis desciende de la nobleza—dijo la madame—y ha nacido con un poder peculiar que le permite trabajar con las células y tejidos de plantas y animales. Puede saber el estado de tú cuerpo con tan solo tocarte.

—¡Oh! Ya veo—miré al niño— Disculpa, no quería ofenderte.

—No tienes por qué disculparte—me dijo Luis y me miró a los ojos— ¿Puedo saber... si de casualidad tienes alguna habilidad especial?

—¿Yo? —Meforcé a sonreír—Bueno, si contamos mi capacidad increíble para comer ¿Por qué lo preguntas?

—Tú calentura es producida por una fuente anormal. No tiene nada que ver con el hecho de que tu cuerpo esté combatiendo el veneno.

Mordí mi labio inferior.

—La verdad es que... no sabría decirte.

—Sí no deseas hablar, lo entiendo—miró a madame Isabela—Ella estará bien. Estoy seguro que en la tarde, no habrá rastros de malestar.

Abandonó la sala y madame lo siguió.

— ¿Entonces Luis, es hijo de un noble? —Preguntó Elena sin más demora.

—Es una historia triste—dijo Rosa—Ya que es ilegítimo su padre ni siquiera lo mira y su madre murió en el parto. Gracias a Dios, heredó esa habilidad, sino estuviese vagando en las calles.

— ¿Qué padre haría eso?

—Para un noble, un descendiente de sangre impura, es una vergüenza inaceptable.

—Pero si fue culpa de su irresponsabilidad, y el niño tiene que pagar por todo—dije alterada—Quien quiera que sea, es un hombre horrible.

—Lo mismo digo—dijo Rosa frunciendo sus rojos labios—A veces quisiera decírselo en la cara a ese duque sin corazón.

— ¿Duque? —Elena se aproximó a Rosa con curiosidad —Acaso...

— ¿El duque Aldor? —concluí.

—No le digan a la madame que yo les dije. Se podría furiosa.

—No te preocupes, Rosa. En realidad llegamos solas a esa conclusión—sonreí con picardía—Tan altanero y escondiendo tanta suciedad—enseguida llevé mis manos a la boca—Le estoy diciendo sucio al pobre de Luis.

—Bueno, me tengo que ir. Necesito hacerle unos retoques al vestido que usaras hoy. Luego te veo—dijo las últimas palabras saliendo a toda prisa por la puerta.

Elena me miró y se sentó a mi lado.

—No quiero ser entrometida, pero creo que deberías decirle a Rosa y a madame Isabela.

—Lo sé.

—Ahora que estamos solas. Cuéntame ¿cuándo y cómo conociste al príncipe?

—Fue hace unos días. Casi me atrapa desnuda en el baño.

—Espera ¿cómo llegó ahí?

—Creo que tiene algún tipo de habilidad que le permite ir y venir como por arte de magia.

—Ahora entiendo todo. Así fue como entró y salió de la habitación.

Asentí.

—Por ahora, te dejo—dijo Elena— Debes sentirte agotada, y esa historia del veneno no me deja de dar vueltas en la cabeza.

—A mí tampoco, pero ya que no pasó nada peor mejor olvidamos el tema. Voy a dormir un poco. Te veo más tarde.

En cuanto estuve a solas, me quedé mirando el techo. No podía dormir ¿y cómo hacerlo? Pensaba en mis padres. No tenían el dinero de los impuestos y ya llevaban un mes atrasado. “Si no pagan ahora... los mataran”

Luego estaba el otro asunto. Me tenía cansada, estresada e inquieta. No paraba de darle vueltas a lo sucedido. No sabía lo que la madame y Rosa habían pensado sobre el veneno, pero estaba preocupada por el rey ¿acaso alguien lo quería envenenar? No, eso no era posible ¿verdad?

Un bello vestido descendía sobre mi cuerpo y me rodeaba un delicioso aroma a rosas. En esa ocasión estaba preparada para enfrentarlo... o eso creía.

— ¿Puedo pasar, majestad? —Dije desde atrás de la cortina.

—Adelante.

El primer paso fue difícil, después de todo estaba entrando a una jaula donde un león petulante podía mordirme en cuanto quisiera. Me paré frente a él y para mi sorpresa, aun leía aquel libro. Pasó página y me miró un instante.

—Para ser una plebeya, te ves bastante bien.

—Gracias, majestad ¿puedo saber para que me desea? —Aunque mi forma de hablar fue respetuoso, se sintió un hilo de inquietud.

— ¿Algo te preocupa?

Demoré en responderle. Estaba pensando que a pesar de todo, no era tan insensible así que decidí contarle.

—Estoy temerosa por mi familia, majestad.

— ¿Familia? Ya no tienen nada que ver contigo así que puedes estar tranquila. Aquello que me dijo, me dejó en una pausa total. En seguida tuve que corregir lo que había pensado de él. Ciertamente, no tenía nada de sensibilidad.

Respiré profundo, para no decirle una estupidez de la que luego me arrepintiera

—Majestad, puede estar seguro de que estuviese tranquila sí mi padre no estuviera al punto de morir por no poder pagar los impuestos.

— ¿Por qué lo estaría? Después de todo, el valor de los impuestos es inferior al de un insignificante libro.

— ¿Acaso sabe cuál es el valor de un insignificante libro?

—Claro que lo sé.

—Son mínimo, diez piezas de oro

— ¿Tan poco?

— ¿Poco? Estamos hablando de la comida de un mes de una familia.

—No quiero ni imaginar la miseria en esa mesa.

— ¿Cómo puede decir eso? —Dije con indignación—Son cabezas de familia que se pasan el día y la noche trabajado para ganar cincuenta monedas de plata, y eso apenas alcanza para los impuestos, sin contar ¿qué comeremos? Pero claro ¿qué puede saber usted que solo conoce el lujo?

Se quedó mirándome a los ojos. Sé que había sido osada, pero creo que necesitaba escuchar eso de alguien.

— ¿Te es difícil llamarme majestad?

Aquella pregunta inesperada solo sirvió para ponerme más furiosa.

— ¿Quiere la verdad?—Apreté los puños y la dentadura “calla Serena. Si dices alguna estupidez lo pagarás caro” “No. Sí no lo digo me explota la garganta”— Creo que una persona como usted no merece una corona.

—Está bien—en primera instancia no me pareció molesto, pero unos segundos después, arrugó la frente—Estaba dispuesto a escucharte. Al parecer, fui demasiado permisible.

Sus ojos me atravesaron como una lanza. Me quedé helada. Se acercó a mí hasta cubrirme con su sombra. Con una mano, me agarró por la cintura mientras me sujetaba también los brazos. En cuanto intenté resistirme, me percaté de que tenía una fuerza monstruosa.

— ¡Detente! —Le exigí con atrevimiento.

—No... te escucho.

Me agarró con rudeza por el cuello y me besó de forma profunda.

Apretó mis caderas contra las suyas y mis senos contra su pecho. Soltó la mano de mi cuello y se inclinó para rasgar el pliegue del vestido. Alzó mi muslo hasta su cintura y ejerció presión contra su miembro. Por puro instinto, gemí. Seguí resistiéndome, pero al ver lo inútil que era, comencé a llorar. En cuanto una de las lágrimas hizo contacto con su mejilla, me soltó.

Las piernas me temblaban, así que me desplomé en el suelo con el corazón en la boca. Traté de detener el llanto, pero me sentía tan avergonzada. Así que lo miré con desprecio.

—Lo odio—Murmuré.

— ¿Decías algo?

Mi garganta estaba al punto de explotar.

— ¡Lo odio...MAJESTAD!

—Cuanto rencor. En cambio yo, te quiero...—me sorprendí y el corazón me traicionó—te quiero en la mesa. Verás que rápido lo olvidas con el estómago lleno—caminó hacia la mesa y se sentó. —Estoy conforme...—se sirvió un poco de vino y tomó un sorbo—por ahora.

Con la cabeza gacha, me levanté. No paraban de llorar y la humillación se repetía una y otra vez en mi mente.

—Ya, sécate esas lágrimas—me dijo y tomó otro sorbo de vino—Vamos, siéntate y come.

Luego de aquello, en lo que menos podía pensar era en la comida.

—No tengo hambre... majestad.

—Pero necesito que comas.

—Si quiere, me puedo quedar toda la noche sentada en la mesa, pero ya le dije que no tengo hambre, majestad.

— ¿Y si te ordeno que comas?

Lo miré ¡Oh! ¡Qué odio! Tenía ganas de golpearlo hasta la muerte.

— ¿Puedo saber por qué tiene tanto empeño en que coma?

—No es que me importe si comes o no. Solo, necesito que lo hagas.

No insistí mucho en negarme. Me serví lo primero que vi frente a mí y tomé el primer bocado, luego un segundo y un tercero.

Lo miré, por fin había decidido comer. Hizo pequeños pedazos su carne y según la iba degustando tomaba un sorbo de vino.

Él me miró y sonrió. Yo le aparté la mirada con disgusto y en ese preciso instante, comencé a sentir ardor en el estómago.

— ¿Qué te sucede? —Me preguntó con la copa en la mano.

—Es extraño—dije e inmediatamente tosí—me duele el estómago.

De pronto, sentí al soberano toser también. Lo miré y vi su boca y manos ensangrentadas. La sangre enseguida se cristalizó y parecía, en sus manos, pequeños diamantes.

— ¿Alteza, se encuentra bien?

Tosió una vez más. En seguida sacó un pañuelo y se limpió la boca.

—Es tal y como lo vio Aldor...—dijo y comenzó a toser con mayor frecuencia. Se puso en pie, caminó con dificultad hasta la cama y se recostó

con la mirada hacia mí— Fui estúpido al creer que podía impedirlo, pero ¿por qué a ti no te afectó de inmediato?

Lo miré asombrada.

— ¿Qué? Habla como sí... como si lo hubiese sabido.

—No es de tu incumbencia—apartó la mirada.

— ¡Claro que lo es!

—Calla.

Arrugué el ceño hacia él y comencé a darle vueltas al asunto.

— ¿Acaso... fue por eso que ordenó que viniéramos? Incluso a la madame le extrañó.

—Calla, Serena.

— ¿Fue por eso que ayer no cenó? ¿Fue por eso que quería que comiera primero? ¡Quería comprobar si realmente...! ¡Es un maldito! ¡Es un maldito y un demonio!

— ¡Cállate de una maldita vez, plebeya!

Lo miré horrorizada. Creí que por lo menos tendría miedo a la muerte, pero en vez de eso, comenzó a reír como un desquiciado.

—Está loco—dije y luego de tomar aire y dar unas palmaditas en mi pecho, lo miré—Voy a buscar a Luis.

— ¡No!—Me dijo con la voz imponente—Ya Aldor vio el futuro de Luis. Él no podrá hacer nada—tosió una vez más— Ahora solo puedo esperar. Supongo...—siguió tosiendo y más sangre salió de su boca, sangre que se cristalizó enseguida—que el futuro no es tan fácil de cambiar. No es que me haya dado placer utilizarlas... —tomó aire—pero no puedo ni imaginar cuantas habilidades más hay en mi contra por ahí, y ni siquiera sé si puedo confiar en las personas de palacio. Si se sabía que sospechábamos de algo como esto... nunca encontraría al culpable.

— ¿De qué le sirve encontrarlo, si muere?

—Aldor solo puede ver imágenes del futuro, es muy confuso pero nunca ha fallado, Él me vio así...—tosió nuevamente—y justo después... me vio en el trono.

En seguida lo comprendí. En ese futuro no era Luis quien lo salvaba, sino yo. Pero no quería que supiera de mí. Mi abuela me advirtió en sus cartas *nunca te descubras ante nadie que no sea la familia*. Él era tan egoísta. Merecía morir... pero nunca lo permitiría, la conciencia no me dejaría en paz

—Yo... quizás pueda ayudarlo.

Giró sus azules ojos hacia mí.

— ¿Ya no me odias? —A pesar de estar cara a la muerte, su tono arrogante no disminuyó en absoluto.

Me dije ¡¿Cómo puede ser así!? ¡Lo odio! ¡Lo odio!

—Sí lo odio, pero no soy como usted.

— ¿Y puedo saber cómo planeas ayudarme?

Respiré profundo y miré hacia la mesa.

—El vino no está envenenado ¿verdad?

—Es el mejor vino del imperio—tosió— Las pocas botellas que quedan las mantengo en estos aposentos, así que es seguro.

En cuanto terminó de hablar, corrí hacia la mesa y tomé la copa de vino. Ni siquiera lo pensé cuando mordí mi dedo para derramar unas gotas de sangre en el líquido rojizo.

—Tómelo—le extendí la copa— No demore mucho, o podría empeorar.

Él me miró fijo a los ojos y luego miró la copa de vino.

— ¿Qué le echaste?

—Confíe en mí. Esto le ayudará.

Repentinamente le dio un manotazo a la copa. Miré hacia el suelo, estaba destrozada y el vino completamente derramado.

— ¿Confiar? He olvidado lo que es eso—tosió nuevamente, pero en esta ocasión pensé que el corazón se le saldría—Tú... toda hermosa y sensual a mis ojos, incluso me dejaste en la intriga, hasta el punto de no resistir la tentación de verte nuevamente ¿quién me asegura que no eres tú quién está detrás de todo esto?

— ¿Disculpe?

—Infiltrarse sería fácil y salir, aun más si yo muero—respiraba con dificultada así que hizo una pausa—Quizás ni siquiera seas pura, eso explicaría por qué tanta resistencia.

— ¿Es que acaso... es que acaso cree que por ser plebeya, no tengo sentimientos, o ilusiones? Mi primer beso y entregar mi cuerpo... quería hacerlo con el hombre al que amara... pero como ya arrancó parte de ese sueño...

Llevé mi dedo índice a la boca y lo mordí, ya que la herida me sanaría al instante succioné toda la sangre que pude.

— ¿Qué vas a hacer? Te advierto...

Antes de que pudiera decir más, me arrojé sobre él y lo besé. Necesitaba que fuese algo más que un choque de labios para que pudiese darle la sangre. Me agarró por la cintura y me apretó contra él. En ese momento, el corazón me traicionó, nuevamente.

Me separé y él me dejó ir sin resistencia. Lo miré confusa y excitada.

—Por ahora duerma, majestad

Intenté levantarme, pero antes de hacerlo me tiró de espaldas a la cama y me aprisionó contra su cuerpo. Yo lo miré atemorizada, creí que haría más de sus locuras.

—Serena...—su voz seductora y pudiente como la de un dios, me estremeció

—eres tú.

— ¿Qué hace ahora? ¡Suélteme! —Antes de que pudiera hacer algo, me sujetó ambas manos.

—Eres... el corazón del Fénix.

Permanecí estancada en sus últimas palabras como si el tiempo se hubiese detenido.

— ¿Cómo... como supo eso?

—Entonces, estoy en lo correcto—se levantó dejándome tendida. Enseguida me puse en pie—Puedes regresar al harén con las demás. Luego veré que hago contigo.

— ¿Eh? ¿Pero qué va a hacer? Aun debo estar a su lado, no sé si fue sangre suficiente o si estará bien del todo. El veneno puede ser más fuerte de lo que cree.

—Fuerte si es. El principal don que otorga la sangre del fénix es la fortaleza, sin embargo me debilitó, hasta el punto de la muerte.

—Entonces... cualquier otra persona hubiese muerto al instante.

—Exactamente—se cerró su camión y lo amarró. Pasó una mano por su cabellera plateada y se volteó hacia mí— Y sí es como dices, quizás me haga falta—me sujetó del brazo y me llevó con él pasando la cortina y la puerta colosal.

En cuanto los guardias, que estaban prácticamente dormidos sobre sus pies, lo vieron, abrieron los ojos más grandes que dos platos y se pusieron lo más firme posible.

— ¡Ordenen el toque de las campanas! —Dictó el soberano.

— ¡Si, su majestad! —Dijeron los guardias que parecían aun más asombrados con la orden, y salieron a correr por el pasillo que llevaría hasta las escaleras.

— ¿Está usted bien, majestad? —Preguntó el sirviente que había salido de los aposentos.

—Estoy bien. Busca a toda la servidumbre de palacio y que se reúnan en la sala del trono.

—Como ordene, alteza.

El sirviente hizo una reverencia y comenzó a caminar a toda prisa en dirección contraria a la de los guardias.

De repente sentí una molestia en el dedo. Levanté la mano y me di cuenta que aquella pequeña herida aun no había sanado del todo. Me extrañó así que la seguí observado por unos segundos, hasta que finalmente se cerró.

Miré al rey. Me miró de reojo y luego miró al frente. Llenó su pecho de aire y lo retuvo, en cuanto lo expulsó, desde su cuerpo se extendió a lo largo y ancho una onda de aire fría. La pude ver perfectamente y en cuanto me atravesó, noté el frío en cada uno de mis huesos.

— ¿Qué sucederá ahora?

—Alguien intentó asesinarme. Al emperador. Debo castigar al responsable.

— ¿Y qué planea hacer?

Me miró con agresividad.

—Majestad—tragué en seco.

—La persona que salga de los límites de palacio... se convertirá en hielo.

—Pero majestad, pueden morir personas inocentes.

—Para eso son las campanas.

¡Tum! ¡Tum! ¡Tum! ¡Tum! ¡Tum!

El sonido resultó incómodo para mi oído. Las campanas estuvieron activas por varios segundos, en ese tiempo, el emperador me arrastró hasta la sala del trono. Entramos por una puerta que había justo detrás. Era el lugar más grandioso que había visto en toda mi vida.

Enormes columnas de mármol sostenían aquella sala colosal, y al techo, apenas llegaba la luz. Además, parecía que caminaba sobre un espejo.

Por un costado, el soberano subió los escalones que elevaban el trono, una silla extravagante que parecía estar hecha de oro. Tomó asiento. Había adoptado una posición despreocupada. Supongo que no debía mantener las formalidades frente a un grupo de sirvientes.

Miré mis faldas. Estaba avergonzada por el estado del vestido así que para disimular, agarré los pliegues rasgados y me mantuve quieta en una esquina.

No pasó mucho hasta que el sirviente se presentó frente al soberano seguido de toda la servidumbre. Mantenían la cabeza inclinada. Luego de unos segundos también entraron a la sala, el capitán y algunos guardias. Entonces, se produjo un silencio incómodo y se liberó una presión espantosa.

—Hermano ¿estás bien?— escuché la voz de Edgar de repente.

Había aparecido de la nada y se encontraba al lado del rey. Me miró y yo agaché la mirada.

—No moriré fácilmente—dijo el soberano—Y tú ¿estás bien?

—Perfectamente. Nada más escuché el primer campanazo fui a la salida del palacio. El culpable no lo logró, o se salió con la suya.

— ¿Qué te he dicho de abandonar el palacio?

—No voy a morir por tan poco, majestad.

—Lo mismo pensó nuestro padre y sus hermanos, y todos terminaron igual. No voy a permitir que nos pase lo mismo—alzó su mano hacia el capitán—
¡Comienza!

El capitán se posicionó frente al trono e hizo una reverencia.

— ¡Majestad, hemos encontrado a tres personas cerca de los límites de palacio! ¡Ninguno de ellos tuvo tiempo de mostrar resistencia! —se volteó hacia los sospechosos— ¡Que pase el primero!

Se acercó un anciano e hizo una reverencia. Ya que era tarde en la noche, el salón apenas contaba con la luz suficiente, pero al mirarlo detenidamente me percaté que se trataba del viejo Augusto.

—Majestad, yo soy el encargado del jardín del norte. Todos los sirvientes saben que vivo en el bosque, fuera de los límites de palacio. Ya que la edad me ha restado eficiencia, me atrapan altas horas de la noche cuidando del jardín, es un terreno muy amplio.

— ¿Usted... es quien cuida de las rosas?

—Hace años que cuido de ellas, alteza.

—Entiendo—alzó la mano nuevamente.

—El siguiente—ordenó el capitán.

En cuanto el segundo se colocó al frente, me sorprendí aun más.

—Majestad, soy...

— ¡Basta, Luis! —Dijo Edgar—Sabemos perfectamente quien eres. ¿Qué hacías a estas horas de la noche tan alejado de palacio?

—La flor de luna, es una extraña flor que solo florece de noche. Es a estas horas cuando debe ser cortada para que sea efectiva en el uso de cualquier tónico, y solo crece en los límites del jardín del sur.

—Son flores verdaderamente hermosas—intervino Augusto—he intentado sembrarlas hasta en el invernadero, pero son un reto.

—Tiene un amplio número de usos para la medicina—dijo Luis mirando al anciano—Sería bueno tenerlas cerca.

—Luis—dijo el rey que había apoyado su rostro sobre la mano dominante. En seguida Luis lo miró y bajó la cabeza—de una de las pocas cosas de las que estoy seguro, ahora mismo, es que tú no tuviste nada que ver con lo que acaba de ocurrir —miró al capitán—Que pase el tercero.

Una mujer joven de cabellera negra dio un paso al frente. Tenía la cabeza gacha y parecía, sobre todo, tener miedo.

—Majestad, yo...

El capitán, sujetó la mano que la mujer mantenía escondida tras su espalda, y

la mostró. La mayor parte de la extremidad estaba congelada

—Ella casi logra salir de palacio, majestad.

—Yo solo quería... yo, quería visitar a mis padres, majestad. Hace ya varias semanas que no los veo.

— ¿Cree que estas eran horas? —La fría voz del emperador hizo temblar a la mujer. Miró a la servidumbre— ¿Qué pueden decirme?

Una señora, un poco gorda, se acercó y miró por un momento a la joven mujer.

—Majestad, yo soy la encargada de dirigir la cocina. Su cena siempre es elaborada con el mayor cuidado, usando los alimentos de mejor calidad. Ella, es una de mis ayudantes. En cuanto terminamos la cena, la entregamos a sus sirvientes personales y eso fue todo...—la señora se mostró un poco confundida—hasta que de repente me dijo que no se sentía bien, y me pidió que le diera permiso para descansar. Yo accedí por que la vi realmente perturbada... y eso es todo, alteza.

— ¡Majestad, por favor perdóneme! —Dijo la mujer de repente y se echó al suelo a llorar— ¡Yo nunca lo haría, yo nunca...!

El emperador la miró con furia.

— ¿Entonces por qué lo hizo? —preguntó Edgar.

—No tenía más opción—contestó sollozando.

— ¿Quién te pidió que lo hicieras? —Preguntó el soberano conteniendo la rabia con esfuerzo.

—No puedo...

— ¡DIME QUIÉN TE PIDIÓ QUE LO HICIERAS!

Aquel grito estremeció la sala. A la mujer se le esfumaron las palabras de la boca. Se había convertido en una víctima del miedo.

—Me dijeron... que matarían a mis padres y hermanos, majestad—dijo con la

cara empapada.

— ¿Crees que un par de plebeyos son más importantes que tu rey?! ¡El emperador de todas estas tierras!

Me desconcerté con aquellos gritos, no por el ruido, sino por las palabras. Eran las palabras de un hombre sin corazón.

— ¡No, no majestad pero...!

— ¡SILENCIO!

—Por favor hermano, no, majestad—intervino Edgar—Escúchala.

El soberano hizo un esfuerzo por aligerar su furia y decidió darle una oportunidad.

—Habla, antes de que me arrepienta.

—Ayer...—la mujer tragó en seco—una de mis compañeras desapareció repentinamente. Ella fue amenazada antes que yo y como no resultó, seguramente se deshicieron de ella—los ojos se le comenzaron a hinchar y el rostro a enrojecer—No me importaría morir, majestad, pero no quiero que le suceda nada a mi familia, a mi familia no, por favor—se arrastró hasta los pies de los escalones—no lo permita.

— ¿Quién fue?

—No sé bien, alteza, quien contactó conmigo fue un hombre que se llamó así mismo asesino. Como habló, al parecer sirve a alguien importante.

En ese preciso instante las puertas se abrieron y entró una figura a la sala.

— ¡Ya me encargaré yo, alteza! —dijo el duque Aldor que no se detuvo hasta estar a los pies del trono. Hizo una reverencia y me miró por el rabillo del ojo. Fue inesperado, creí que me había vuelto invisible— También quiero pedir disculpas por la tardanza.

—Adelante, Aldor.

—Sí, alteza—se volteó y se acercó a la joven mujer—Cédame su mano, por

favor.

La mujer no paraba de temblar así que el duque tuvo que agarrarle la mano con fuerza. El noble cerró los ojos y mantuvo la concentración por un largo rato. Abrió los párpados y enseguida, se volteó hacia el trono.

—Por favor, alteza, ¿podría ordenar que la servidumbre y los guardias salgan de la sala?

— ¡Hagan lo que me pide el duque! —Dijo el rey y luego miró, en concreto, al capitán— ¡Llévatela!

Me concentré en sus fríos ojos. El capitán de la guardia lo miró nuevamente, esperando quizás, por su piedad.

— ¡¿No me escuchó!?! ¡Llévesela...— dijo, y Edgar se volteó hacia él, dispuesto a intervenir—...busque a su familia y tráigalas a palacio! Aquí estarán seguros, a menos que decida envenenarlos también.

La mujer se quedó suspensa en las palabras del soberano y cuando al parecer lo había comprendido, comenzó a llorar aun más.

— ¡Gracias, majestad, gracias! —decía una y otra vez mientras se retiraba.

Aunque me había sorprendido el desenlace de la situación, estaba feliz por la mujer. El soberano no era tan frío después de todo, o por lo menos lo intentaba.

La sala se sumergió en el silencio absoluto, una quietud que solo atestiguamos, el duque, Edgar, el rey y yo.

—Ahora dime, Aldor ¿qué viste?

—El vizconde de Alamán.

El soberano frunció el ceño en dirección al duque.

—No creo que ese hombre tenga poder para enfrentarme.

—Debe ser una cara de muchas más.

—Aldor, quiero que envíes un comunicado a todos los caballeros. Mañana

mismo tendremos un encuentro con el vizconde —se mantuvo pensativo unos segundos— ¡Ah! Casi lo olvidaba. Quiero que me cites también al ministro de finanzas.

—Creo que el ministro está fuera de la capital atendiendo unos asuntos, pero lo haré volver para mañana. Si no hay más que decir, me retiro, alteza—hizo una reverencia— Tengo trabajo que hacer—fue lo último que dijo antes de desaparecer por la puerta.

El rey se puso de pie.

—Te espero mañana, Edgar.

El de ojos verdes me miró un instante.

—Entonces... nos vemos—dijo finalmente y se esfumó de nuestro campo de visión.

El soberano salió por la puerta detrás del trono y tomó el camino que llevaba a sus aposentos. Yo lo seguí hasta que pude ver el pasillo que me llevaba de regreso al harén. En ese instante, traté de esfumarme de su lado.

— ¿A dónde vas? —Me dijo sin girar la cabeza.

—A ningún lado—Le dije con el corazón en la boca.

—Sé que estuviste enferma.

“¿Cómo se enteró de eso?”

—No fue nada... majestad.

—Puedo imaginar que sucedió. Espero que me logres perdonar.

—Usted no tuvo la culpa... no del todo.

El no habló al instante y comencé a recordar que había omitido algo en mi última oración.

—Quiero que pases la noche conmigo.

Sus palabras, me tomaron totalmente desprevenida, pero lo que más me inquietó, fue el leve calor que noté en ellas.

—No te preocupes. No te voy a tocar—siguió caminando—igualmente, no puedo.

No lo entendía, era un gran enigma al que no le encontraba ni pies ni cabeza. A veces llegaba a ser comprensible, hasta amable se podría decir, pero de repente se volvía violento como un animal, frío y aterrador. No tenía ni la más mínima idea de qué hacer con todo aquello.

“Sí tan solo pudiera entenderle quizás... no lo odiara”

Esperé a que entrara a sus aposentos y luego de darle vueltas a mis ideas por unos segundos, lo seguí. Atravesé la cortina. Estaba recostado sobre la cama con su camisón totalmente abierto. Pude ver su pecho y abdomen, firmes como una roca. Me sentí incómoda y desvié la mirada.

—Ven—Palpó con sus manos pálidas un costado en su lecho.

Me mantuve quieta.

— ¿Te quedarás dormida nuevamente en un asiento?

Permanecí en silencio.

—No volveré a cambiar de puesto. Un asiento no es adecuado para que duerma un rey.

—Usted...

En cuanto nuestros ojos se encontraron, evité su mirada.

“¿Él había hecho eso? Bueno, era imposible que llegara a la cama sola”

—Gracias.

Ladeó su mirada hacia mí.

— ¿No vas a venir?

Permanecí sin decir nada.

—Entonces, hasta mañana, Serena—se giró.

Permanecí de pie por varios minutos. No tenía el valor de dormir a su lado

¿pero quién lo tendría? A cualquiera que tocara mientras dormía lo convertiría en una estatua de hielo, además—alcé los pliegues de mis vestido—No iba conseguir dormir al lado de alguien que podía llegar a ser un monstruo.

—No tienes por qué tener miedo—lo escuché decir.

“Espera ¿no estaba dormido?”

—No es algo que se pueda eliminar de un momento a otro, majestad.

—A mi lado, no te convertirás en hielo.

— ¿Cómo puede estar seguro? ¿Cómo puedo estar yo segura de eso... majestad?

—Eres el corazón del fénix, deberías saberlo mejor que yo.

— ¿De qué habla?

—El corazón no puede ser lastimado, aunque fuera mi intención convertirte en una estatua de hielo, no podría.

—No había nada de eso en las cartas—murmuré

— ¿Acaso no sabes nada?

—De hecho, no se mucho.

Se volteó completamente hacia mí y se mantuvo observándome. Se demoró en pronunciar algo nuevamente.

—Por ahora—la frialdad en su bellos ojos azules me obligó a permanecer quieta ante él—confórmate con saber, que no te lastimaré de ninguna forma... física.

—No me fío de su palabra, majestad.

Lo noté sonreír.

—De lo que no debes fijarte es de mi cuerpo.

—Definitivamente dormiré en el sillón—dije al instante y a toda prisa.

—Que duermas bien, Serena.

“Claro que dormiré bien, rey pervertido”

Me senté en uno de los sillones y traté por todos los medios de conciliar el sueño, aunque resultaba ciertamente incómodo.

“¡Lo odio!”

Capítulo: 4

En la madrugada, mi sueño fue saboteado por una horrible pesadilla. Mis padres colgaban en la plaza de ejecución, mi hermano lloraba frente a sus cadáveres y maldecía con rabia al rey.

Abrí mis ojos con la respiración a tope. Me sentía débil y me dolía la cabeza.

“No recuerdo que el asiento fuese tan cómodo”

Entonces, me percaté que estaba por segunda vez en la cama del soberano. Miré como una loca a ambos lados de la cama rogando que no estuviese cerca.

“No está”

Entonces distinguí una figura en uno de los sillones. Enfoqué la mirada y noté que se trataba del soberano. Me levanté y me le acerqué cuidando de omitir cualquier sonido. Parecía estar en un sueño profundo

Al verlo así, nadie podía imaginar que detrás de tanta belleza hubiese tanta frialdad. Llevé una mano a su rostro y recogí uno de sus mechones de pelo plateado.

“Parece un ángel”

— ¿Qué crees que haces? —Sujetó con fuerza mi mano. Todo fue tan repentino que no supe cómo reaccionar.

—Nada.

De repente me aló por el brazo colocándome a horcajadas sobre él.

— ¿No crees que tu respuesta fue demasiado corta?

—Ma... majestad

—Ya no pareces tener fiebre—me dijo tras apoyar su mejilla en mi cuello. En ese instante, se me olvidó hasta como respirar— ¿No tienes frío?

Negué con la cabeza suavemente. No pude reunir valor para responderle con palabras.

— ¿Cómo podrías tenerlo? Fue tonto de mi parte preguntar—me abrazó con una delicadeza que creí que no tenía. El corazón apenas me dejaba escucharlo

— ¿No sabes cuánto deseaba encontrarte?

— ¿Encontrarme?

—Ni siquiera puedes imaginar lo aterrador que es, no poder escapar del frío—murmuró en mi oído— Era un cuerpo sin corazón.

Se levantó manteniéndome cargada y por instinto, enrollé mis brazos en su cuello.

—No te preocupes—caminó hacia la cama—nunca te dejaría caer—con cuidado me recostó sobre la cama y me cobijó—Duerme. Mañana te necesito a mi lado.

Me dio la espalda y se alejó en dirección a la cortina. Extendí la mano hacia él. Estaba dispuesta a pedirle que se quedara.

“¿Qué haces, Serena? Recuerda, es un demonio con cara de ángel.”

Abracé una almohada y hundí el rostro en ella. Ya no estaba tan segura de eso.

En la mañana, un esquicito desayuno me esperaba sobre la mesa. Puse mi mejor cara y comí hasta hartarme. En cuanto atravesé el cortinaje pude ver sobre uno de los sillones un hermoso vestido violeta.

“Es mi color favorito”

—Sígueme, por favor—me dijo una sirvienta de la cual no me percaté hasta que habló.

— ¿A dónde?

Me extendió la mano hacia el lateral derecho de la habitación. Había una puerta. Pasé atreves de ella y me encontré con un baño. No era tan grande como el del harén, pero si mucho más lujoso.

—El baño está listo, señorita—me dijo la mujer.

— ¿Puede dejarme sola?

—Claro—inclinó la cabeza y se retiró.

Tomé el baño y me relajé todo lo que pude. En cuanto terminé, la sirvienta me ayudó a ponerme el vestido.

—Rosa lo ha enviado por orden del rey—dijo.

—Debí suponerlo. Es hermoso ¿podrías agradecerle de mi parte?

—Seguro—me dijo mientras acomodaba mi pelo—Es usted muy hermosa. Con razón, le fascina al rey.

Le sonreí avergonzada y bajé la mirada.

—Yo diría que tiene otras razones—susurré.

—Me ha dejado dicho que espera por usted en el salón del trono.

—Gracias.

La mujer me hizo una reverencia y se fue. Tomé aire y lo solté lentamente. Las cosas estaban tomando un rumbo extraño.

Entré a la sala por la puerta que se encontraba justo detrás del trono y me coloqué en el mismo sitio de la noche anterior. El rey se percató de mi presencia y me miró por el rabillo del ojo. Edgar, al contrario, no dudó en girar su rostro para verme.

A ambos lados frente al trono, se mantenían de pie cinco hombres contando al duque. Los otros cuatro, vestían extravagantes armaduras que parecían estar

hechas de oro y plata. Portaban largas espadas igual de ostentosas.

— ¿Y los demás?

—Deben estar en camino, majestad—respondió el duque

—No es educado hacer esperar a las visitas. Has pasar al vizconde.

— ¡Hagan pasar al vizconde! —ordenó el duque a los guardias.

En cuanto las puertas se abrieron, entró el vizconde. Era un hombre que apenas sobrepasaba los treinta años. Lucía un bigote y una barba. Vestía de negro, llevaba un curioso sombrero de copa alta y usaba un bastón blanco que hacía juego con sus guantes.

—Majestad—hizo una exagerada reverencia mientras levantaba el sombrero

—Es un honor que me haya citado, aunque casi fui arrastrado por los perros del duque—dijo con una larga sonrisa.

— ¡Vallamos directo al asunto! —Dijo el emperador que al parecer no le había agradado en absoluto la actitud del Conde—Ayer atentaron contra mi vida. Usaron a una de mis sirvientes para envenenarme.

— ¡Oh Dios! ¡Qué trágico! —Dijo con exageración. Creo que a mí también me comenzaba a caer mal— ¿Quién haría tal cosa al mismo emperador?

—No se haga el tonto—dijo el duque enfadado.

— ¿Me acusa de algo?

—No juegue conmigo, vizconde—dijo el rey con el rostro contraído—aun estoy de buen humor.

— ¿Pero qué quiere que le diga, majestad?

—Sabemos que fue usted quien llevó a la sirvienta a cometer tal acto.

— ¿Por qué haría eso, alteza?

—No sé, dígamelo usted.

El vizconde sonrió nuevamente. Al parecer le gustaba la ironía.

—Me imagino que no tiene inconveniente en que haga una revisión en su memoria—añadió el duque.

— ¿Está poniendo en duda mi palabra?

—No, ¿cómo cree? —dijo el duque y le sonrió—Solo me aseguro de que sea confiable.

El vizconde frunció los ojos hacia el duque y luego sonrió también. Parecían las dos caras de una misma moneda.

—Está bien.

El duque caminó hacia él. El vizconde maniobró el bastón y lo puso debajo de su brazo. Alzó ambas cejas y extendió la mano. Aldor la agarró y cerró los ojos para sumergirse en los recuerdos de aquel hombre.

Aldor abrió los ojos y los enfocó hacia el vizconde. Este sonrió, al parecer seguro de que no se encontraría nada.

— ¿Cree que se me ha escapado?—Dijo el duque.

— ¿De qué habla? —la sonrisa del vizconde se esfumó.

— ¿No lo sabía? Mi habilidad tiene un aspecto bastante interesante. Verá, con un poco más de concentración puedo leer los recuerdos de cualquier persona que en algún momento haya tocado.

— ¿Son entretenidos los recuerdos de mi madre?

—No hablo de usted.

El semblante del vizconde por primera vez se endureció.

—La mujer se mostró cooperativa. Al parecer, el hombre que mandó a hacer el trabajo, uso un poco de violencia.

Noté como el vizconde frunció la frente y abrió los ojos como dos monedas

—Eso sucede cuando se trabaja con incompetentes—dijo con los ojos fijos en los del duque. En cuanto dejó clara su culpabilidad, la atmósfera se volvió tensa.

Los caballeros entraron en guardia y en menos de un pestañar aquel hombre lleno de ironía se escapó de mi campo de visión. El emperador se alzó inmediatamente del trono y levantó la mano. Enseguida, se extendió una estructura de hielo lo bastante sólida y puntiaguda como para atravesar cualquier cosa.

— ¡Es demasiado veloz! —dijo Edgar.

Inmediatamente, las puertas se abrieron como por arte de magia y a la vez, se sintió un impacto.

— ¡Creé una barrera alrededor de la sala, no podrá salir! —gritó el más joven de los caballeros.

— ¡Alan, crea una barrera alrededor de ella también! —ordenó Edgar.

Estaba sorprendida. Todo había ocurrido demasiado rápido. En ese instante, ocurrió un fuerte choque contra la barrera que me protegía. Me sacó de las nubes. Edgar enseguida apareció frente a mí y agitó su brazo. En eso, el vizconde se hizo visible y se tocaba la cara como si estuviese adolorido. Una concentración de hielo puntiagudo emergió debajo del hombre, pero antes de ser atrapado, desapareció nuevamente.

— ¡Maldita sea! —dijo el rey. Ardía en cólera.

Edgar apareció a su lado y lo tomó del brazo.

—Hermano, si no quieres matarnos a todos, por favor no enfurezcas.

A pesar del pedido de Edgar, el rey seguía enfadado así que comenzamos a sentir un brusco descenso de temperatura.

— ¿Hermano? —sujetó con mayor fuerza el brazo del rey.

El soberano lo miró.

—Saca a todos de aquí. Yo me haré cargo.

—Sabes que solo puedo llevar a uno a la vez.

—Entonces, llévala a ella primero—le dijo mirándome.

En un santiamén, Edgar entró a la barrera y me sujetó de la mano.

— ¿Qué haces? —dije.

—Te mantengo segura.

— ¡No!

— ¿Qué crees que haces tú, Serena? —me reprendió.

“¿Qué creo que hago?”

Miré la situación. Estaban luchando. El vizconde mantenía una velocidad que lo hacía prácticamente invisible. Así, colisionó contra el caballero que mantenía activa la barrera. Este, a pesar del golpe, se mantuvo de pie sosteniendo su espada. Otro caballero aprovechó la oportunidad para lanzar contra el enemigo una ráfaga de viento cortante, pero este había logrado escapar, una vez más.

Miré a Edgar a los ojos.

—Ayudar—respondí.

A Edgar le sorprendió mi respuesta y me dejó ir. Caminé fuera de la barrera y la sobrepasé con facilidad. El más joven de los caballeros se volteó hacia mí totalmente atónito.

— ¿Cómo hizo eso?

— ¡Vuelve! —Me gritó el rey.

Respiré profundo e ignoré su orden.

Sentí una risa maliciosa a mis espaldas y enseguida una mano me agarró por el cuello. El vizconde sacó de su bastón una espada de hoja bien fina y me acorraló contra ella. Tenía rastros de sangre.

—Un paso de cualquiera de ustedes, y le corto el cuello.

—No soy de importancia. No tengo valor alguno, así que no tiene por qué hacer esto.

—Veamos si es verdad—la hoja comenzó a herirme la piel y comenzó a

correr un poco de sangre.

— ¡Detente! —dijo Edgar.

—Así que no eres importante. No es lo que dice la cara del príncipe.

Era un momento de mucha tensión, pero necesitaba sobrellevarlo y actuar.

—No te muevas o...

Sujeté el filo de la espada con las manos descubiertas. Fruncí los ojos y los labios por el dolor pero antes de que me pudieran hacer más daño, reduje el hierro a líquido.

— ¡¿Qué le hiciste a la espada!?

Lo sujeté con fuerza del brazo antes de que pudiera alejarse a toda velocidad. Trató de soltarse de mi agarre pero por ningún medio se lo permití. Edgar apareció a mi lado y sujetó al vizconde por el cuello. En cuestiones de segundos una base de hielo lo mantuvo firme en el lugar.

El rey descendió las escaleras de su trono y se aproximó al vizconde.

— ¿Creíste que escaparías?—miró al duque—Aldor, vuelve a intentarlo, quizás encuentres algo más.

—Es inútil, alteza. Deben tener a alguien capaz de modificar los recuerdos. No hay nada más aparte de una vida pacífica.

— ¿Qué hay de sus pensamientos? —sugirió Edgar

—No tengo acceso a ellos. Solo puedo ver lo que la persona ya vio o lo que podría ver en un futuro no muy prolongado.

—Cuando encuentre a la persona detrás de todo esto...—dijo el rey—lo reduciré a nada con mis propias manos.

—Majestad—el vizconde rió con descaro—Nunca podrá encontrar a esa persona, a menos que venga a usted, y me atrevo a decir... que es mucho más poderosa—comenzó a reír a carcajadas— ¡¿Acaso no hay una ley que otorga el trono al más fur...!—antes de que pudiera continuar el hielo lo cubrió

completamente.

— ¿Qué hace, majestad? Va a morir—dije.

— ¿Eres estúpida? Intentó hacerte daño. ¿Por qué no te preocupas por tus heridas en primer lugar?

— ¿Estás bien? —se me acercó Edgar.

—No se preocupen—pasé una mano por mi cuello y limpié la sangre—Ya había sanado.

—Toma—El príncipe me extendió un pañuelo.

—Gracias.

Con el pañuelo limpié la sangre del cuello y cuando iba a limpiar mis manos me percaté que aun no habían sanado del todo.

“¿Por qué últimamente estoy demorando tanto en sanar?”

—Supongo que podemos continuar—dijo el rey.

—Por mí no tiene que preocuparse—dije.

Los dos, tanto el rey como el príncipe se enfocaron en mis ojos. Me sentí incómoda y para deshacerme de sus miradas agaché el rostro.

Ya que el caballero había retirado la barrera un grupo de guardias entró al salón.

—Llévenlo al calabozo e informen a su madre—ordenó el rey—No te preocupes—me dijo mientras regresaba a su trono—podrás ayudarlo luego. ¡Aldor, has pasar al Ministro!

—Sí majestad ¡Háganlo pasar!

Un señor bajo, de pelo canoso y larga barba entró al salón. En cuanto estuvo al pie de las escaleras hizo una reverencia al rey.

—Como siempre, es un placer encontrarme nuevamente con usted, alteza.

—Espero que su viaje de regreso no haya tenido contratiempos.

—No, majestad. Gracias por su preocupación. Levil está a apenas unas horas a caballo de la capital, así que regresé en cuanto llegó el mensaje del duque.

— ¿Tiene alguna idea de por qué lo cité, cuándo aun faltan semanas para la reunión en la corte?

—Nada pasa por mi mente, alteza.

—Hace algún tiempo infiltré al alguien de mi confianza entre la plebe. Debe saber, que no tengo relación directa, ni siquiera con la clase noble, así que decidí saber mejor sobre la situación de mi pueblo. Gracias a esto, supe que el valor de los impuestos es diez veces mayor que el costo real y al parecer, es costumbre usar la violencia hasta el punto de la muerte contra los que no son capaz de pagar su cuota—el soberano se puso en pie y descendió despacio los escalones—¿Puede decirme qué está pasando? Porque de ser cierto ¿a dónde ha ido todo ese dinero?

—No sé de qué me habla, majestad.

— ¿Es usted el encargado y no sabe de lo que le hablo?

—Tomo el diez por ciento que me corresponde del dinero y lo demás es agregado al tesoro real. Eso nunca ha cambiado, así como nunca he alterado el valor de los impuestos.

— ¿Está seguro?

—Mi señor, sería incapaz de robarle, ni a usted ni al pueblo, se lo puedo asegurar. Esa persona debe estar mintiéndole—dijo muy seguro de sí mismo.

— ¿Me está diciendo que mi hermano, el príncipe, me está mintiendo?

—Claro que no alteza, solo digo que... es... es imposible. Le doy mi palabra que nunca sería participe de tal deshonestidad.

El rey respiró lento y profundamente.

Estaba claro que su majestad estaba mintiendo. Hasta Edgar pareció sorprendido, pero finalmente le siguió la corriente. Todo lo que había argumentado lo estaba haciendo en base a lo que le había dicho, y yo

creyendo que no me había prestado la más mínima atención. Supongo que entre más alto estas, menos puedes ver al último. Estoy segura que como eso, ignoraba muchas cosas más que sucedían en el reino y en el imperio.

—No lo conozco bien, Ministro, o mejor dicho, Barón. Espero que comprenda que necesito una base sólida para confiar en su palabra ¿puede permitirle al duque Aldor afirmar si lo que me dice, es verdad?

El Barón, claramente se sintió ofendido.

—Sí es necesario, no tendré inconvenientes.

El duque tomó su mano y se sumergió en sus recuerdos. Insistió en ellos por algunos minutos. Luego se volteó hacia el rey y negó levemente con la cabeza.

— ¿No hay nada?

—Todo lo que ha dicho el Barón es cierto, majestad. Aunque su memoria está un poco confusa. Es casi como si alguien hubiese jugado con ella.

—Algo anda muy mal—el rey se mostró preocupado. No era común verlo así

—Solo se puede tratar de la misma persona.

—Aunque a diferencia del vizconde—dijo Edgar—el Barón parece totalmente ajeno a dicha persona.

—El noble que esté detrás de todo esto, debe estar preparando todo para venir tras el trono—dijo el duque.

— ¿Por qué están tan seguros que él que está detrás de todo es un noble? —
Dije.

Todos se voltearon hacia mí.

— ¿Estás diciendo que un plebeyo puede hacer frente al mismísimo emperador? —intervino el duque.

—Y de ser así—dijo Edgar— ¿qué interés tendría en matar al rey? Nunca alcanzaría el trono. Ninguna persona de origen plebeyo lo alcanzaría, jamás.

—Entiendo. Disculpen, no quería importunar.

—Barón, me disculpo sí lo insulté—dijo el rey—. Solo quería la verdad. Puede regresar a sus labores.

—Ha sido un honor, majestad. En cuanto al valor de los impuestos, no se preocupe que todo regresara a la normalidad. No entiendo cómo sucedió, pero cumpliré mi palabra.

—Estaré esperando un informe detallado para la reunión en la corte. Que tenga un buen día, ministro.

El señor abandonó la sala sin darle la espalda al rey. Se mantuvo inclinado hasta que estuvo lo suficientemente cerca de la puerta.

Los caballeros, que no se habían mostrado muy habladores, se reunieron alrededor del rey y se arrodillaron.

—Perdone nuestra incompetencia, majestad—dijo el caballero capaz de controlar el viento.

—Hicieron todo dentro de lo posible.

En ese instante, las puertas se abrieron. Todos miramos hacia allí.

—Esperamos que también nos perdone—interrumpió en la sala un quinto caballero. Era esbelto, de pelo y ojos oscuros. Lo seguían cinco caballeros más. Se acercaron lo suficiente y se arrodillaron también—Cuanto tiempo, alteza.

—De pie—dijo el rey—ahora mismo, ya no importa. Ustedes han estado ocupados con los levantamientos rebeldes. Agradezco su trabajo. Además, después de todo, no estaba ajeno a lo que ocurría hoy.

—Comprendo—dijo el caballero con una sonrisa y miró a Aldor.

—Tu siempre lleno de confianza, Criss—dijo el duque—Me imagino...

Antes de que pudiese continuar, Alan, el más joven de los caballeros, se tambaleó por un instante y se sujetó de uno de sus compañeros.

—Alan ¿estás bien? —dijo el compañero.

—Creí—mostró una mano ensangrentada—que solo... había sido un rasguño.

— ¡¿Alan, qué te sucedió?! —dijo Criss y se acercó al joven caballero.

Miré hacia el rey por un momento, seguía inmóvil en su trono con la mirada impasible. En ese instante, llegué a creer que no era humano.

—Él...—balbuceó Alan—me atravesó... con su espada.

—La espada del vizconde era lo suficientemente fina como para penetrar por cualquier abertura—comenté—seguramente ocurrió cuando colisionó contra él.

— ¿Por qué no dijiste nada, Alan? —Dijo Edgar que también parecía preocupado.

—No era tiempo... de preocuparme por esto.

—Ya no hables, iré por Luis—desapareció en un instante.

—Yo puedo ayudar—dije—por lo menos hasta que llegue Luis.

— ¡Alan! ¡Alan! —Criss le dio unas cuantas bofetadas para que volviera en sí.

—Es por la pérdida de sangre—rápidamente me acerqué y puse una mano en la herida.

— ¿Qué crees que haces? —Escuché una fría voz. Era el rey—Nadie más puede saber.

— ¡Ya estamos aquí! —dijo Edgar con Luis a su lado.

Luis enseguida se tendió junto a Alan, abrió una bolsa que traía en las manos y sacó unas cuantas vendas.

—Quítenle la armadura —dijo Luis, y Enseguida Criss comenzó a quitarla— despacio.

En cuanto removieron la armadura, la camisa estaba toda ensangrentada. Luis la rasgó y limpió la sangre con un extraño líquido de color verde. Entonces,

colocó la venda.

Luis tocó el cuerpo de Alan y cerró los ojos.

—Fue un milagro que no tocara ningún órgano interno—enseguida sacó dos frascos y en otro vacío, unió el contenido de ambos— ¿Podría alzarle más la cabeza? —le pidió a Criss—Necesito que tome este líquido.

—Déjame a mí—intercedió Criss—Solo, ábrele la boca.

Luis hizo lo que le pidió el caballero, este, comenzó a hacer leves movimientos con sus manos y el líquido negruzco emergió del frasco y flotando por los aires se metió en la boca del joven herido.

—Ya llegó al estómago.

—Gracias—dijo Luis.

—Es por un compañero.

—Llévenlo a una habitación, en cuanto despierte estará fuera de peligro.

—Muchas gracias, Luis—dijo Edgar.

—Es mi trabajo—sonrió y por un momento miró al duque. Este, se mostró indiferente—Sí no hay más que deba hacer, regresaré a mis labores, majestad —hizo una reverencia y salió de la sala.

En eso, el rey se puso en pie.

— ¡Edgar, lleva a Alan a una habitación!

—Sí, hermano—tomó a Alan en brazos y desapareció en un instante.

— ¡Una vez Alan esté mejor, nos reuniremos nuevamente!

— ¡Sí, excelencia!—dijeron todos los caballeros a la vez e hicieron una reverencia. El duque, hizo exactamente lo mismo.

El rey bajó los escalones y me miró por el filo del ojo.

—Sígueme.

Lo seguí como me pidió, y salimos por la puerta trasera de la sala.

Atravesamos un inmenso salón y llegamos a otra sala igual de enorme con una mesa larguísima de una madera negruzca y brillante. Lucía en el centro, tres bellos ramos de flores.

—Toma asiento—dijo y me acomodó una silla al lado de la cabecera de la mesa. Luego, él tomó asiento.

—Gracias, alteza.

Ni siquiera me miró cuando le agradecí.

Chasqueó los dedos, uno tras otro, los sirvientes entraron al comedor y comenzaron a llenar la mesa con todo tipo de manjares.

Ya los platos estaban en su lugar con los cubiertos y las copas a cada lado.

Un sirviente se acercó al rey con un plato, y lo colocó sobre el que había vacío.

—Es su platillo favorito, majestad—le hizo una reverencia y regresó con los demás sirvientes.

En seguida, otro sirviente se acercó a mí, e hizo lo mismo. Se trataba del mismo platillo.

—Estás un poco callada—maniobró con elegancia el cuchillo y el tenedor.

—No tengo nada que decir, majestad.

Estaba enfadada, así que antes de comenzar a comer regresé los cubiertos a cada lado del plato.

—De hecho si tengo algo—lo miré— ¿Cómo pudo actuar como si no ocurriese nada? ¿Cómo pudo no preocuparse por lo que le estaba sucediendo a su caballero?

— ¿No me escuchaste decirlo? Sabía lo que iba a pasar en esa sala.

— ¿Sabía lo que iba a pasar y no hizo nada para evitarlo?

—Aldor me dio dos opciones y créeme, esta era la mejor.

— ¿Usted, me... utilizó?

—Digamos que tu presencia fue de gran ayuda. Además, te necesitaba allí por si ocurría algún imprevisto, después de todo, el futuro puede cambiar.

—Entonces, sí me utilizó.

—Aldor, aun no se ha equivocado en nada con respecto a ti. ¿Es que seguirás siendo igual de rebelde?

— ¿De qué... de que está hablando?

—Por hoy, no te necesito más.

— ¿Eh?

—No necesito al lado a una mascota que no respeta a su amo. Cuando termines, puedes regresar al harén.

Estaba anonadada. No podía creer lo que estaba escuchando y menos, con la facilidad que salían aquellas palabras de su boca.

De repente, Edgar apareció frente a mí al otro lado de la mesa.

—Creo que voy a acompañarlos—dijo con una sonrisa.

—Es extraño que vengas a la mesa—dijo el rey— ¿alguna razón en especial?

El príncipe me miró.

—Lo más probable—tomó asiento frente a mí.

Me levanté. Estaba enfurecida y además, la presencia de ambos me era imposible de sobrellevar.

—Con permiso de sus majestades. Me retiro—dije de forma osada y salí corriendo de allí antes de que cualquiera de los dos pudiese decir algo. No se cómo se lo tomaron, pero no me iba a detener a mirar sus caras.

Corrí todo lo que pude hasta llegar al pasillo que conectaba con el harén. Abrí la puerta que daba paso a la sala principal. Miré a todos lados pero no pude ver a la madame, entonces vi a Rosa en una esquina revuelta entre sus telas y encajes.

—Serena querida ¿estás bien? —me dijo. Como era de esperar de Rosa,

notaría enseguida mi estado.

No supe que responderle y antes de darme cuenta, comencé a llorar. Me acerqué a Rosa con la cabeza gacha y ella me abrazó.

— ¿Qué pasó, querida? Dime—acarició mi cabello.

—Él solo me ha estado utilizando Rosa.

— ¿Quién?

—Su majestad.

— ¡Oh, querida! No te preocupes por esas cosas. Veras que al final, todo irá bien.

En realidad, no entendía por qué lloraba. ¿Quizás, porque en algún momento sentí que podía llegar a ser especial para él? Sí fue así, fui una idiota.

— ¿La preferida está llorando? —Escuché a Dana. Claramente se estaba burlando— ¿No me digas que ya se cansó de ti? —Se rió a carcajadas.

—Dana, aquí nadie te necesita—dijo Rosa—así que puedes irte por donde mismo.

—No tienes poder para exigirme nada.

—Pero yo sí, jovencita—dijo la madame que apareció de repente.

—Madame—el tono de Dana se volvió sumiso—No es que... yo... no quería importunar.

—Estoy segura de ello.

—Con su permiso, voy... voy a tomar un baño.

—El camino está libre—la madame se echó a un lado y esperó a que se fuera

—Ahora dígame ¿qué le pasó?

—Nada de qué preocuparse madame. Gracias.

La sentí respirar profundo.

—Eso espero. Estaba preocupada por qué pasó toda la noche con el rey, pero

ya veo que no es solo un problema físico.

—¿Qué quiere decir?

—No me haga caso. Ahora, debería dirigirse a su habitación. Su amiga, la señorita Elena ha estado un poco enferma. Deprimida, diría yo. Ya Luis la atendió, no es nada grave.

—¿Elena?—me recompuse enseguida—Gracias por decirme. Iré a verla.

—Nos vemos, querida.

Me separé de los brazos de Rosa y me encaminé a la habitación.

— ¿Edgar? —Me sorprendí.

El de bellos ojos verdes estaba sentado sobre mi cama, al parecer, hablando con Elena.

—Te estaba esperando—me dijo y se volteó hacia la de dorados risos—Te dije que ella estaría bien. En cuanto a tu familia, no le digas a nadie—susurró—puedo llevarte a verlos un día de estos.

— ¿En serio? —ella sonrió y los ojos le brillaron.

—Lo prometo—sonrió él también—Vamos—Edgar me extendió la mano—quiero llevarte a un lugar.

— ¿A dónde?

—Ya verás.

—Pásalo bien Serena—me dijo Elena y la miré.

—Me dijeron que no estás bien.

—Solo estaba deprimida. Ya estoy mucho mejor.

— ¿Segura?

— ¡Uh! —Asintió.

—Volveré pronto. Hasta luego—le sonreí.

—Nos vemos—dijo Edgar.

—Nos vemos—dijo Elena y agitó la mano con una sonrisa.

Edgar me abrazó y al abrir y cerrar los ojos nos encontramos en un lugar totalmente desconocido.

— ¡Es hermoso! —dije con una sonrisa.

Frente a mí, había un hermoso campo de flores. Su extensión era tal, que se perdía de mi campo de visión. El aire jugueteaba con mi pelo y dispersaba el aroma de las flores. Respiré profundo, cerré los ojos y extendí mis brazos.

— ¿Te gusta?—me dijo.

—Mucho.

—Es de mi madre.

— ¿Tú madre? ¿La reina no había muerto hace años?

—Mi padre, el rey, mintió.

— ¿Por qué mentir de esa manera?

—Mi madre quería apartarnos de la vida real. Mi padre no se lo permitió, así que se apartó de la sociedad y se vino a vivir aquí, sola. Si seguimos caminando, podremos ver la casa.

— ¿Puedo saber... por qué quería apartarlos de la vida real?

Se tornó pensativo y demoró un poco en contestar.

—Desde muy pequeños, mi hermano y yo hemos sido objetivo de varios asesinos, pero finalmente fueron mi padre y sus hermanos los que murieron en sus manos. No nos pasó lo peor gracias al duque, por eso mi hermano confía en él y en gran parte, es por eso que es como es.

—La vida de la realeza no es como esperaba

— ¿Y cómo la esperabas?

—Bueno, pensaban que vivían toda una vida de lujos y felicidad.

—De los lujos, no tengo que decir, en cuanto a la felicidad...—me miró con

ojos tristes—no estoy seguro de que es.

“Es triste escuchar decir a alguien que no sabe lo que es la felicidad.”

—Dime Edgar ¿por qué me has traído aquí?

—Quiero que conozcas a mi madre.

— ¿Conocerla? ¿Estás seguro?

— ¿Por qué no lo estaría? —Me sonrió y no pude evitar corresponderle.

Edgar me tomó de la mano y me dejó llevar. No me había relajado tanto desde que había llegado a palacio.

— ¿Puedo saber... por qué saliste así del comedor? —Me dijo de repente.

No respondí y a él le pareció bien.

—Solo estaba preocupado.

— ¿Es verdad que llevaras a Elena a ver a su familia? —dije para cambiar de tema.

—Nunca mentiría de esa manera.

— ¿Me puedes llevar a ver a la mía también?

—Un día de estos. Lo prometo.

—Gracias.

— ¿Por qué? Aun no te he hecho el favor.

Sonreí.

—No, no es solo por eso... es por todo lo que has representado para mí todos estos días.

— ¿Y qué es?

— ¿Es esa la casa? —Evadí la pregunta y señalé una bella casita frente a nosotros.

—Sí. Extrañé este lugar.

Edgar tomó la delantera y subió unos escalones de madera hasta la puerta. Se volteó hacia mí y me pidió que subiera, entonces, tocó.

— ¡Un momento! —Dijo una voz.

La puerta se abrió. Una mujer de largo pelo blanco y azules ojos se presentó frente a ambos.

“Es idéntica al rey”

—Madre.

—Edgar—la mujer lo abrazó—pensé que se habían olvidado de mí.

—Disculpa.

—Pasen y siéntense.

Entramos y nos sentamos tal y como pidió. Todo dentro estaba resplandeciente y bien organizado. Era acogedor.

— ¡Oh dios, que bella es! ¿Es tu prometida, Edgar?

Edgar se avergonzó y yo no me quedé atrás.

—Su nombre es Serena. Por ahora... es solo la mujer que amo, pero si el destino lo permite—sujetó con fuerza mi mano—quiero que sea la mujer de mi vida.

Aquellas palabras, explotaron en mi cabeza.

—Edgar, ¿qué... qué estás diciendo?

—Quería que la conocieras, mamá.

—Gracias por recibirme en su casa—dije sin poder mirarla a los ojos.

Ella me sonrió. Era hermosa.

—Estoy tan feliz—Me abrazó de un momento a otro y luego a Edgar—Deben esperar a que prepare la cena. Estoy haciendo el pastel de moras que te gusta.

—No podemos demorar mucho.

—Yo siempre ceno temprano, así que no demoran.

—Es acogedora—dije repentinamente.

La mujer me miró con una sonrisa pero con un poco de dudas.

—La casa, es muy acogedora y bella también. Sobre todo los cuadros en la pared, me gustan mucho.

— ¡Ah! La casa. La mandé a construir con la esperanza de que viviría en paz con mis hijos. Ahora, es solo un sueño.

—No tiene por qué serlo.

—Eres una joven adorable.

—Gracias.

“El rey se parece a ella físicamente, pero lo demás, fue Edgar quien lo heredó”

La tarde pasó rápido, cuando me percaté ya estábamos en la puerta nuevamente, despidiéndonos.

—Ya no llores, mamá.

—Es que no sé cuándo vas a regresar. Ya ha pasado todo un año desde la última vez, sin decir de tu hermano.

—Él, ahora es el rey y emperador de estas tierras. Está siempre ocupado.

—Me imagino. Te quiero. Vuelve pronto y trae a Serena. Nos vemos querida.

—Nos vemos. Gracias por el pastel, estuvo delicioso.

—También te quiero, mamá. Nos vemos.

Edgar me abrazó y en cuanto cerré los ojos y los abrí, estuvimos nuevamente en la habitación.

— ¡Escóndete! —Elena nos hizo señales desde su cama y Edgar desapareció.

— ¿Cuándo llegaste ahí, Serena? —me dijo una de mis compañeras de cuarto.

—Mientras ustedes hablaban—dijo Elena.

—Madame ha estado preguntado por ti. Vinimos a buscarte pero no estabas.

Elena nos dijo que habías ido a la cocina a buscar agua.

— ¡Ah! Sí, agua.

—Te tomaste tu tiempo—dijo la otra chica.

—Bueno, es que tenía un dolor de estómago... ya saben, de eso bien malos y... No tengo que entrar en detalles ¿verdad? —Sonreí y miré a Elena de reojo— ¿Para qué me quiere la madame?

—Sobre eso—dijo una mirando a la otra con una sonrisa—el rey mandó una invitación para ti, Serena. Quiere que pasen la tarde de mañana juntos, como un día de campo ¡¿No es emocionante?!

Ambas me miraron con los ojos expresivos.

“Se ve que no lo conocen”

— ¡Oh! Sí, muy emocionante.

Después de una tarde genial ¿quién me diría que me acostaría sabiendo que la tarde siguiente... sería un infierno?

— ¿Pueden decirle a la madame que ya voy?

—Claro. Nos vemos

—Nos vemos—dijimos Elena y yo.

Solté todo el aire que había contenido.

—No pareces muy feliz con el tema.

—Ni una chispa. ¿Has estado mejor?

—Quizás si viera a mis padres, y extraño a mi abuela.

—También quiero verlos y a mi hermano, hace más de tres años que no tengo noticias de él.

— ¿Tienes un hermano?

—Sí. Estábamos en una pésima situación y decidió que era mejor salir en busca de fortuna. Estoy preocupada por él. No hemos tenido noticias suyas.

—No hablas mucho de él ¿verdad?

—Prefiero no hacerlo. Además, Áster siempre fue lejano, a veces se iba por semanas y de alguna manera me acostumbre a verlo con poca frecuencia.

— ¿Áster?

—Es su nombre.

—Me lo imagino como una versión masculina tuya.

—No. De hecho no nos parecemos casi en nada. En físico salió a mi padre y yo a mi abuela. Además, es un poco... Mejor dejo de hablar y me voy, la madame ya debe estar impaciente.

—Está bien. Espero que no te sermonee.

Hice una mueca.

—Yo también.

En cuanto llegué a la sala principal del harén, vi a la madame parada como una estatua con los brazos cruzados sobre el pecho.

— ¿Me mandó a llamar?

—Hace ya unas horas de eso. Veo que es costumbre suya llegar tarde.

—Discúlpeme.

Se resigna.

—Estoy segura que las señoritas ya le contaron lo que está sucediendo.

—Hubiese preferido que no.

—Hay algo que usted no sabe y al parecer la señorita Elena tampoco.

— ¿Y qué es?

—El rey, no solo ha sobrellevado todo lo ocurrido recientemente, sino que ha mandado a repartir cien monedas de oro a todos los familiares de las chicas.

— ¿Cuánto dijo?

—Lo que escuchó.

—Pero eso es mucho dinero.

—Lo es, así que puede aligerar la preocupación en lo que a la familia respecta y concentrarse lo mejor posible en sus deberes. Ahora vayamos al asunto. Ya que sus compañeras le informaron, seré aun más directa. Justo después del mediodía, la vendrá a buscar un sirviente. Rosa ya le está preparando un vestido para la ocasión, así que mañana no quiero tardanzas.

—Supongo que no puedo hacer nada para evitarlo.

—No debería.

Respiré profundo.

—Madame, desde ayer he tenido algunas dudas y quisiera preguntarle algo.

—Pregunte.

— ¿Usted... sabía todo?

—Disculpe, Serena, me temo que no entiendo su pregunta.

La madame podía ser estricta, pero no me parecía ese tipo de persona. Bajé la cabeza y me seguí debatiendo sí debía continuar. Finalmente, preferí no albergar dudas.

— ¿Usted sabía lo del veneno?

—Sí, lo sabía.

Me sorprendí. No titubeó.

—Pero solo lo supe un poco después de enviar a Dana—continuó.

Tragué saliva y organicé las ideas.

—Ese día sentí en su tono preocupación, sin embargo, cuando Luis dijo que era veneno, a diferencia de Rosa, usted no pareció sorprendida.

—No me interpose porque la vida del rey estaba en juego, además... el duque vio mi futuro y algo estaba bien claro en él. Ninguna de ustedes moriría.

—Supongo que...ya sabe todo de mí.

—Sí, de alguna manera el duque la vio venir, Serena. No sabíamos que sería usted de entre las doce chicas, pero de algo estábamos seguros, entre ustedes estaría el mismísimo corazón del Fénix.

— ¿Qué hay de Rosa?

—Le conté todo ayer en la noche luego de que sonaran las campanas. Espero que no le moleste. Rosa es un poco suelta de lengua, pero es una buena mujer, nunca hablaría nada del tema.

Bajé la cabeza un instante y la levanté nuevamente mientras mordía mi labio inferior.

—No, no me moleta. Después de todo, estaba pensando en cortárselo a ambas —traté de sonreír pero finalmente no lo logré.

—No tiene por qué esforzarse en sonreír, Serena. Disculpe si traicioné algún tipo de confianza que haya depositado en mí.^o

—No... no ¿cómo cree? Es solo que me siento un poco agotada. Regresaré a mi habitación.

—Claro, es mejor que descanse.

Me dirigí nuevamente al cuarto y mientras lo hacía, no podía evitar pensar en lo mucho que se parecían el rey y la madame. Ambos eran de personalidad fría, y no eran de los que dudaban para decir las cosas.

“Mejor no ceno, a menos que quiera que me caiga mal la comida”

El simple hecho de pensar que me encontraría con él, me revolvía el estómago. La verdad era que no sabía cómo mirarlo a la cara como si nada hubiese pasado.

Lo odiaba, cada fibra en mí me lo decía “¡Te odio!” pero lo que más odiaba, eran los deseos inquietantes que despertaba en mí.

“¡ME ESTÁ VOLVIENDO LOCA!”

Toda la noche y luego toda la mañana estuve rondando las mismas ideas. Quería que el tiempo se detuviera, pero fue todo lo contrario. Incluso en el almuerzo había perdido nuevamente el apetito.

“¡CÓMO ES QUE LOGRA PONERME ASÍ!”

Rosa me había preparado un vestido que apenas cubría mis rodillas. Era gris y azul, y un poco escotado. Le protesté por este último detalle—No seas boba. Te ves perfecta—me dijo con su sonrisa habitual.

Un sirviente me esperaba en la sala. Me guió por el pasillo que conectaba el palacio con el harén, y por una puerta en uno de los laterales salimos al jardín del sur. Cruzamos parte del jardín y luego lo rodeamos hasta encontrarnos con un sendero de ladrillos. Había un coche esperándome. El sirviente me saludó y luego, me abrió la puerta.

—Pase, por favor. Su alteza, el rey, espera por usted.

Gracias al diseño del vestido me fue fácil subir las escaleras. Tomé asiento y en ese preciso instante, el sirviente cerró la puerta. Toda la luz se esfumó.

Una mano me agarró por la cintura y pronto sentí el calor de otro cuerpo en el mío.

—Podríamos hacer muchas cosas aquí—me susurró el rey en el oído y yo me tensé de tal manera que creí que se me había detenido el corazón— ¿Qué tal... si comenzamos por correr las cortinas? Está demasiado oscuro ¿no crees?

Respiré profundo y solté su mano de mi cintura. Lo escuché sonreír.

“¡ODIO QUE HAGA ESTO!”

Lo peor de todo, es que no se molestaba en esconder que lo disfrutaba.

El coche se echó a andar en cuanto el rey tocó el techo con un bastón que tomó de una esquina, a su lado. En el transcurso del viaje, no hablamos y creo que tampoco me miró. Había corrido la cortina de su ventanita y su mirada fría no se había despegado de allí. No sabría decir si miraba el vacío o el paisaje, pero verlo así era...era...

— ¿Qué haremos esta tarde, majestad?

—Hablar.

— ¿Hablar? ¿Sobre qué tendríamos que hablar?

Lo noté con el puño rojo y el rostro como piedra.

—Majestad—agregué.

—Ya lo sabrás.

No dije más. Bajé la mirada y me concentré en eliminar el temblor en mis manos.

El movimiento se detuvo.

—Hemos llegado, majestad—escuchamos decir al cochero.

—Saque las cestas y déjelas debajo del árbol. Luego retírese y no regrese hasta la hora que le indiqué.

—Como diga, alteza.

El rey abrió la puerta a su lado y luego de descender las escaleras, me

extendió la mano.

—Vamos.

En cuanto salí, la luz del sol me resultó incómoda así que puse una mano sobre los ojos.

Recobré la nitidez. Frente a mí había un árbol enorme. Bajo su sombra, el cochero acomodaba la manta y las cestas.

Caminamos hasta la cobija del árbol. El cochero le hizo una reverencia al rey y en cuanto este pasó frente a él, regresó al coche. Pude escuchar la marcha de los caballos mientras se alejaban.

— ¿Te gusta? —me dijo el soberano.

—Es... es precioso.

Había un gran lago frente a nosotros, y en la zona posterior un bosque otoñal. El cálido color de sus hojas, cubría la superficie del agua. Era una vista magnífica.

—Solía venir aquí con mi madre y Edgar.

— Debieron ser buenos momentos.

Retuvo su respuesta.

—Todo lo contrario—frunció levemente el ceño. Parecía estar recordando—
Mi padre siempre ordenaba que nos regresaran a palacio aun contra nuestra voluntad.

No dije nada. No sabía que decir.

—En la mañana, cuando terminé la reunión con los caballeros estaban curiosos por ti—cambió el tema y me pareció bien—Incluso noté cierto interés en algunos.

Tragué en seco.

—No hice nada para merecerlo.

— ¿Y crees que no lo sé? —Apartó sus ojos de mi mirada— Es solo que me molesta. Quisiera que fueses invisible para los demás hombres.

— ¿Disculpe?

—Si me escuchaste ¿por qué preguntas?

Surgió un momento de silencio. Aunque sus palabras me habían puesto los pelos de punta... era imposible que le creyera.

— ¿Ves ese árbol? —me dijo.

Enfoqué mi mirada en donde apuntaba su dedo y logré ver una pequeña masa de tierra. En el centro, yacía el árbol que me había señalado. Era un árbol poco común, pues sus hojas no eran rojas o naranjas como las de los demás, sino rosadas.

—Quiero llevarte allí. Ahí te diré lo que deseo. Una vez me lo des, prometo no volver a llamarte o tocarte, e inclusive si lo deseas, te dejare volver a tu hogar. Después de todo—me miró de reojo—me odias.

—Eso me haría feliz—dije, y bajé la cabeza.

“Debería tener motivación ¿no?”

“¡¿ENTONCES, POR QUÉ NO LA TENGO?!”

Lo miré, y comenzó a caminar hacia la orilla del lago.

—Primero veremos si eres capaz de darme lo que te pediré—se inclinó, introdujo un dedo en el agua y creó un camino de hielo sólido—Vamos—dio un paso al frente y se volteó para extenderme la mano.

Me acerqué y se la sujeté. Estaba tan fría. Lo miré y me sonrió. Le hice una mueca y retiré la mano.

— ¿Por qué haces esas cosas, Serena?

— ¿Yo? ¿Y las que hace usted? —Estaba enfadada—puedo caminar sola.

Descuide que no me caeré.

Tomé la delantera y en cierto punto me arrepentí de hacerlo. Sentí un escalofrío siniestro en la espalda, como si una fiera me tuviese en la mira. En un descuido, resbalé. Me sujetó los hombros con fuerza antes de caer y acercó sus labios a mi oído.

— ¿Qué decías?

“¡Qué rabia!”

No dije nada. Me tragué la vergüenza y seguí. En cuanto llegué a tierra me volteé para verlo. Era tan bello, y caminaba con tanta elegancia.

Alzó una ceja hacia mí. Era como si me dijera—te atrapé mirándome— entonces, miró hacia el árbol. También lo miré. Era hermoso, pero no eran hojas lo que cubría sus ramas, sino flores.

Pasó un rato callado, él miraba el paisaje como si el tiempo se hubiese detenido. Estaba inquieta, era incómodo entre los dos tanto silencio así que rompí el hielo, hablando metafóricamente.

—Ya que estamos aquí. Dígame, majestad ¿qué desea de mí?

—Preferiría decírtelo luego, pero si es tu deseo pasar el reto de la tarde amargada.

Tragué en seco. Nada podía ser peor ¿verdad?

—Excepto Aldor y yo, aun nadie sabe esto, Serena. Pronto tomaré a la hermana del duque como esposa, pero ella es una mujer muy frágil. No podría dar a luz aunque quisiera y aunque fuese el caso, no podría darme el heredero que deseo. Por ley, solo puedo ejercer matrimonio con un noble, sin embargo es una plebeya quien puede darme lo que quiero.

— ¿Yo? —Estaba tan confusa que me dio por sonreír—Espere, creo que no escuché bien.

—Sí me das el heredero que deseo, como recompensa te daré la libertad, propiedades y oro. Tú y tu familia podrán...

Lo golpeé en la cara antes de que pudiese continuar. Tenía la respiración agitada. Supongo que nunca había estado tan asombrada y rabiosa a la vez.

—¡¡Quiere que le de mi hijo para que lo cuide otra, MAJESTAD!! ¡¡ ¿Acaso me ve cara de quien pueda vender a su hijo?!!

—Cálmate—me dijo sin el más mínimo cambio en su tono. Agarró mi cintura con fuerza—Te estoy dejando hacer las cosas por las buenas—apretó mi cuerpo contra el suyo y me susurró—No quisiera tener que forzarte.

—Lo odio—comencé a llorar— ¡LO ODIO!

Acercó sus labios a mi oreja. Sentí su aliento. Era frío.

—También odio lo que soy. Lo entenderías si estuvieses en mi lugar.

— ¡Suélteme! ¡No quiero entenderlo!

Me observó en silencio, era un cambio leve pero noté sus ojos entristecidos. Sentí que aquello... me partió el alma.

—Se supone que seríamos uno, tú y yo, pero somos tan distintos—dijo y me dejó ir.

—No entiendo ¿cuál es su interés en mí? ¿Por qué me hace estas cosas?

—Es una historia un poco...

— ¡No me importa! Quiero escuchar todo lo que tenga que decir.

— ¡Oooh! no cambias—me dijo alzando las cejas y se volteó hacia el paisaje—Es una vieja leyenda—hizo una pausa—.En algún momento, nacería un hombre que heredaría la fortaleza de la sangre y el cuerpo, al mismo tiempo, una mujer heredaría el poder del propio corazón en llamas. La unión de ambos, traería la reencarnación del mismísimo Fénix.

—Todo esto por una estúpida leyenda.

—No es una estúpida leyenda, Serena. Se supone, que mientras el cuerpo esté intacto, el corazón es intocable, por lo que ningún poder puede ejercer dominio sobre ti mientras estés consciente de ello. Básicamente mi deber es

protegerte, es por eso que no quiero lastimarte, o por lo menos hago el esfuerzo.

—No quiero descubrir cómo sería si no se esforzara—murmuré.

Noté cierta furia en su mirada y cerré la boca.

—Necesito hablarte de algo más. De no ser por esa bofetada, ya te lo habría dicho.

— ¿Le debo una disculpa?

—Lo hecho, hecho está, además... me debes más que eso.

Bajé la cabeza “Es un maldito demonio”

—Dentro de unos días se desarrollará un baile de máscaras y anunciaré el compromiso con la hermana del duque. Quisiera que asistieras y la conocieras.

—No necesito conocerla, ya que nunca le daré un hijo, majestad.

Él se me quedó mirando, se acercó a mí y se inclinó, la punta de su nariz tocaba la mía. Estaba inmóvil, perdida en el mar de sus ojos.

— No me ataques con esas palabras mujer, que ni siquiera te puedes mover ante mí—me dijo—.Por ahora, no toquemos más el tema—se paró recto y me dio la espalda—. Lo mejor será que regresemos y comamos algo. Ya se hace tarde.

Luego de haber regresado por el camino de hielo, nos sentamos en la lona que había tendido el cochero bajo la sombra del árbol. El rey tomó una cesta llena de frutas y pan, la colocó frente a ambos, luego tomó otra cesta de la cual sacó dos tazas y una tetera. Me extendió una de las tazas y me sirvió el té. Lo miré detenidamente “es inesperadamente bueno haciendo estas cosas”. No creí que tendría un lado servicial.

—Gracias, majestad—tomé un sorbo y miré hacia el lago— ¿qué pasará con el hielo?

—Solo congelé el agua. Se derretirá con el tiempo —tomó un sorbo de té—

Es un buen té ¿no crees? —tomó una uva de la cesta de frutas y la llevó a su boca.

— ¿No son todos iguales?

Sonrió. Me quedé observándolo. Era aun más hermosa mientras sonreía, lástima que fuese algo tan fugaz.

Terminé mi taza de té y suspiré.

—No lo comprendo—dije.

— ¿Qué no comprendes? —agarró mi taza de té y devolvió ambas a la cesta.

Extendí mi mano, alcancé un trozo de pan y lo llevé a mi boca. Estaba crujiente.

—No sabría cómo decirlo.

De repente se inclinó hacia mí y deslizó un dedo a un lado de mis labios. Creí que moriría por la sorpresa.

— ¿Acaso aun eres una niña?

—Gra...gracias

Sostuve mi mirada en sus ojos. Quería tanto saber... y lo haría.

— ¿Puedo hacerle una pregunta, majestad?

—Creo que ya la has hecho, —él sonrió al notar mi vergüenza— pero puedes hacerme cuantas quieras.

— ¿Qué...qué sien... qué si...?

— ¿Es tan complicada tú pregunta, Serena?

Me mordí el labio inferior.

— ¿Qué... sien... qué siente por mí?

“¡Realmente lo dije!”

Pronuncié cada palabra como si tuviese espinas en la boca. Creí que por lo menos se asombraría con la pregunta pero ni siquiera se extrañó. Me miró con

los mismos ojos fríos y me dijo:

—Me provocas unos deseos ridículos de posesión.

Mi respiración nuevamente se agitó. Era una locura el estado de mi pecho y de mi mente, así que esperé un momento para relajarme.

—Nunca... he podido oír de su boca las palabras que espero escuchar

— ¿Y qué esperabas escuchar?

—Nada especial—mentí—solo no comprendo cómo puede ser sincero de esa manera tan... tan...

— ¿Fría?

—Sí.

—La realeza me ha obligado a ser directo en algunos aspectos. Es un peso menos para mi conciencia.

— ¿Tiene conciencia?

Me miró frunciendo el ceño.

—También soy humano, Serena.

—Discúlpeme, es solo que...—mordí mi labio inferior y bajé la mirada. No tenía excusa.

—No te preocupes, ya te lo había dicho. Algunos, incluso piensan que soy un demonio—se puso en pie—Ya es hora.

— ¿Regresamos? —le hablé con mayor familiaridad.

Me miró.

—Te daré por incorregible.

— ¿De qué habla?

Sonrió.

—El carruaje debería estar de vuelta pronto.

—Espere, quería hablarle de algo antes de irnos.

—Habla.

—Antes me dijo que podía ayudar al vizconde, ¿cómo hago eso? ¿O se derretirá con el tiempo, como el lago?

—Es una persona. Si demora mucho tiempo así, morirá. Además, aunque solo congelé la superficie, el hielo que creo de la nada está ligado a mi vida. No se derretirá hasta que yo muera, a menos que tú hagas algo al respecto.

— ¿Puede llevarme a verlo en cuanto lleguemos a palacio?

— ¿Por qué tanta preocupación por un criminal?

—Es una vida. Además, tiene una madre que de seguro sufre por él. No sería lindo decirle que murió por su culpa.

Me dio la espalda.

—He llegado a un punto en el que esas cosas no me afectan.

Podía haberle creído, pero en lo más profundo sentí que no era cierto ¿sino por qué me había dado la espalda?

No pasó mucho hasta que vimos el carruaje aproximarse. Se detuvo frente a ambos. Enseguida el cochero se bajó para abrir la puerta, pero el rey le pidió que recogiera las cosas bajo el árbol.

El soberano abrió la puerta y me permitió abordar primero. Se sentó a mi lado y cerró.

El carruaje comenzó a moverse. Respiré profundo y mantuve la cabeza inmóvil. A su lado los minutos y horas se hacían infinitos y me torturaba con la tensión. El silencio era ciertamente agobiante.

—Ya estamos llegando, Serena—me dijo mientras miraba por la ventana.

En primera instancia no dije nada, hasta que me llené de valor para hablarle nuevamente.

—He querido saber algo hace ya un tiempo.

—Pensé que habías aclarado todas tus dudas.

—En realidad sí, pero quiero saberlo ¿cuál... cuál es su nombre?

No hizo ningún gesto o movimiento. El silencio dominó todo, y aquel intervalo de tiempo mantuvo el latido de mi corazón en la boca.

—Mi nombre es—hizo una leve pausa—Herón.

— ¿Herón?

El coche se detuvo, enseguida abrió la puerta y bajó.

—Sígueme—me extendió la mano.

— ¿Vamos a ver al vizconde?

— ¿No deseabas ayudarlo?

Entramos a palacio, pero no por la puerta principal, sino que por la entrada del jardín del sur. Caminamos sus lujosos pasillos como si descifráramos un laberinto, hasta que finalmente bajamos unos escalones que había al final de un corredor. Había un par de guardias en la entrada, así que supe de inmediato que se trataba del lugar.

— ¿Sucede algo? —me dijo el rey.

—Excepto por los barrotes, es igual de lujoso que el palacio.

—Es una cárcel para nobles ¿qué esperabas?

—Esperaba ninguna distinción. Usted mismo lo dijo: es un criminal después de todo.

—Así son las cosas.

— ¿Y dónde está?

—Justo frente a ti.

— ¡Ah! —forcé una sonrisa—Claro.

Me acerqué a la estatua del vizconde, metí una mano entre los barrotes y la toqué.

—Nunca había hecho nada parecido ¿cómo hago?

—Solo, toma aire e imagina el calor de tu llama sobre el hielo. En cuanto sienta el poder del corazón, comenzará a derretirse.

Hice lo que el rey me sugirió y en cuanto se derritió el hielo de la cabeza, el noble tomó una profunda bocanada de aire. Cuando finalmente terminé, cayó arrodillado. Miró al rey y abrió los ojos enormes, con miedo.

— ¡¿Asteron?!

— ¿Asteron? ¿De quién habla? —Dijo el rey

— ¡Majestad! —dijo el noble y enseguida se puso en pie para hacer una reverencia.

— ¿Está usted bien? —Dije—.No parece el mismo.

—Quizás un poco confuso, pero estoy bien—el noble miró a su alrededor y luego al rey— ¿Qué hago aquí, alteza?

— ¿No recuerda? —dijo el soberano.

—No entiendo ¿qué debo recordar? ¿Qué ha pasado?

El rey miró al hombre pensativo. El vizconde estaba empapado y de un momento a otro comenzó a temblar por el frío.

— ¿Puede decirme la última fecha que recuerda?

—Claro mi señor—se frotó los brazos— Es el año ciento cuarenta y ocho de la muerte del Fénix.

— ¿Está seguro de eso?

—Claro, claro que lo estoy, alteza.

—Eso fue hace tres años—dije.

— ¿Qué dice señorita? —Sonrió. No parecía la misma sonrisa—Ayer mismo celebré con mi madre y esposa la cena del Fénix por el nuevo año... o fue antes de ayer. ¿Por qué...—de repente, comenzó a llorar—mi esposa...? Ella ya... ya... no está.

— ¿Qué me dice del nombre que ha pronunciado? —dijo el rey.

El noble se limpió las lágrimas y miró al soberano.

— ¿Nombre?

— ¿Ya no recuerda?

—Lo primero que dije simplemente salió de mi boca. Ni siquiera sé lo que significa, alteza.

El rey le dio la espalda.

—Regresemos. Debo hablar con Aldor.

— ¡Espere, majestad! ¡¿Me va a dejar aquí?!

—Que no recuerde nada, no lo convierte en inocente. Además, aun no sé si me está diciendo la verdad—salió del calabozo y lo seguí.

Justo antes de subir las escaleras que nos llevarían a la parte superior del palacio, el soberano se detuvo y me miró a los ojos. Sujeté mis dos manos por detrás de la espalda con un poco de vergüenza y desvié la mirada. Él dio un paso hacia mí.

—Puedes cenar conmigo si lo deseas, Serena.

—Sí me da a elegir, prefiero regresar al harén.

Se detuvo a mirar mis gestos. Mirarlo tan de cerca me llevaba a un trance. A pesar de su frialdad, esos ojos que parecían un lago resplandeciente y aquellos seductores labios que dejaba entreabiertos, tentaban a mi corazón a traicionarme a su antojo. Tenía tanto miedo a esos momentos y sobre todo, a lo que me provocaba.

—Es obvio que no disfruta de mi compañía.

—Ese no es el punto. Estar con usted me hace sentir incómoda.

—Puedo saber ¿cómo?

—Me siento presa e intimidada.

Sonrió. Me pareció una sonrisa totalmente diferente a las otras que me había mostrado.

—No creo que sea el caso—dio un paso hacia mí y me alzó el mentón hasta el alcance de sus labios—ni siquiera respetas a tú rey como es debido—me dio la espalda y continuó.

Me mantuve quieta, mirándolo mientras subía los escalones. Me gustaba como caminaba... mucho.

“¿Qué me está pasando? Tranquila Serena que eso no es ¡ESO NO ES!”

Volví al harén, y en cuanto llegué a la sala principal, todas las chicas me acorralaron para hacerme preguntas. Parecían unas locas. Querían saber cómo me había ido y cuáles eran las intenciones del rey conmigo. Ni siquiera yo estaba segura, así que sobrepasé el grupo y las dejé sin respuestas.

Me dirigí hacia mi habitación. Me detuve frente a la puerta, tenía la respiración agitada por ajetreo y además, mucha hambre. Su simple presencia esfumaba cualquier otro pensamiento de mi cabeza.

—Ahora te crees mucho ¿no es así?

No necesitaba voltearme para saber de quien se trataba. Esa voz llena de envidia con un tono hiriente y arrogante, solo podía ser de esa persona.

— ¿No tienes nada de orgullo? —Retorcí mis ojos hacia Dana—Créeme, no tengo paciencia para ti ahora.

—Un día de estos darás un paso en falso. El rey verá que no eres la santa que te estás pintando, y entonces...

— ¿Es en serio? ¿Me estás amenazando?

—No, no es una amenaza, es una...

Entré a la habitación y cerré la puerta con fuerza. No estaba para sus estupideces.

Respiré profundo y relajé los hombros

— ¿Qué sucedió? —escuché decir a Elena. Estaba sentada sobre su cama.

—Te juro que me va a estallar la cabeza ¿puedo contarte luego? Y además, tengo hambre.

—Como quieras—se puso de pie— ¿por qué no vas a tomar un baño mientras te traigo algo de comer?

—Elena—sonreí— ¿qué sería de mí sin ti?

—No exageres. —Sonrió ella también—Tengo algo para ti.

Hice un gesto de duda.

—Esta carta estaba sobre tu mesita de noche ¿Ya te imaginas de quien se trata?

—Pelo negro, ojos verdes.

Me sonrió nuevamente.

—También, Rosa te dejó un vestido sobre la cama.

Miré hacia allí y vi una pieza confeccionada un satén amarillo.

— ¿Dónde están ella y la madame? —Mi pregunta impidió a Elena salir definitivamente de la habitación—Es extraño que no haya visto a ninguna de las dos.

—No sé bien, me pareció escuchar algo acerca de una duquesa que está visitando palacio, al parecer muy amiga de Rosa y la madame. Como el rey no estaba para recibirla, el mismo duque vino a buscarlas.

—Entiendo.

—Vengo enseguida. Te traeré algunas frutas también.

—Gracias.

En cuanto Elena cerró la puerta, abrí la carta y eché una ojeada a las palabras de Edgar.

“Mi querida Serena, hoy he tenido un día ocupado, sé que tú también, por eso

no he podido verte. Mañana en la tarde, cuando todos se dispongan a cenar, cumpliré mi promesa contigo y la tierna Elena. Solo necesito que me esperen en su habitación.”

“En la hora de la cena, las otras chicas no estarían en la habitación por un largo rato.”

Guardé la carta debajo del colchón y me dirigí al cuarto de baño. Terminé lo más rápido posible y regresé a la habitación. Elena ya me esperaba con una bandeja llena de comida.

— ¿Te sientes mejor ahora?

—Mucho mejor. Gracias—me aproximé, tomé una manzana y le pegué un mordisco.

—Serena, esto quizás no te agrade pero...

— ¿Pero...?

—La madame y Rosa han regresado, me pidieron que te dijera que fueras a la sala principal. Al parecer algo que ver con el rey.

Tuve ganas de gritar cuando escuché la noticia.

¡NECESITO UN RESPIRO!

—Serena, no te ves bien.

—Entre más rápido valla, más rápido se termina. Además, hay algo que quiero decirte.

Regresé a la sala principal a zancadas y con los puños apretados.

—Parece disgustada, señorita—me dijo la madame.

—Lo siento, es que estoy comenzando a hartarme de los caprichos del soberano.

—Supongo que el viaje con él fue agotador, pero lo siguiente no tomará mucho tiempo. ¡Rosa!

— ¡Solo un momento, madame! —Rosa se me acercó—Aquí tienes querida

—me dio una caja de metal plateado con algunas gemas incrustadas.

— ¿Qué es?

—Es un regalo de su majestad—dijo madame.

— ¿Para mí?

—Sí se lo estoy entregando a usted ¿para quién más sería?

Miré la caja. Estaba sorprendida

“¿En serio ese hombre me ha dado esto?”

—Es hermosa—dije.

—Es única en su tipo. Fue creada con plata y decorada con gemas. El rey me dejó dicho que solo podía ser abierta por usted. Al parecer contiene otros presentes en el interior.

“Y yo creyendo que sería otro de sus pedidos egoístas”

—Gracias—dije y bajé la cabeza. Di media vuelta y regresé con pasos lentos.

Quería comprender con qué objetivo lo había hecho.

—Nunca había visto nada igual—dijo Elena y saltó hacia mi cama—Es preciosa.

—Sí que lo es—dije, y deslicé una mano por la superficie e intenté abrirla—
No puedo.

— ¿Tendrá cerradura?

—No. No tiene nada de eso.

—Puedo verla más de cerca.

—Claro.

— ¿No crees que está un poco fría? —Me dijo Elena tras cogerla en sus manos.

—Ahora que lo mencionas, tienes razón—me puse pensativa—Así que solo yo puedo abrirla—mientras Elena sostenía la caja, puse mis manos sobre ella

y me concentré en darle calor.

— ¡Está caliente! —Dijo Elena y soltó la caja sobre la cama.

— ¡Oh! ¡Lo siento mucho, Elena! Ni siquiera lo pensé ¡Qué torpe!

—No te preocupes. Ya pasó—me enseñó la palma de sus manos y me sonrió

— ¿Por qué no vemos que trae dentro?

Asentí y miré dentro de la caja.

— ¿Qué es?—Preguntó ansiosa.

—Es un libro... y una nota—Saqué el libro con una mano y la nota con la otra. Miré el libro y me extrañó—No lo creo.

— ¿Qué?

—Es el libro que siempre lee. No puedo creer que me lo esté dando.

— ¿O sea que es un libro especial?

—Eso creo.

—Y nadie da nada especial, a menos que sea a una persona especial ¿no crees? —me sonrió.

— ¿Acaso eres la Elena que conozco? ¿Cómo es que hablas como toda una experta?

—Porque también soy una soñadora, Serena, de esas que esperan a su príncipe azul.

Me emocioné ¿y cómo no hacerlo? Elena tenía un don especial para llegar a las personas, y reconfortarlas.

Dejé el libro en la caja y abrí la nota.

“Me gustaría mucho que leyeras este libro. Espero que con él, puedas comprenderme un poco más. Hoy, luego de disfrutar de tu compañía y hablar con Aldor, me dirigí al balcón con vista al bello jardín del norte y reflexioné sobre muchas cosas. No soy bueno expresándome, tuviste que haberlo notado desde el primer día, así que aunque no espero que las aceptes, te pediré

disculpas por dirigirme a ti de una forma tan gélida esta tarde a pesar de ser un asunto tan delicado. Ya que ni yo mismo me comprendo, necesito que por lo menos tú lo hagas, Serena. Lo más probable, es que seas lo que he estado buscando por años, por lo que no es mi deseo que me odies. Cuando me preguntaste sobre mis sentimientos en la tarde, me establecí una nueva pregunta ¿Qué son? Aun no soy capaz ni de siquiera determinar lo que siento, es por ello que me he estado preguntando algo más ¿será que son para ti, las últimas palabras de este libro?”

Me mantuve pensativa unos segundos con las miradas marchitas.

“¿Cómo quiere que lo comprenda, si ni siquiera me comprendo yo misma?”

—Ahora me siento peor.

— ¿Son tan horrible las palabras del rey?

—No. Es solo que... nuevamente no es lo que es esperaba.

Puse la nota sobre el libro y guardé la caja en el baúl al pie de la cama. Allí tenía todos los vestidos que me había dado Rosa.

Miré a Elena y respiré profundo. Algo en el pecho me quería arrancar las lágrimas.

—Serena... tú no... tú no sientes nada por el rey ¿verdad?

— ¡No! ¡Claro que no!

Abrió la boca asombrada.

— ¡No! ¡Es serio, no!

Elena permaneció en aquella pose, presionándose sin palabras

— ¡Ya dije que no! —Dije y bajé el rostro—No... no estoy segura ¿está bien? Además, con su belleza es fácil engañarse.

—No he dicho nada. Pero si me preguntas, te diría que deberías definir tus sentimientos.

—Se ve que aún no te ha pasado. Y también está Edgar. Definitivamente lo

prefiero a él, pero... Si fuese más fácil.

—Seguro que tampoco es tan complicado—sonrió— ¡Ah! Dime ¿qué es lo que ibas a decirme?

—Estarás feliz...

Las puertas de la habitación se abrieron sin previo aviso.

— ¡Qué ganas tengo de ver a mis padres! —Dijo una a la otra.

—Y yo a mi hermana. Ella es enfermiza y cuando me fui estaba en una de sus crisis. ¡Oh! Elena, Serena disculpen si las molestamos.

— ¿Cómo creen? —Dije—Esta también es su habitación.

—Cambiando de tema—las dos jóvenes se miraron y comenzaron a reír— Esperamos sinceramente que te vaya bien con el rey.

— ¿Cómo?

—Bueno, ya sabes, el soberano ha prestado un interés especial en ti, además incluso la madame y Rosa han dicho que es probable que te tome como su segunda esposa.

— ¿Eh? Esperen, no sabía nada de eso.

—Sí vieras a Dana—dijo la otra—Cuando alguien le habla del tema se pone furiosa.

—Bueno, Serena, Elena, hasta mañana. Hoy ha sido un día agotador.

—Y a mí me duele la espalda. Hasta mañana. Qué duerman bien.

—Yo también estoy agotada. —dijo Elena que al parecer se había olvidado por completo de lo que le estaba por decir.

— ¿Por qué están de repente todas tan agotadas?

—Bueno, mientras tú estabas con el rey, nosotras tuvimos que lavar todas las sábanas de palacio.

— ¿Por qué?

—Dicen que la primera mujer que intentó matar al rey fue encontrada muerta en las afueras de palacio y junto a ella, cinco mujeres más. Resulta que esas mujeres eran las encargadas de la lavandería.

— ¿Pero cómo pasó?

—No sé—respondió Elena hundida entre los hombros.

— ¿Están hablando de la muerte de las lavanderas? —Dijo la chica acostada al lado de Elena.

Asentí.

—Escuchamos de Rosa que al parecer, mientras estaban en el río escucharon los gritos y fueron a ver. Lo único que consiguieron fue una muerte anticipada. Ya han pasado varios días desde eso.

—Pero que mala suerte la de esas mujeres—dice la otra—Mira que decidir ir al río ese día.

—Y la de cosas que eran. Fuimos once y aun así me pareció una eternidad.

—Pero ¿por qué las pusieron a lavar? Igual no es su trabajo—dije.

—Madame dijo que nos iban a pagar por hacerlo, así que no lo pensamos mucho.

— ¡Les pagaron! —Mordí mi labio inferior—Y yo tomando té con el rey.

—Y no fue poco. Cincuenta de plata a cada una.

— ¿Cuánto? —Dije asombrada y me deprimí más—No sirve de nada lamentarse. Pueden dormir, yo apagaré todo.

“Supongo que le contaré mañana”

Capítulo: 5

Al día siguiente estaba emocionada. El saber que en pocas horas estaría con mis padres me tenía feliz.

El día trascurrió sin nada que valiera la pena mencionar, bueno, a menos que me ponga a narrar todos los momentos amargos entre Dana y yo.

— ¿No piensan cenar, señoritas? —dijo la madame que nos atrapó a Elena y a mí mientras nos escabullíamos hacia la habitación.

Elena y yo nos miramos.

—No tenemos mucha hambre—dijo Elena—Es que tenemos planeado hacer... dieta.

— ¿Dieta? Es difícil creerlo viniendo de la señorita Serena. Veamos de cuantas horas es esa dieta—nos dijo y continuó su camino.

Elena sonrió.

—En su mente no pasas de un día.

— ¿En serio, Elena? ¿De dónde sacaste eso de la dieta?

—No se me ocurrió nada mejor. Además, no me puedes negar que últimamente has estado comiendo menos de lo normal.

—Es por el estrés.

— ¿Y cuál será la causa de ese estrés?

Hice una mueca y seguí caminando.

—Lo siento, no quería...

—No te preocupes. Es la verdad.

Abrí la puerta de la habitación. Lo primero que vi frente a mí fue la sonrisa de

Edgar.

— ¡Príncipe Edgar! —dijo Elena, feliz.

Edgar miró a Elena y le sonrió. Me parecieron el uno para el otro. Me toqué el pecho. Me gustaba Edgar y estoy segura que si otra persona hubiese visto esa escena se habría puesto celosa, sin embargo... yo no...

— ¿Qué pasa, Serena? —Dijo Edgar— ¿No estás feliz?

—Claro que sí, mucho.

— ¿Sus casas están muy lejos de la Calle Principal?

—La mía, un poco—dijo Elena.

—La mía está cerca.

—Entonces te llevaré a ti primero, Elena. Recuerden que no deben demorar mucho. Las estaré esperando a ambas en el mismo sitio—agarró a la de dorados risos por una mano y desapareció en un pestañar.

En seguida, Edgar regresó.

—Ven acá—Extendió sus brazos y me atrapó contra su pecho—Es tu turno.

Cerré los ojos y lo siguiente que vi en cuanto los abrí, fue un flujo interminable de carrozas y personas. Miré a todas direcciones.

— ¿Y Elena?

—Ya que su casa es mucho más lejos le pedí que se adelantara.

—Entonces, me iré también.

— ¿Puedo acompañarte si deseas? —me dijo, sosteniéndome un dedo.

—Lo siento Edgar. No creo que sea buena idea en estos momentos.

—Tienes razón—me sonrió.

—Estaré bien. No te preocupes.

Corrí todo lo que mis piernas me permitieron. Era difícil ir aún más rápido por la gran cantidad de personas. Se había hecho de noche, pero las calles

estaban alumbradas por filas y más filas de faroles que se distribuían uno frente al otro, a ambos lados de la Calle Principal. Solo tenía que encontrar la ventanita. Esa por la cual me asomaba cada mañana. En cuanto la vi, se me escapó una sonrisa.

Toqué la puerta una y otra vez. Nadie me respondió y eso me comenzó a perturbar. Volví a tocar, esta vez con mayor fuerza.

— ¡Mamá! —Toqué nuevamente— ¡Mamá, soy yo, Serena!

— ¿Serena? —Escuché la voz de mi madre.

— ¡Estoy aquí, mamá! ¡Abre!

En cuanto la mujer abrió la puerta me miró asombrada y me abrazó.

— ¡Oh! ¡Dios mío, gracias! —Comenzó a llorar—Me ha dado muchas sorpresas en un solo día. ¿Pero cómo hiciste para salir de palacio? ¿No me digas que...?

—No te preocupes mamá. Hice un buen trabajo en palacio y me permitieron venir a verlos.

No me gustaba mentirle ¿pero qué le iba a decir?

—Vamos, pasa, pasa mi niña que estoy segura que también te vas a sorprender.

— ¿Pasó algo con papá?

—Ya lo verás—dijo con una sonrisa y me llevó hasta la cocina.

Sentí la voz de dos hombres y me extrañó.

— ¿Quién está hablando con papá?

—Te lo dije. Ya lo verás.

En cuanto entré a la cocina, vi una figura frente a mí. Era alta. En primera instancia, no pude verle el rostro porque la luz me daba en la cara.

— ¡Serena! —Aquel hombre me abrazó—Soy yo ¿no me reconoces?

“Esa voz”

— ¡Aster!

— ¡Estás hermosa! La vida en palacio te sienta bien—dijo con una sonrisa.

—Yo... no sé qué decir. No esperaba verte así de repente.

— ¿No estas feliz de verme?

—Claro—sonreí—Estoy muy feliz.

— ¡Serena! —Dijo mi padre y me arrojé a sus brazos— ¿Has estado bien, hija mía?

—Ahora mejor que estoy con ustedes.

—¿Ya viste a tú hermano? Es todo un hombre.

—Y está mucho más guapo—dije con una sonrisa y me volteé—Y dime ¿cómo te ha ido?

—Trabajando duro. He reunido suficiente para que vivamos bien.

—Ya te dije que a nosotros no nos hace falta—dijo mi padre. Era demasiado orgulloso—Para eso estoy yo. Utiliza ese dinero, busca una buena mujer y crea una familia de la que me pueda sentir orgulloso.

—Padre, usted siempre se esforzó por mí. Nunca me faltó la cena y me educó bien valiéndose de sus propios conocimientos. Conocimientos que me han sido de mucha utilidad...

Disimuladamente me acerqué a mi madre y le susurré algo al oído.

—Mamá ¿Qué hizo con el dinero que le enviaron de palacio?

—Gracias a dios lo trajeron cuando no estaba en la casa. Lo tengo bien guardado por si se nos presenta alguna emergencia. Ya que bajaron los impuestos, por ahora, no harán falta.

— ¿De qué hablan tan arrinconadas? —Interrumpió Aster.

—Hablábamos de lo guapo que estás—respondió mi madre ágilmente.

—Y dime, hermanita—me tomó de la mano— ¿estás bien en palacio?

—Mejor de lo que había imaginado.

—Es un consuelo.

—A mí también me consuela que te haya ido bien.

Sonreí, y al apretar sus manos me percaté que estaban suaves, como las de Edgar. Eso me hizo preguntarme qué tipo de trabajo estaba haciendo.

—Aunque me es extraño —continuó.

— ¿Qué?

— ¿Qué te permitieran salir a estas horas?

— ¡Oh! No fue nada del otro mundo. La encargada me autorizó como recompensa por algo que hice.

—Tuvo que ser excelente como para que te otorgaran tal premio.

Sabía que mi hermano se había olido algo, pero aun así, no podía decir nada.

—Bueno—sonrió—sí no va a tener una repercusión negativa, supongo que no importa. Es bueno que nos hayamos podido ver.

—Pensé que jamás volvería a ver tu cara—le sonreí y miré a mis padres— Quería asegurarme de que estuviesen bien, pero ya debo regresar.

— ¡Tan pronto! —Dijo mi madre deprimida. Sé que mi padre también lo estaba, pero no lo dio a demostrar.

—Prometí que no demoraría. Fue la condición que me impusieron por venir. Los quiero mucho—los abracé y les di un beso en la mejilla.

—Cuídate, Serena—agregó mi hermano y me sonrió—Quizás algunas cosas cambien o mejor dicho, mejoren.

—Espero que sí, hermano. Ustedes también, cuídense—miré a mi madre. Estaba llorando como aquella vez.

Salí de allí a toda prisa. Despedirse, había sido más difícil de lo que había

imaginado.

Mientras caminaba comencé a llorar, así que bajé la cabeza. Algo en el pecho, hacía que respirar se hiciera difícil.

Unas cálidas manos me sujetaron por los hombros.

—Te encontré—dijo una voz. Sabía de quien se trataba así que no reaccioné.

Cerré los ojos con fuerza y lo siguiente que vi, fue el rosal del jardín del norte.

— ¿Por qué me trajiste aquí?

—Le estoy dando un tiempo a Elena, para que se desahogue. Y al parecer, tú también lo necesitas.

— ¿Qué le sucedió?

—En cuanto llegó a su casa, su abuela había acabado de morir.

Me quedé callada por un momento.

—La vida es triste y para otros... un hierro caliente en el pecho.

— ¿Por qué lo dices?

—No me hagas caso.

—Odio verte así.

— ¿Cómo?

—Destruída.

—Creí que me conformaría con solo verlos ¡qué ingenua! —comencé a llorar. Intenté detenerme, pero fue imposible.

Edgar llevó sus pulgares a mis mejillas y me limpió las lágrimas.

—No llores. Te juro que me mata verte así—deslizó un dedo por mis labios y un poco después, percibí su respiración cerca de la mía—Serena—sus suaves labios se apoyaron en los míos, cerré los párpados lentamente e intenté concentrarme en aquel beso.

“Algo anda mal ¿por qué? ¿Será por qué estoy triste? Mi pecho... ¿por qué? ¿Por qué... no siento nada?”

Edgar se separó de mí, despacio, y me sonrió. Yo me mantuve embobada, sumergida en mis pensamientos.

— ¿Qué sucede?

—Edgar, yo...

“¡NO SENTÍ NADA!”

“¡No, no, no! ¿Cómo le vas a decir tal cosa, Serena?”

—Yo... creo que deberías llevarme de regreso—forcé una sonrisa.

—Está bien, pero prométeme que luego hablaremos ¿sí?

—Claro.

Me tomó de la mano. Al abrir los ojos vi a Elena llorando sobre su cama.

—Elena—la llamé y me miró con los ojos rojos e hinchados—Ya no llores, Elena. Sí tu abuela te viera, seguro que se pondría triste.

—Ese es el problema. Ya no me volverá a ver, ni yo a ella.

—Así es la vida, Elena, dura. Hay que aprender a vivir con eso—dijo Edgar y se sentó junto a ella—Es difícil aceptar la muerte de nuestros seres queridos, pero la vida continúa. Es de las que da a cambio de un precio muy caro, y quita, por cualquier pequeñez ¿verdad que es injusta? —sonrió—Ahora, por tu propio bien, tienes que mirar al frente. Ahí está tú futuro.

— ¿Usted?

—No, no, no. No me refiero a este frente. Me refiero a...—miró a Elena a sus bellos ojos azules y se rió a carcajadas—Olvídalo—se puso en pie—es tu futuro, así que puedes mirar a donde te plazca. Las veo luego—me miró y enseguida desapareció.

Pasaron tres días desde la visita a mis padres. Por algún motivo, desconocido, no había visto más a Edgar. En cuanto a Elena, seguía deprimida.

En ese tiempo, el rey no me mandó a llamar, en cambio, pidió que llevaran a sus aposentos a las jóvenes que aún no había conocido. Lo peor de todo, fue que Dana no paró de molestarme.

Por fin había llegado la noche y madame utilizó el mismo método para elegir a la chica que acompañaría al rey.

— ¡Elena! —dijo, mientras la buscaba entre el grupo.

Miré hacia la de dorados risos. Noté su miedo, así que me acerqué.

—No temas—le dije—.Solo has como yo.

—Pero no soy como tú, Serena. Sé que me quedaré como una piedra frente a él.

—Él no te hará daño si te niegas. Solo debes ser fuerte.

—Vamos, querida—Rosa le extendió la mano con el rostro entristecido

—.Vence el miedo y has lo que te ha aconsejado Serena.

Así fue como ambas desaparecieron tras la puerta.

“¡Estoy rabiosa! Sí ese perverso daña a Elena... bueno, no es que pueda ir y llenarlo a golpes, ¡pero definitivamente me las pagará!

— ¿A dónde va? —me dijo la madame.

—Terminaré de leer el libro que me dio el rey en una esquina.

—Solo espero que no desaparezca como en otras ocasiones.

—No se preocupe. Planeo esperar hasta que vuelva Elena.

Había un asiento solitario en una de las esquinas de la sala. Era donde siempre se sentaba Rosa a acabar sus vestidos. Me senté y abrí la página en donde me había quedado.

“Desde los cielos, sobre su escoba, la bruja era capaz de verlos como podía ver la palma de su mano. Estaba dispuesta a impedir aquel beso.

— ¡No! ¡No! —gritó la bruja.

—Te quiero—le dijo la joven al príncipe. El muchacho sonrió al leerle los labios.

Se aproximaron y cerraron los ojos. Él apoyó sus labios sobre los de ella y comenzó a llorar. Ya las lágrimas no eran granos de hielo, sino agua salada.

—¡¡NOOOO!! —Los gritos de la bruja se distorsionaron creando un eco en los cielos.

La escoba comenzó a descender con rapidez. La mujer cayó entre las ramas de unos árboles y siguió gritando. De pronto, se volvió muda y sorda. Se enrolló entre sus brazos anhelando sentir calor, pero ya todo se había vuelto gélido. Comenzó a llorar y en vez de lágrimas, corrieron unos diminutos granos de hielo.

El príncipe abrazó a su amada con fuerza. Por fin podía sentir su calor, su olor y podría hablarle. Sus dos manos sostuvieron el rostro de la joven y le sonrió nuevamente.

— ¿Qué sucederá con ella? —dijo la joven.

—Ella... pagará por su egoísmo.

A la joven le encantó escuchar por fin, la voz de su amado.

—La quisiste ¿verdad?

—Sí, mucho, pero no como ella hubiese querido.

— ¿Y qué hay de mí?

El joven príncipe sonrió.

—Te amo, de todas formas, habidas y por haber—

“Creí que sería más largo—miré detenidamente y noté que algunas páginas habían sido arrancadas, las demás, estaban en blanco—Lo más extraño es que una historia como esta, sea de agrado del rey”

Miré nuevamente hacía las últimas palabras. Estaban subrayadas.

—Esto es... no, no puede ser.

Corrí a toda prisa hacia mi habitación, saqué del baúl la caja, y de la caja, la nota.

“... *¿será que son para ti, las últimas palabras de este libro?*”

Devolví la nota a la caja, y la caja, al baúl. Tenía el corazón completamente agitado. Me temblaba el cuerpo y aquellos sentimientos revueltos me querían estallar.

“¡Solo acaba de ir hacia él, Serena!”

“¡NO! ¡NO SERÉ FÁCIL!”

“¿Acaso quieres que el corazón te martille toda la vida?”

“¡NO, PERO NO LO SERÉ! NO LO SERÉ... no lo seré—comencé a llorar—
¡SOY UNA IDIOTA!”

“¿Irás?”

“Iré”

Estaba decidida.

— ¿Qué va a hacer? —me dijo la madame en cuanto me vio cruzar la sala. No respondí.

Abrí las puertas del pasillo que llevaban a palacio y continué. No iba a dejar que la madame o Rosa me detuvieran.

— ¡Parece ahí, señorita! ¡¿Es que quiere morir?!

— ¡¿Adónde crees que vas, querida?! ¡No hagas una estupidez!

En cuanto me adentré en palacio y subí las escaleras, corrí todo lo que pude hasta llegar a los aposentos del rey. Frente a la puerta estaban, como siempre, dos guardias.

— ¿Qué desea señorita? ¿Es que acaso el rey ya no está acompañado?

—La madame me envió. Lo que sucede es que había olvidado que la joven

adentro está teniendo su... ya sabe—al parecer la insinuación no sirvió así que tuve que continuar—eso... el sangrado, y me ha enviado a tomar su lugar.

— ¡Oh! Entiendo, entiendo. Pase.

Me metí dentro enseguida y en cuanto lo hice, vi frente a mí a la de risos dorados. Estaba sentada en un sillón con la cabeza inclinada.

— ¿Elena?

—Serena.

— ¿Estás bien? ¿No te hizo daño?

—No. De hecho me ignoró completamente. Me pidió que esperara aquí hasta que el sirviente me deje ir.

Miré al sirviente a los ojos.

— ¿Puede llevarla al harén, por favor?

—Fueron las órdenes de su majestad, si usted llegaba.

—Gracias.

— ¿Qué harás, Serena?

—No te preocupes, solo quiero aclarar las cosas.

Caminé hacia la gran cortina y la atravesé sin dudar. Estaba sentado donde siempre mientras tomaba una taza de té.

— ¿Así que los guardias te dejaron entrar?

—Solo les inventé una buena excusa. Además, no iba a permitir que ellos me detuvieran.

Se detuvo antes de tomar el siguiente sorbo de té, y me miró.

— ¿Terminaste de leer el libro? —Dijo y puso la taza sobre la mesita, frente a él.

— ¿Por qué otra razón estaría aquí?

—Tienes razón. No hay otro motivo.

— ¿En serio, es eso lo que cree realmente?

Ignoró por completo mi pregunta y me dijo:

— ¿Qué te pareció?

Tomé aire.

—Un romance interesante. Parece tener un aprecio especial por el libro ¿puedo saber el por qué?

—Es lo único que tengo de mi abuelo. Era un gran hombre y amaba los finales felices. Aunque fue más que merecedor de uno, no lo tuvo. Por eso, siempre que puedo, leo el libro, para nunca olvidarlo. Además... últimamente he estado celoso del príncipe de la historia. Cuantas deficiencias y aun así logró obtener lo que tanto quería. Sin embargo, yo... el hombre más poderosos que hay sobre la faz de la tierra ¿qué me impide obtener lo que quiero?

—Quizás... su egoísmo.

— ¿Por qué, Serena? —Se puso en pie— ¿Por qué soy ambicioso? Un hombre sin ambiciones no es nada, ¿y qué decir de un rey? —Se me acercó— Además, solo deseo a una mujer, una solamente, una en específico. Sucede que me vuelvo loco por ella, pero en cambio... ¡se ha dejado cortejar- POR MI PROPIO- HERMANO!

Me asombré, me asombré tanto que solo recuerdo lo aterrada que estaba.

—Tú reacción me lo dice todo.

“¡OH, DIOS!”

—No es lo que está pensando...

— ¡¿HASTA CUÁNDO VOY A TENER QUE SOPORTAR TUS INSOLENCIAS, MUJER?! —Se lanzó hacia mí y antes de poder reaccionar me subió a sus hombros. Sin delicadeza me tiró sobre la cama. Creí que el corazón lo tenía en la garganta y no en el pecho—Ya me demostrado que de ti, debo tomar las cosa a la fuerza.

Me horroricé con aquellas palabras y antes de que pudiera gritar, introdujo su lengua en mi boca y me besó como si hubiese querido comerme. Con una de sus manos, agarró las mías contra el colchón y me comenzó a lamer el cuello. Introdujo su mano libre en mi escote y lo rasgó hasta el punto que casi expuso mis senos. Luego, corrió sus dedos hasta los pliegues del vestido y los hizo añicos. Con sus pies abrió mis piernas y pegó su cuerpo al mío. Su fuerza, no era humana.

—Por favor. No quiero que sea...

Me siguió besando y mientras lo hacía, ejerció presión contra mis caderas. Sentí como el cuerpo y el cerebro, se estremecieron.

Se detuvo de repente. No supe la expresión que me mostraba su rostro por qué la excitación me mantenía embobada.

Una lágrima salió de sus ojos, se transformó en un pequeño granito de hielo y al contactar con mi pecho, volvió a ser lo que era. Esa... fue la mayor sorpresa de la noche.

—No quiero que sea así—me susurró—No quiero lastimarte, pero antes de darme cuenta, sacas lo peor de mí. Nubla mi juicio y duele. Más aún, si eres de otro.

—No. Se equivoca.

—Los vi desde el balcón, Serena. No paraba de pensar en ti y fui allí a aclarar mi mente. Preferiría no haberlo visto. Estos tres días, han sido un infierno.

Enfoqué mis ojos en los suyos.

— ¿Entonces... nos vio besándonos?—me detuve un instante al ver la rigidez en su rostro— ¿Pero sabe lo que no vio? No vio mis sentimientos. A diferencia de todos los momentos que he vivido con usted... no sentí nada con ese beso. Usted fue el primero... de hecho, estos sentimientos son nuevos para mí, así que ha sido el primero en todo.

Apretó nuevamente sus caderas contra las mías y me arrebató un gemido.

—No en todo.

Comencé a llorar sin siquiera notarlo.

—Vamos, Serena, por favor, no llores.

—La verdad es que... soy una tonta. Lo supe todo el tiempo, pero no quería admitirlo. Creí que quererlo sería tocar fondo.

—Lo siento. Como soy, cualquier mujer creería lo mismo.

Acerqué mis labios a los suyos y lo besé. Fue algo leve, hasta que él retomó el control de la situación.

— ¿Estás segura?

No dije nada, en cambio, lo volví a besar. Eso decía más que suficiente.

Sus manos avanzaron sobre mi cuerpo, acariciándome y desnudándome. Sentirlo ejercer su dominio sobre mí era excitante pero de un momento a otro, se alejó. Fue como si me arrancaran un pedazo. Quería gritarle que no lo hiciera, pero estaba demasiado avergonzada como para hacerlo.

Se quitó su camisa de seda y seguidamente su pantalón. Aunque quería verlo, aparté la mirada “¡¿Qué estoy haciendo?!”

Lo sentí sonreír. En seguida lo miré a los ojos con el ceño fruncido.

Regresó a la cama y se deslizó sobre mí, besándome el vientre, el pecho, el cuello y finalmente los labios. Se acomodó sobre mi cuerpo, ejerció un poco de presión y sentí la resistencia de su miembro. Me paralice luego de que se me escapara un gemido.

—No temas, Serena.

Me sujetó ambos brazos con una mano y con la otra embrolló mi pierna en su cintura. Presionó más contra mí y me tensé. En seguida se detuvo.

—No se cuanto más pueda aguantar, Serena, así que...—se acercó a mis labios y me liberó los brazos—necesito que te prepares.

Me besó, y mientras lo hacía me comenzó a embestir. Lo abracé y cerré

fuerte los ojos. A pesar de la intensidad del momento, pude sentir los cambios bruscos de temperatura en la habitación. Supuse que ocurría cuando se emocionaba de esa manera. En algún momento sus movimientos se comenzaron a hacer torpes y enterró sus manos en el colchón para ejercer mayor presión contra mí. Estaba tan excitada que no podía parar de gemir. Sé que estábamos al límite, yo creí que moriría por el placer, hasta que finalmente, me embistió con una fuerza arrasadora. En ese instante, arqueó su cuerpo y explotamos en la locura del clímax. Yo necesité arquearme también. Por unos segundos, se nublaron mis sentidos y perdí el juicio.

En cuanto recuperé la cordura, mire a mí alrededor. Toda la superficie de la cama y el suelo, estaban congelados.

Un tiempo pasó sin que dijéramos palabra. Tomábamos aire desesperadamente.

—Me emocioné demasiado—dijo y me quitó un mechón de pelo que tenía en el rostro—Sí te lastimé, discúlpame, por favor.

Intentó levantarse pero se lo impedí.

—Hace frío.

Sentí su sonrisa en mi oreja.

—No es que me moleste, solo creí que podría ser un poco pesado.

—Majestad...—mi respiración se aceleró aun más. Sé que lo notó—yo... yo...

“¿POR QUÉ NO SALEN LAS PALABRAS?”

—Majestad yo...

—No le des importancia—me acarició el rostro—no es como yo haya tenido el valor de decírtelas directamente.

Permanecemos en silencio unos segundos.

—Dime, Serena ¿en serio sientes frío? ¿Creí que no te afectaba?

Esquivé su mirada toda avergonzada.

—No, pero puedo sentir los cambios de temperatura ¿le ocurre mucho... cuando está con otras mujeres?

Se alzó para mirarme a los ojos.

—Solo una me saca de los niveles de cordura.

Le sonreí y el me devolvió el gesto.

La noche fue estupenda entre sus brazos. Desperté y no había nada más que oscuridad. Con cuidado de no despertarlo me enrollé en una sábana y me puse en pie. Corrí la cortina de la ventana que había junto a la cama para que entrara un poco de luz y me quedé mirando el exterior.

De repente, sentí su cuerpo contra mi espalda. Deslizó una mano por mi cintura y me abrazó.

— ¿Te gustaría que llegara el invierno?

—Es hermoso, pero prefiero el calor.

—Entonces mi cuerpo, no ha de serte de mucho agrado.

—Sabes que no me afecta—me volteé—y aunque lo hiciera...—me silenció con un dulce beso. Lo miré asombrada—Nunca lo había hecho.

— ¿Qué?

—Nunca me había besado así.

—Nunca tuve la oportunidad.

— ¿Qué pasó con todo el hielo?

—Fue obra tuya.

—No recuerdo haber hecho nada.

— ¿Sabes por qué te hacía pasar el tiempo conmigo?

— ¿Para hacerme enojar?

Sonrió. Últimamente lo hacía bastante y eso, me gustaba mucho.

—Cuando tu cuerpo siente frío, disminuye la temperatura a tu alrededor. Par alguien como yo que se ha tenido que resignar a la falta del calor, esta noche, juntos, ha sido un paraíso.

— ¿Debe ser horrible?

— ¿Qué?

—No poder escapar del frío.

— ¿Horrible? Era más que horrible. Algunas noches podía soportarlo, otras era insoportable—sonrió, esta vez con algo de maldad—Sería muy diferente si te tuviese solo para mí.

Miré la cama. Estaba destrozada. Luego lo miré a él y le hice una mueca.

—Eso... fue un total descontrol de mi parte. Pronto vendrá la servidumbre con algo para comer, ellos se encargarán de todo.

—Eso es... es...

—Es sangre.

— ¡Oh! ¡Qué vergüenza! —me cubrí el rostro con ambas manos.

—Serena.

Lo miré. Tenía extendida su mano hacia mí.

— ¿Tomarías un baño conmigo?

—Un... un baño ¿juntos?

—Sí, hasta que vengan los sirvientes.

Le cedí mi mano y me atrajo hacia él. Me cargó entre sus brazos, sobrepasó la cortina y entró al baño. Me soltó con cuidado y se arrodilló para tocar el agua con un dedo.

—Está demasiado fría.

—Me encargo yo—aseguré las sábanas a mí alrededor y me incliné. Introduje la mano y calenté el agua en un instante—Ya está.

El soberano, se despojó de su camisión y completamente desnudo, se introdujo al agua. Tragué en seco y exigí a mis ojos que permanecieran clavados en los suyos.

—Ven—me extendió nuevamente la mano.

Retrocedí un paso y crucé mis brazos sobre mi pecho.

—No tienes por qué avergonzarte, Serena. Ahora no será distinto a lo de anoche.

—Usted está acostumbrado a estas cosas, yo no. No puedo dejar de sentir vergüenza por qué me lo pida.

—Nunca he hecho nada semejante con otra mujer. Mis otras relaciones no pasaron de la cama. También siento vergüenza.

—No lo parece.

Sonreí y finalmente, accedí. Dejé caer la sábana y respiré profundo. Me percaté de que solo miraba mi rostro. Fue delicado al no dejar que sus ojos exploraran mi cuerpo.

Me sumergí en el agua y me posicioné frente a él. No esperó mucho para sujetarme por la cintura y atraerme. Pegó mi cuerpo al suyo y me besó. Era como estar en una burbuja de felicidad. Me sentía tan bien y apartada del mundo... hasta que pensé en Edgar.

—Espere—retrocedí.

Él no pareció muy contento con mi actitud.

— ¿Por qué me detienes?

—Hay algo que debí hacer antes de que todo esto ocurriera. Lo siento. Debo irme—salí enseguida del agua y me cubrí nuevamente con la sábana.

Abandoné el cuarto de baño y en seguida busqué mi vestido, pero la servidumbre ya había cambiado todo. Al parecer, habían recogido lo que quedaba de él. Miré hacia la mesa. Todo estaba preparado para desayunar.

Me toqué el estómago “tengo un poco de hambre”

La puerta se abrió y una sirvienta entró a la habitación.

—Disculpe—la mujer me hizo una reverencia—ya que el encargado del rey está indispuesto me han enviado para que le dejara este vestido.

Era un hermoso vestido azul

—Gracias. Pensé que tendría que volver así—señalé mi fachada.

La mujer rió. Trató de disimularlo pero evidentemente me percaté.

— ¿Qué es tan gracioso?

—Nada, no es nada. Discúlpeme.

—Vamos. Dime. No me enfadaré.

La sirvienta miró de un lado a otro indecisa.

—Es que ya toda la servidumbre conoce las manías del rey.

— ¡Oh! Entiendo.

—Al parecer no le gusta esperar mucho ¿verdad?

Sonreí, pero no porque quisiera. No sabía que decir.

— ¿Quiere que la ayude? —Dijo ella.

—Por favor.

Gracias a la mujer, no demoré mucho en ponerme el vestido. Tomé una manzana y la comí en el camino de regreso, no quería volver a ver al rey hasta que no hiciera lo que tenía que hacer.

Cuando abrí la puerta de mi dormitorio vi a madame y a Rosa hablando con Elena. Ya me había parecido raro que nadie me hubiese detenido en la sala principal, aunque ya hacía varios días que no veía a la madame con la misma frecuencia.

— ¿Qué le ha ocurrido, Serena? —Dijo la madame. Era extraño escucharla decir mi nombre.

— ¿Por qué te fuiste así, querida?

—Necesitaba comprobar algo.

— ¿En los aposentos del rey? —Preguntó la madame con el ceño fruncido.

— ¿Qué les dijiste, Elena? —Miré a Elena y me escondió la mirada.

—Solo un par de cosas—fue la madame quien respondió.

—Por ejemplo...

—Ya sabemos sus sentimientos por el rey.

— ¿Y qué me dirá al respecto?

—Nada en realidad. No soy nadie para juzgarla.

— ¿En serio?

—Pero le preguntaré algo. ¿Está segura?

—No comprendo.

— ¿Está segura de abrirse de esa manera? No sería sano para usted entregarle su corazón. Me duele mucho admitirlo—dijo la madame entristecida. No creí que la vería así—pero él la lastimará, Serena, aun siendo la primera mujer por la que ha prestado verdadero interés. Y no hablo por el carácter frío de su personalidad, sino por la responsabilidad que carga sobre sus hombros. ¿Sabe que pronto ejercerá matrimonio?

—Sí. Me lo dijo.

—Aguantará ver al hombre que ama con otra mujer. Por mucho que él la quiera, la reina siempre estará en primer lugar.

—Haré un esfuerzo. Solo soy una plebeya ¿qué más podría esperar? —Bajé la cabeza—Además, ahora que pasó todo esto y que por fin reconocí lo que siento, creo que es imposible que me deshaga de estos sentimientos.

La madame sonrió. La miré extrañada. Era difícil verla sonreír.

— ¿Por qué sonríe?

—Es que me hace feliz. Estoy feliz por su majestad. Aunque muchas mujeres han sido perturbadas por su belleza, ninguna había asegurado amarlo.

—Bueno, ¿y qué pasó entre ustedes anoche? —Dijo Rosa con clara curiosidad.

Me avergoncé.

—Yo... yo... ¿tengo que decirlo?

Las tres se paralizaron frente a mí, hasta que Rosa rompió el silencio a carcajadas, de esas que te arrebatan una sonrisa también.

—Eso explica porque hizo tanto frío en el palacio anoche.

— ¿Lo sabían?

—Yo y la madame llevamos suficiente tiempo aquí. Cada vez que sufre emociones fuertes provoca fenómenos que alcanzan cada rincón de palacio.

—Solo espero que nunca se arrepienta—me dijo la madame.

—Habla como sí... como si supiera lo que siento.

—Lo sé bien, muy bien.

— ¿Está segura de hablarles de esto? —La interrumpió Rosa.

— ¿Por qué no? —Miró a Rosa y luego a Elena y a mí—Hace varios años, me encontré en una situación similar.

— ¿En serio? —dijo Elena asombrada. Yo no dije nada pero estaba igual de sorprendida.

—Aunque a diferencia, pertenecía a una familia de nobles. Un día, justo después de que el anterior rey ejerciera matrimonio, lo conocí. Aun no me explico cómo ocurrió, pero antes de notarlo me había enamorado perdidamente de él. Traté de enterrar aquellos sentimientos, pero solo logré que le crecieran raíces. Así que decidí convertirme en su segunda esposa y para eso, debía formar parte del harén. Mi familia, por supuesto no quería aceptarlo ya que estaría ocupando el lugar de una plebeya. Aunque pude

disfrutar de la compañía del rey en muchas ocasiones, sufrí mucho, no imagina cuanto—bajó la cabeza.

—Madame Isabela, debería ir a descansar—dijo Rosa—estos días han sido muy cargados para usted.

—Tienes razón, Rosa. Voy a descansar un poco, ya no tengo por qué preocuparme de estas niñas grandes.

—Madame, antes de que se valla, quisiera pedirle algo. ¿Puede permitirme ir al jardín del norte?

— ¿Puedo ir también? —dijo Elena.

—Mírese ahora, actuando correctamente cuando ayer pasó por encima de mi autoridad—dijo la madame. Me sentí apenada—Solo no salga de allí a menos que sea para regresar—miró a Elena—eso va para usted también.

Permanecí mirando a las mujeres mientras abandonaban la habitación. Nunca imaginé a la madame pasando por tal cosa.

—Serena—escuché a Elena y me volteé— ¿Qué pasará con Edgar? ¿Cómo le dirás la verdad?

—Para eso quiero ir al jardín del norte, sé que allí podré verlo. Espero no herirlo.

—Creo que eso será imposible.

Bajé la mirada.

“¿Por qué todo es tan complicado?”

—Aun no puedes deprimirte, Serena—dijo con una sonrisa— No nos demoremos más. Parece que han pasado años desde que vi el sol.

La miré de reojo y también sonreí. Era bueno tener a Elena.

Primero que nada, le aclaré que no íbamos a ir al jardín solo a mirar, así que tomamos un baño y nos pusimos algo mucho más cómodo para el trabajo. Caminamos hacia el jardín. En cuanto salí al sol, estiré los brazos y respiré

profundo.

—Buenos días jovencitos ¿qué las trae por aquí? —Escuchamos una voz. Era Augusto que traía una pala en la mano.

— ¿Se acuerda de mí, Augusto?

—Claro, joven Serena.

—Lo prometí que volvería un día de estos a ayudarlo.

—Te diría que no hace falta, pero ya sabes que sería una terrible mentira.

Sonreí.

— ¿Y quién es su amiga?

—Ella es Elena.

—Es un gusto conocerlo—dijo Elena.

—Pero que jovencita más hermosa.

— ¡Señor Augusto, ya las encontré! —Nos interrumpió una voz. Se trataba de Luis que salió repentinamente de atrás del rosal— ¡Oh! Disculpe, no sabía que tenía compañí... compa—y estornudó.

—No tienes que preocuparte, pequeño—dijo el anciano y se volteó hacia nosotras—. Él es Luis—nos dijo—es el médico de palacio.

—Nosotras ya conocemos a Luis, Augusto—dije.

— ¡Oh! Eso es muy bueno. Espero que se hagan amigos.

—Eso no será necesario—dijo Luis todo apenado y estornudó nuevamente.

—No es bueno que un jovencito tenga un solo amigo y más, sí es un viejo achacoso como yo.

—Yo quiero ser tú amiga, Luis—dijo Elena—Tampoco tengo muchos—sonrió— ¿Puedo saber que buscabas ahí?

—Es... es...—estornudó—una planta para preparar una medicina—dijo sin mirar a Elena a los ojos.

—Al parecer el soberano tuvo algún tipo de fuerte emoción en la noche— agregó Augusto— La temperatura descendió repentinamente en todo palacio y la mayoría de la servidumbre amaneció resfriada.

“¡Todo esto ha pasado por que hemos estado juntos! ¡Qué vergüenza!”

—Podría ayudar fácilmente—dijo Luis y estornudó—pero incluso me afectó a mí. Cuando tome esta medicina y mejore, solo tendré que tocar a los afectados y podré fortalecer sus defen... defen... ¡achu! Y podré fortalecer sus defensas.

—Deberías entrar rápido a hacer esa medicina, Luis—dije—No te ves muy bien.

—Se pasará enseguida, después de todo no es que como que haya hecho tanto frío como otras veces.

— ¿Estás seguro? —Dijo el anciano y Luis asintió—Es extraño. Quizás el rey esté enfermo. Sí, debe ser la única explicación. Ya han sido más de cinco años desde que pasó por última vez, pero recuerdo que era tan frío como la misma crueldad del invierno. Fue por eso que dejé de vivir en palacio.

—La madame nos contó—dijo Elena—al parecer todos en palacio lo saben.

—En realidad no todos, solo los que llevan aquí más tiempo—se volteó hacia Luis— ¿Ya te vas?

—Preparar esto lleva tiempo, y debo ayudar a los demás. Gracias por decirme donde estaba la planta, Augusto.

—No fue nada. Nos vemos.

En cuanto Luis entró al pasillo, Elena y yo miramos a Augusto.

— ¿Deberíamos buscar una pala nosotras también? —dijo Elena.

—No hará falta, muchachita.

— ¿Y qué va a hacer, Augusto?

—Quería sembrar nuevas plantas medicinales en el invernadero. Últimamente

veo a Luis ir a todas partes, excepto allí.

—No sabemos mucho, pero haremos lo que necesite.

Augusto sonrió. Al parecer ya había planeado una tarea para ambas.

“Solo espero que no sea lo que estoy imaginando”

—Hay mucha mala yerba en el invernadero. Son espaldas jóvenes, estoy seguro que aguantarán.

“Me lo imaginé”

Terminamos para la hora del almuerzo y estábamos hambrientas. Augusto nos agradeció con una sonrisa y para nuestra sorpresa, apareció con un hermoso ramo de flores para cada una.

— ¿Augusto, usted de casualidad es el que hace lo arreglos florales que hay en el harén?

—Así que te diste cuenta. Le doy los ramos a Rosa todas las mañanas. Me relajo mientras pongo en práctica la poca creatividad que me queda.

—No sea modesto. Creo que son increíbles.

—Gracias, Augusto—dijo Elena con una sonrisa y hundió el rostro en las flores.

— ¡Chicas! ¡Chicas! —Escuchamos la voz de Rosa y enseguida nos volteamos para verla—Les traigo algo de comer.

El estómago me gruñó en ese instante. Ella siempre muy oportuna.

— ¿Qué hay de mí?

— ¿Cómo crees que me olvidaría de ti, querido Augusto?

—Eres muy considerada, Rosa. Gracias.

—Fui a buscar a Luis a palacio porque algunas chicas amanecieron resfriadas y cuando pasé, los vi trabajando duro. Saben cómo soy, no podía ignorarlos.

—Muchas gracias, Rosa—dije.

—Vengan. Hay unos asientos por allá.

Rosa nos guió a un lugar del jardín que no había visto. Había unas bancas, y por encima de las bancas unos maderos paralelos al suelo. Los maderos apenas se veían ya que estaban cubiertos por enredaderas que exponían unas pequeñas pero bellas flores violáceas.

Tomé una de las cestas. Traía frutas y una vasija con jugo.

—Esta tiene queso, pan y jalea de moras—dijo Rosa y entregó la segunda cesta a Elena—bueno chicas, las veo luego.

—Gracias, Rosa—dijo Elena antes de que se fuera definitivamente.

Las cestas terminaron vacías sobre una banca. Elena y Augusto parecían estar repletos, en cambio yo, no pude comer mucho.

Augusto se despidió, tenía que hacer otras cosas, o eso dijo.

— ¿Qué te sucede, Serena? Te veo demasiado triste.

—Creí que podría, pero... creo que cuando vea la cara de Edgar no podré decirle.

—Sabes Serena, estoy segura de que será difícil, pero creo que no debes dejar pasar la oportunidad en cuanto lo veas. Sí lo descubre por el mismo, seguro se sentirá mucho peor.

—Tienes toda la razón, Elena. Es lo mejor.

— ¿Qué es lo mejor? —escuchamos la voz de Edgar y levantamos la cabeza hacia él.

Fue demasiado repentino y no estaba preparada del todo para encararlo. Aunque probablemente nunca lo estaría.

—Creo... que voy a recorrer el lugar—dijo Elena—después de todo, no había estado en un jardín tan hermoso.

—Gracias—le susurré.

—Nos vemos, príncipe—hizo una reverencia y desapareció entre saltitos.

—Ella siempre tan alegre—comentó Edgar.

—Así es ella—dije con la cabeza gacha.

—Te extrañé—se sentó a mi lado e intentó darme un beso. Puse un dedo sobre sus labios y se lo impedí— ¿Todo está bien?

—No. No lo está.

Capítulo: 6

Edgar desapareció en cuanto terminé de decir lo que mi corazón guardaba. Sentí que me habían enterrado una estaca en el pecho. Quería decirle que si hubiese sido mi decisión lo hubiese elegido a él, que lo quería a él, pero mi corazón había tomado otra decisión.

Sentí una extraña presión y un escalofrió me heló la piel. Miré hacía el gran balcón. Allí estaba él. Seguramente había sido testigo de todo.

Le di la espalda y continué hasta alcanzar un camino de piedra que al parecer conectaba con otro pequeño jardín lleno de girasoles. Eran unas flores tan deslumbrantes y siempre con la cabeza en alto. Me daban un poco de envidia.

Me detuve en seguida al ver a Edgar sentado en el césped junto a Elena. Intenté dar media vuelta, pero noté que ambos se voltearon así que me escondí detrás de unos arbustos que había al lado de los girasoles.

—Juro que sentí algo—escuché decir a Elena.

—Un animal seguramente—dijo Edgar con la voz apagada.

— ¿Por qué apareciste aquí de repente?

—Estoy seguro que ya lo sabes.

Se produjo una pausa. Estaba tan nerviosa. Me sentía mal por escucharlos a escondidas, pero quería saber lo que no me había dicho.

—De hecho, sí—dijo Elena.

—Me duele el pecho. Es un dolor amargo e insoportable

“También me duele, Edgar”

—Quiero que sepas—dijo Elena enseguida—Serena no quería lastimarte en lo más mínimo. La vi, ella también estaba sufriendo. No fue una decisión de ella, sino de su corazón.

—Elena, hablas... hablas como si estuvieses pasando por lo mismo.

Todo sonido se hizo nulo tras las palabras de Edgar y entonces, evité hasta respirar.

—Ya veo—dijo Edgar—debe ser realmente afortunado al tener el corazón de una dulce dama como tú, Elena.

“¡Espera ¿Elena está enamorada y no me ha dicho?!”

—Resulta que él aun no lo sabe—dijo ella.

— ¿No? ¿Por qué?

—Porque él ama a otra y ella... es mi mejor amiga.

“¡¿Cómo!?”

Se produjo otra pausa. Fue larga.

—Elena... yo... yo, no sé qué decir.

“¡Tampoco yo! ¿Por qué nunca me dijo?

“¡CALLATE SERENA QUE LO SABES!”

“Lo sé muy bien ¿Cómo me iba a decir algo sí pensaba que yo también lo amaba?”

—Nada—dijo ella. Eché una ojeada entre los arbustos y la vi ponerse de pie

—No digas nada. Yo sé bien a quién amas, pero es bueno decírtelo ¡es sorprendente! Incluso me siento mucho mejor—la sentí sonreír. Estoy segura que se forzó a hacerlo—Voy a dejarte solo ¿sí?

— ¡Espera, Elena! —La retuvo por una mano. Elena no lo miró a los ojos pues no paraba de llorar.

—Sí te hubiese conocido antes que a ella...

—Gracias por ser amable—se soltó del agarre de Edgar y salió a correr.

—No es amabilidad, Elena—murmuró. Logré escucharlo a duras penas.

Edgar también se había ido, así que no tenía que seguir escondiéndome.

Regresé al harén con la cabeza entre los hombros. No paraba de pensar en Edgar, Elena y por supuesto, en el rey.

—Aquí tienes, querida. Es una nota del rey.

La tomé sin el más mínimo ánimo.

—Disculpa Rosa, dejé las cestas abandonadas en el jardín. Sí quieres voy por ellas.

—No hace falta, querida. Ve a descansar, no tienes buena cara.

—Gracias.

Me dirigí hacía la habitación. Elena estaba en su cama con la cabeza gacha. En cuanto me vio, escondió el rostro. Sabía que no quería que la viera llorando.

Caminé hasta mi cama y me senté frente a ella.

— ¿No quieres tomar un baño conmigo?

—Me vendría bien—se limpió el rostro y me miró.

Cuando estábamos en el baño, dentro el agua, ninguna dijo nada por un largo rato, hasta que Elena decidió hablar.

—Hablé con Edgar. Estaba muy triste.

—En cuanto se lo dije, desapareció, no me dejó que le explicara.

—Hace algunos días quería decirte algo, Serena. Es incómodo pero lo diré, después de todo, aunque no haya sido mucho tiempo, te considero mi mejor amiga. La verdad es que yo...

—No digas nada. No importa. No necesitas decirlo.

—No, pero sí debo decírtelo.

Puse una mano en su boca.

“Sé lo que dirás, también sé que será incómodo decírmelo”

—Ya te dije. No importa.

—Pero aun no sabes que te diré.

—Entonces déjame hablar a mi primero.

— ¿Qué me vas a decir?

—Yo... yo lo sé.

— ¿Qué?

— ¿Crees que no me daría cuenta? Cada vez que lo mirabas los ojitos te brillaban.

—Entonces... ¿Lo sabías? Y yo tratando de esconderlo todo el tiempo.

“Y sí que lo supiste esconder, Elena”

—Aunque no lo creas, él también te quiere. Cada vez que te miraba o que me hablaba de ti, lo hacía con una sonrisa.

— ¿No te importaría?

—Claro que no. Yo... yo ya elegí.

—Gracias, Serena.

Mi vestido se veía bien, mi pelo estaba bien acomodado y lleno de vida, pero mi rostro, no complementaba en absoluto.

“*Te espero*” Era lo único que decía la nota del soberano. La verdad era que no esperaba mucho de él.

— ¿Estás segura que no irás? —me dijo Elena.

—No. No voy a ir. No tengo cabeza para él.

—Espero que no se enfade contigo.

—También yo.

Toda la tarde la pasé deprimida en la habitación. Elena estaba igual así que cuando Rosa nos llamó para cenar, nos negamos.

— ¿Están seguras? Las cocineras hicieron se esforzaron hoy más que de costumbre.

—Estaremos bien, Rosa.

— ¿Y qué hay del rey?

—No lo veré hoy.

—Pero pensé que la nota era... olvídale, querida. Nos vemos.

Pasó un rato desde que Rosa nos había llamado y Elena estaba completamente dormida. De repente nuestras dos compañeras entraron a la habitación entre risas. Se dirigieron a sus camas y tomaron asiento.

—La cena estuvo buenísima—dijo una.

—El postre fue lo mejor—dijo la otra y me miró—Serena ¿por qué no fueron a cenar.

—No nos sentíamos muy bien.

—Ahora que lo dices, otras chicas amanecieron enfermas también.

—Eso me dijo Rosa.

La puerta se abrió de repente con tal fuerza que la de dorados risos se despertó. Todas miramos hacía allí. Se trataba de él.

Entró a la habitación con la cabeza en alto, mirándome, y lo único que se escuchaba, era el sonido de sus pasos. En seguida me puse de pie y rígida. No lo esperaba en absoluto.

—Salgan—ordenó— ¡SALGAN!

Las chicas se asustaron y salieron a correr. Elena fue la última en salir.

—Creí que el rey no entraba al harén.

—Todo aquí es mío, así que entro donde me plazca.

Tragué en seco.

—Te estuve esperando ¿por qué no te presentaste ante mí?

—Quería estar sola.

—Tú no decides eso, Serena. Sí te digo que vallas, tú vas.

—No voy a ser tu esclava.

—Eres mía, y punto.

Me mantuve unos segundos haciéndole frente a su mirada.

—Al final, todo se reduce a eso—bajé la cabeza y apreté los dientes para no llorar, pero fue inútil.

—No llores, Serena.

— ¡No puedo controlar eso!

—Pero sí tu tono—dijo y dio un paso al frente.

—No se acerque.

—Quiero besarte.

— Pero yo no.

Lo sentí respirar profundo.

—Por ahora, sígueme a palacio. Quiero hablarte de algo.

— ¿Hay que ir tan lejos para decirlo?

—Es complicado ¿dejarás a tus compañeras sin un lugar donde dormir? No me iré hasta que me sigas.

Pasé a un lado suyo y abandoné la habitación. Él me siguió por todo el corredor hasta la sala principal. Todas las chicas se apartaron del camino mientras andábamos y le hicieron una reverencia. Cuando pasé a un lado de Dana me hizo una mueca y apartó el rostro. La ignoré y seguí.

La madame estaba justo en la salida, abrió la puerta e hizo una reverencia al rey. Este, se detuvo junto a ella y la miró de reojo.

—Siéntate—me ordenó en cuanto llegamos a la antesala de su dormitorio. Yo obedecí.

— ¿De qué me quiere hablar?

Cruzó sus largas piernas y apoyó su rostro en un puño.

—No comprendo por qué te portas así a estas alturas.

— ¿Cómo?

—Cómo una niña malcriada.

— ¿Yo? ¿Malcriada? —Musité.

—El baile se llevará a cabo pasado mañana. Te haré llegar la invitación.

—No me interesa ir.

—Lo harás—me miró fijamente a los ojos y luego los apartó—Quiero hacerte una propuesta también.

—Solo hable—le dije con agresividad. Él me sonrió.

—Solo te quiero a ti, Serena. Sé mi segunda esposa y deja de ser tan

malcriada, a cambio, dejaré a todas tus compañeras libres y daré cada una de ellas una generosa suma.

— ¿Qué le hace pensar que aceptaré tal propuesta?

— Sé que eres el tipo de persona que piensa en el bien de los demás antes del suyo. Tienes una amiga entre las chicas ¿verdad? Estoy seguro que serás feliz por ella.

Bajé la cabeza y luego lo miré.

— Aunque dijera que no, no cambiaría nada ¿verdad?

— Así te quiero, Serena, dócil.

— ¿Dócil? Habla como si fuese a ser su mascota.

— Una mascota no complace a su amo en la cama.

— ¿Qué? —dije alarmada.

“Está bien, creí que podría soportarlo todo. En serio, cualquier cosa... pero me equivoqué”

— ¡Me importa poco que sea mí rey! —enfurecí y me puse de pie— ¡Porque me entregué a usted como una estúpida no significa que dejaré que me pisotee como una cucaracha! ¡Qué me saque de mis sentidos, que me oprima el pecho con su presencia y que lo ame como una loca no le da el derecho a lastimarme de esa manera! ¡No le da el derecho!

Se puso de pie él también.

— No lo sabía—se me acercó y yo retrocedí—No sabía que te sentías de esa manera ¿cuándo pensabas decírmelo?

— Nunca.

— ¿Por qué?

— Porque exponerme de esa manera, era lo peor que podía hacer.

— ¿Por eso no dijiste nada anoche?

— ¿Y usted ha sido capaz de decirlo?

Clavó su mirada en la mía y luego que me dio la espalda.

—Para el baile, no olvides usar una máscara—cambió de tema y me pareció bien dejarlo así—Es una tradición desde la muerte del fénix. El rey debe encontrar a su prometida entre las damas, se dice que acertar significa buen presagio, asegurando el bienestar y la felicidad de la pareja. Lo último que te pido es que no faltes. En cuanto a lo que te dije, lo cumpliré en cuanto ejerzas matrimonio conmigo.

—Al final no pasa de eso.

— ¿De qué hablas, Serena?

—No necesita saberlo. Sí no tiene más que decir—le hice una reverencia—qué pase buenas noches, majestad.

—No serán buenas si te vas.

—Ha vivido toda una vida sin mí, una noche más no le hará daño.

Corrí hacia la puerta sin mirar atrás. Al parecer terminaría igual que la madame, amargada. Odiaba el simple hecho de imaginarlo.

Era otro día en palacio, por cierto, uno bastante agitado. Descubrí finalmente que madame Isabela se estaba encargando de supervisar los preparativos para el baile. Era por eso que había estado tan ausente y cansada.

Era casi medio día y por fin encontré la oportunidad de reunirme con la madame y Rosa. A las demás chicas les permitieron visitar los jardines así que estábamos solas.

—Así que decidió acertar su oferta—dijo la madame.

—No habría mucha diferencia para mí.

—Te entiendo.

— ¡Hay querida! Si no hubiese tantas leyes sujetas al trono y a la realeza.

—Siempre que tenga un problema, recuerde que estamos nosotras para cuando desee desahogarse, llorar o incluso, gritar.

Las palabras de la madame me tocaron el alma y me humedecieron los ojos.

—No saben cuánto les agradezco.

—Hay querida, no llores—dijo Rosa y trató de animarme con una sonrisa— Bueno, me quedaría hablando contigo todo el día, pero tu vestido para el baile debe estar impecable, sin decir de tu máscara. Debo apresurarme, debe ser algo único. Debe ser...—y continuó hablando mientras se perdía tras la puerta.

—Y yo debo continuar con mis labores, Serena. Espero sinceramente, que su decisión haya sido la correcta.

—También yo, madame.

Con pasos lentos y la cabeza baja me encaminé hacia mi habitación. No tenía el más mínimo interés por acompañar a las demás chicas. Mientras andaba, el camino se me hizo largo entre suspiros.

—Serena—escuché una voz frente a mí. Enseguida supe de quien se trataba así que levanté la cabeza.

—Edgar.

—No tienes buena cara.

— ¿Qué haces aquí?

—Mi hermano, me ha pedido que te lleve a un lugar.

— ¿Él no te ha dicho nada?

—Ya hablamos, no es culpa de nadie. Aunque aun duele.

—Lo siento... lo siento tanto.

Se acercó a mí y me abrazó. Aun se sentía reconfortarle.

—Esta será la última vez—me susurró.

Vi ante mí un inmenso campo de flores. Lo reconocí enseguida.

— ¡Espera, Edgar! —Miré hacia donde creí que estaba, pero al que vi, fue al soberano.

—Edgar ya se ha ido. Creí que eras solo otro más de sus romances... pero al parecer, me equivoqué.

—No quería que nada de esto fuese así—apreté los puños y luego de calmarme los relajé— ¿Es el jardín de la reina?

—Debes saberlo. Edgar me dijo que te trajo a conocer a nuestra madre.

— ¿Estas enfadado por eso?

—Nada que no pueda controlar.

—Entonces lo estás.

—Sigamos, aun hay que caminar para llegar a la casa.

— ¿Por qué recurriste a Edgar? ¿No podíamos venir de otra forma?

— ¿Por qué? Prefería no haberlo encarado tan pronto.

—Sí.

Tras mi respuesta, frunció los ojos hacía mí. No le gustó y como siempre, no se molestó en esconderlo.

—Nadie sabe la ubicación exacta de este lugar, es por eso que para llegar necesito de Edgar. Nuestra madre mandó a construir la casa para que mi padre no nos encontrara nunca.

— ¿Entonces cómo Edgar puede llegar?

—Para poder ir de un lugar a otro. Edgar solo debe visualizar una imagen. La reina nos trajo a este campo de flores cuando apenas éramos unos niños. La casa un no había sido construida y la vista creó una gran impresión en Edgar.

—Eso explica por qué aparecemos frente al campo de flores y no frente a la

casa.

—Exacto.

—Es un lugar hermoso. No me importaría estar alejada de todo mientras sea en un lugar así.

Afilé mi mirada a lo más profundo del paisaje y vi dos elevadas colinas, me parecieron familiares, podría jurar que eran las que había detrás del bosque donde solía pasar horas entrenando con una vieja espada.

—Llegamos—dijo, subió los escalones y tocó la puerta.

—Edgar ¿eres tú? —escuchamos la dulce voz de la mujer.

—Soy Esteban, madre.

— ¿Esteban? —murmuré y lo miré con cara de quién quiere una explicación.

— ¡Esteban! —La puerta se abrió enseguida—¡Hijo mío! ¡Qué alegría verte!

—Lo abrazó por un largo rato—Preciosa—me dijo—¿Y Edgar?

—Edgar no vendrá, madre. Somos solo Serena y yo—dijo el rey y me agarró de la mano.

—No comprendo.

—He venido a que la conocieras. Sé que Edgar te la presentó, pero no cómo mi futura esposa.

La mujer se me quedó observando.

“¡Creerá que soy una descarada!”

—Yo... no sé qué decirle. No tengo excusa.

—No te preocupes, bella Serena. Yo entiendo. El corazón joven es así, indeciso. Conozco a Edgar mejor que cualquiera, siempre ha sido muy arrojado, además, tú nunca hablaste sobre tus verdaderos sentimientos ese día. No tienes que sentir culpa y mucho menos vergüenza.

—Desearía que algunas mujeres fueses tan comprensibles como tú, madre.

Lo miré de reojo.

“¿Se refiere a mí? ¿Qué más comprensible quiere que sea?”

—Pasen—nos cedió un espacio—Estaba al punto de hacer un poco de té. Siéntense, ahora les traigo.

El soberano la siguió pero ella lo retuvo.

—No es necesario que dejes a la bella Serena, hijo. No demoraré mucho.

—Necesito hablarte de algo importante—dijo él.

— ¡Oh! Entiendo. Solo te lo robraré un momento, Serena—fue lo último que dijo antes de cerrar la puerta de la cocina.

Unas pinturas que colgaban de la pared que dividía la cocina de la sala llamaron mi atención. Me puse de pie y me acerqué para verlas. Eran hermosas. En una, estaban Edgar y Esteban, eran aun unos niños. Me enfoqué en el fondo, era el jardín del norte y estaban justo frente a las bellas rosas de Augusto. Puse una mano sobre el lienzo y deslicé una mano por el niño de cabellera plateada.

“Incluso ahí... tenías la misma mirada, Esteban”

“Esperen” Vi otro niño justo detrás de ambos. Mientras Edgar y Esteban posaban, él leía un libro.

“Me parece famil...”

—Es un milagro que hayas traído a una chica, Esteban—repentinamente, escuché la voz de la mujer. No era clara, pero si entendible.

—Serena, es diferente a cualquier otra.

—Ya lo noté. Ahora dime ¿qué quieres decirme?

—Madre—distinguí cierto calor en sus palabras—siento algo muy especial por ella, pero es tan difícil de controlar. Me porto como un estúpido. En ocasiones me vuelvo más frío de lo que normalmente sería. Mi padre me obligó a sembrar esta cárcel de hielo para que no fuera víctima de las

emociones, pero ella derrite ese escudo y cuando siento que está demasiado cerca, inconscientemente impongo un alto volviéndome aun más frío, arrojándole palabras que no alimentan mi corazón. Sí continuó así, me odiará más, si es que ya no lo hace.

En ese momento, entendí muchas cosas y me hizo feliz.

—Deberías reunir fuerzas y decirle todo esto a ella, para que en vez de odiarte, pueda comprenderte—le dijo la madre—Ahora vamos, no hagamos esperar mucho a Serena.

Con zancadas me dirigí nuevamente hacia mi asiento. Esteban se acercó seguido de su madre. Él se sentó a mi lado y ella frente a ambos. La mujer dejó la bandeja que traía sobre la mesa, sirvió tres tazas, me extendió una, luego una al rey y por último, tomó la suya.

—Espero que les guste. Es lo único que puedo hacer de calidad.

— ¿Pero qué dice?—dije—. La última vez preparó un pastel delicioso.

—Aun te acuerdas—sonrió—gracias, bella Serena—miró al rey— ¿Cómo te va en palacio, hijo?

—Muy bien, madre—dijo tras tomar un sorbo de té.

Supuse que no quería preocuparla.

—Eso me hace feliz ¿Y qué hay de Isabela?

“¿La madame?”

—La última vez que la vi, no pronunciamos palabra.

—Ella también es tú madre y mi hermana. Sabes que está sufriendo, así que por favor, no hagas nada que la hiera.

En cuanto escuché lo que dijo la madre del rey, se me desvió un poco te té y comencé a toser.

— ¿La madame Isabela es... es su hermana?

— ¿La conoces?

Asentí.

—Isabela es mi hermana menor,—hizo una fina línea con sus labios y frunció el ceño levemente— cuando me casé con el padre de Esteban, aun era príncipe, ella lo conoció en la boda y se enamoró perdidamente de él, tano así que aceptó el puesto de segunda esposa. Con el tiempo, lo que su alteza anhelaba sobre todas las cosas, era un hijo, pero yo había sido inútil para la tarea ya que perdía embarazo tras embarazo. Un día Isabela, le dio la gran noticia al soberano de que le daría un hijo, pero para desgracia de ella y para que el niño pudiera heredar el trono, era yo quien debía criarlo como si fuese mi propio hijo. Así pasaron cinco años y casi de milagro, logré tener a Edgar.

Finalmente logré entender por qué la madame se alegraba y se entristecía por causa del rey. Comencé a admirarla mucho más. Era una mujer fuerte.

— ¿Edgar sabe esto?

—No lo necesita saber—Intervino Esteban.

—Entonces Herón es...

—Es el nombre que me dio Isabela, pero ante toda la nobleza soy “El rey Esteban”

—Esteban fue el nombre que escogió el rey—dijo la mujer— Quería por lo menos darle el nombre que había elegido Isabela, pero no me lo permitió.

— ¿Cómo pudo hacerle eso a una madre? —miré a Esteban rabiosa “tú quieres hacerme lo mismo”. Sé que lo entendió en cuanto miró mis ojos.

—Hizo cosas peores, Serena—me dijo él.

—En un principio fue un buen hombre y el mejor esposo, pero el peso del poder lo secó por dentro. Les hizo daño a todos, pero sobre todo—miró al rey —a Esteban. Necesitaba reafirmar el trono, así que lo hizo vivir un infierno por eso.

—Detente—dijo el rey—Sabes que odio recordar el pasado, madre. Ya es hora de irnos—se puso en pie—gracias por todo.

— ¿Ya? ¿Tan pronto?

—No te preocupes, esta vez no esperaré más tiempo para venir a verte—dijo y se dirigió hasta la salida.

—No olvides lo que acabas de decir—le dijo ella y él se volteó para verla.

—Sabes que siempre cumplo mis promesas—dijo y continuó caminando.

Yo me quedé atrás para despedirme apropiadamente.

—Cuídese mucho y gracias por su hospitalidad.

Ella sonrió.

— ¿Sabes por qué eligió este momento para venir a verme?

Permanecí callada esperando la respuesta.

—Me prometió que para cuando volviera, ya había encontrado la pieza importante que le faltaba a su corazón.

— ¿Yo?

Afirmó con su cabeza.

—Y ya lo escuchaste. Él siempre cumple sus promesas.

Sonreí como una desquiciada. No lo podía evitar luego de toda esa ansiedad que se había alborotado en mi pecho.

—Nos vemos.

Salí a correr para alcanzar a Esteban, en cuanto lo hice, comencé a caminar a su lado.

Caía la tarde frente a nuestros ojos. Disfruté mucho ese momento. Respiré despacio y cerré los párpados para sentir la brisa.

— ¿Por qué no le dijo sobre los problemas que ha tenido?

—Solo la preocuparía más de lo que ya está.

—Ahí están, sus verdaderos sentimientos.

— ¿Qué quieres decir?

—Generalmente es frío, como si tuviese un escudo de hielo alrededor.

—Mi padre me enseñó a ser así.

—Ya veo.

Me adelanté un poco y comencé a dar brincos y vueltas con los brazos abiertos. Estaba feliz.

—Es inesperada la actitud que me estás mostrando ahora, Serena.

— ¡Es que estoy feliz!

— ¿Hay motivo para estarlo?

Retrocedí hasta él y le cubrí la boca con ambas manos. Abrió enormes sus bellos ojos.

—No necesita decir nada. No estropee este momento, por favor—le sonreí y aparté mis manos.

— ¿Por qué no me das un poco de esa felicidad?—dijo, sujetó mi cintura y me besó.

Me sumergí en el sentimiento de sentir sus labios en los míos. Enrollé mis brazos en su cuello y me mantuve en puntitas de pie.

— ¿Es suficiente? —dije y mordí mi labio inferior.

—Quiero más—Me alzó del suelo completamente llevándome al alcance de sus ojos—Voy a hacer la elección correcta esta vez—me dijo. No comprendía lo que quería decir pero tampoco tenía ganas de preguntar, solo deseaba que me siguiera besando.

—Es bueno que estés cumpliendo tu promesa—escuché una voz a mis espaldas. En seguida me zafé del agarre de Esteban y me volteé. Era Edgar.

Me enrojecí.

— ¿Qué está diciendo? —musité, pero estoy segura que ambos lo escucharon.

—Prometí a Edgar que te haría feliz—me dijo Esteban—.Ahora ve con él. Llévala de regreso a su habitación, Edgar.

Edgar me sujetó de la mano. Esta vez no me abrazó. Cerré y abrí los ojos. Estaba en mi habitación, justo al lado de mi cama. Él tomó distancia de mí enseguida.

—Es difícil manejar esto—me dijo—preferiría no tener que presenciar una escena así.

— ¿Edgar?

Nos volteamos hacia la puerta. Elena acababa de entrar.

—Hola, Elena—dijo él.

— ¿Has estado mejor?

—Mucho mejor ahora—Edgar le sonrió y desapareció.

— ¿Qué sucedió? —me preguntó Elena.

—Nada, Edgar solo cumplía una petición del rey.

—No lo malentiendas, no es que me importe—sé que trataba de disimular sus sentimientos—Te estaba buscando por petición de Rosa. Quiere que mañana estés temprano en su habitación para hacer los últimos retoques del vestido. Dice que también necesita tiempo para el maquillaje.

—Claro, claro—dije sonriente— Estaré allí sin falta.

— ¿Estás bien?

— ¿Por qué lo preguntas?

—No dejas de sonreír.

—Es que no puedo. Estoy tan feliz.

— ¿Y qué pasó para estarlo?

—El rey me quiere realmente. No es un capricho, él me quiere.

— ¿Te lo dijo?

—No, pero lo escuché claramente de su boca por accidente.

—Estoy muy feliz por ti, Serena.

Hablamos por un largo rato. Elena me contó sobre el recorrido por el jardín con las demás chicas y yo le conté sobre mi corto viaje con Esteban. Pensé mucho en decirle que pronto ella sería libre, pero finalmente, decidí que no era el momento adecuado.

— ¡Oh, querida! Pareces una diosa enmascarada.

—No exageres, Rosa.

—No exagero. Estoy segura que serás la más bella de todas.

— ¿Y la madame?

—Hoy está más ocupada que nunca.

—Me lo imagino.

—Bueno, ya estás preparada. La entrada al baile comienza luego del medio día.

— ¿Y no voy a comer nada?

— ¿Qué? Querida Serena, en un momento como este no se piensa en comida, así que quédate quieta, haciendo... cualquier cosa que no ponga mi obra maestra en peligro. ¡Ah! Lo olvidaba. Aquí tienes la invitación. Cuando llegue el carruaje, yo misma te vendré a buscar. ¡No te impacientes!

—Creo que la impaciente, eres tú, Rosa.

—Disculpa querida, es que desde los tiempos de la bella reina, ninguno de mis vestidos se ha presentado ante la sociedad de nobles. No sé si estará a la altura.

— ¿Bromeas? Es más que hermoso. Ya te diré cuando todos se queden como piedra al verlo.

—Gracias, querida. Voy a buscar unas cosas. Ahora vuelvo.

Me miré en el espejo que tenía Rosa en la habitación. El rostro me lo cubría una máscara negra, saturada con encajes. El vestido era de un bello azul marino con detalles en negro y blanco. El escote tenía forma de V y estaba unido por un fino y floreado encaje blanco a una gargantilla negra con detalles plateados. El vestido recorría con exactitud las curvas de mi cintura hasta mis caderas, de ahí, descendían los pliegues. Con un simple giro, parecían olas. Era perfecto. En cuanto a los zapatos, no alcanzaba a verlos, pero estaba segura que se veían igual de bien.

Deslicé una mano sobre mi pelo. No había muchas complicaciones en él. Rosa me había dicho que era perfecto tal y como estaba.

Miré los aretes y los toqué. Eran dos pequeñas rosas de diamantes blancos.

—Son bellos ¿verdad? —dijo Rosa que entró en ese preciso instante.

—Sí, lo son.

—La madame me los entregó para que te los diera.

— ¿Madame?

—Me pidió que los cuidaras. Son preciados para ella—dijo y me extendió una cajita negra—te la envía el rey.

Tomé la cajita y la abrí. Dentro, había un brazalete que por una casualidad enorme, hacia juego con los aretes. Me lo puse en la mano izquierda y lo miré con una gran sonrisa.

—Vamos. El coche está esperando por ti.

—Rosa, quisiera saber ¿por qué él tiene tanto empeño en que valla a ese baile?

— ¿Cómo voy a saber lo que pasa por la cabeza de rey? Puede ser una simple invitación o quizás, el deseo de que estés allí. Camina con cuidado, querida, no sea que se dañe—dijo y me detuvo para pasar las manos por los pliegues— Esta tela es hermosa pero se arruga con facilidad.

—No te preocupes, Rosa. No arruinaré tu obra de arte.

Rosa me acompañó hasta el coche en la el jardín del sur. Me recordó al día en que el rey me había llevado al lago. Era incluso, el mismo cochero.

—Señorita, el rey me ha enviado por usted—dijo el cochero y me abrió la puerta.

Miré hacia Rosa y le sonreí, en ese instante, alguien más apareció.

—Pensabas que no te iba a ver—dijo Elena con una sonrisa.

— ¿Y cómo estoy? —sonreí.

—Linda.

—Gracias, Elena. Nos vemos.

En cuanto me senté, el coche se echó a andar. Me quedé mirando por la ventanita las sonrisas de Rosa y Elena.

Rodeamos el castillo hasta la entrada principal. El camino era de ladrillos blancos y a ambos lados había estatutos y arbustos intercalados. Los arbustos habían sido podados para adoptar varias formas. Una ave, un caballo, una armadura también.

Nos sumamos a la fila de coches. Todos lujosos y únicos. En cuanto nos incorporamos a la fila, se sumó enseguida uno más, y así continuó toda la tarde.

Saqué el rostro por la ventanita y miré hacia delante. Había frente a la entrada una fuente de agua colosal. Los coches se detenían para dejar a los nobles y luego para salir, rodeaban la fuente.

Un hombre vestido con ropas extravagantes y un extraño sombrero emplumado me abrió la puerta y me ayudó a bajar. Me acompañó para subir las escaleras. En cuanto miré al suelo, supe que estaban hechas de mármol. Levanté la mirada hacía las puertas. Nunca había visto nada semejante. Parecía una hormiga frente a ellas.

En cuanto entré, pude ver una enorme escalera que llevaban a la parte baja

donde se encontraban la mayoría de los invitados. A cada lado de la escalera había una decoración con rosas. Eran bellísimas.

—Su invitación, madame—me dijo un sirviente y me hizo una reverencia. Estaba parado a un lado de las escaleras y también lucía un traje extravagante. Le extendí la invitación al hombre.

— ¡La duquesa Serena, de las lejanas tierras del norte! —dijo el sirviente con fuerza y claridad.

Yo, por supuesto me quedé como piedra.

“¿Duquesa? ¿Y esa tontería?”

Todos los nobles del salón inferior se voltearon y levantaron la cabeza para verme. Me sentí prisionera de sus miradas, pero no me dejé intimidar. Respiré profundo y las enfrenté.

La música que alcanzaba a escuchar, era apenas una leve melodía. Bajé las escaleras con la cabeza en alto y justo cuando puse un pie en el bello piso del salón un señor de máscara dorada, me extendió su mano.

— ¿Disculpe?

—Soy el duque Aldor, madame.

—Aldor.

—Su majestad me pidió que la acompañara hasta que hiciera su entrada en el salón. Él será el último en ser anunciado.

Le entregué mi mano al duque y le permití conducirme por el salón, este tenía en la cúspide un majestuoso candelabro dorado, el cual podía jurar, era de oro. Miré alrededor y finalmente logré ver a la madame parada casi como estatua al lado de la extensa mesa de manjares y en igual situación, a Luis. Los reconocí al instante porque ninguno de los llevaba máscara.

—Quiero presentarte a mi hermana—Escuché decir a Aldor mientras aun escuchaba al sirviente de la escalera nombrar a los demás nobles.

—Es un placer—dijo la mujer con máscara roja y vestido a juego. Se veía hermosa—Debes ser Serena. Me llamo, Amena. Amena Duque

“Hasta su apellido hace alusión a la nobleza”

— ¿Quién le habló de mí?

—Eso debería saberlo ¿no? —me dijo sonriendo.

Tomé aire despacio.

—Espero que sea feliz—dije. No me estaba sintiendo bien—Sí me disculpan, necesito tomar un poco de agua.

Les di la espalada y me dirigí a la mesa de los manjares.

—Necesito un poco de agua, por favor.

—En seguida—dijo la madame y me sirvió el agua en una copa de cristal— Deberías mantenerte atenta, Serena.

— ¿Me reconoce?

— ¿Olvida que tiene un pelo bastante particular? —dijo y me extendió la copa.

Tomé un trago de agua y devolví la copa a la mesa.

— ¿De qué debería estar atenta?

En ese preciso instante sentí como todo se sumergió en un silencio total. Hasta la música se había detenido.

Me volteé hacia la cima de las escaleras. Allí estaba él, con su corona y una máscara plateada. Vestía un traje azul con algún que otro detalles negros y blancos.

El silencio fue violado por la proclamación del sirviente.

—¡¡Su alteza real, el rey Esteban, emperador de las tierras del Oriente!!

Descendió las escaleras despacio, era como si estuviese buscando algo con la mirada, en cuanto me vio, se quedó observándome. El pecho se reveló en mi

contra y las piernas no parecían acompañarme. Estaba temblando.

Los nobles le abrieron paso al rey y siguió avanzando hasta que estuvo frente a mí. Me entendió la mano, y me sorprendí.

—Bella dama—dijo con el mismo tono frío—baile conmigo, por favor.

Le hice una reverencia y evitando usar palabras, le extendí la mano. Me llevó al centro del salón y al chasquido de sus dedos, la música volvió a andar. Los nobles hicieron un círculo a nuestro alrededor.

—Yo no sé bailar—le dije entre dientes.

—Solo...—me agarró por la cintura y me acercó a él—déjate llevar.

Fue simple perderme en la inmensidad de sus ojos. No sé si lo estaba haciendo bien o no, pero tal y como me había pedido, me dejé llevar.

— ¿Puedo saber qué hace? —me llené de valor y finalmente le pregunté.

—Bailo.

—Sabe que no me refiero a eso. ¿No se supone que debía sacar a bailar a su prometida?

—Eso hago—acercó sus labios a mi oído e hicimos un giro total—duquesa del norte. No tienes que preocuparte por nada, Serena—llevó ambas manos a mi cintura y me elevó por los aires—yo me encargaré de todo—comenzamos a girar lentamente y mientras nos mirábamos, un copo de nieve intercedió.

Miré arriba, así como todos en la sala. Estaban cayendo copos de nieve en el interior del salón. Lo miré con una sonrisa y él me deslizó por su cuerpo hasta que sentí como los tacones tocaron el suelo.

—Es hermoso.

—Es para ti.

La música cambió de gala. En esta ocasión varios nobles se sumaron al baile.

El rey me apartó de la multitud y me llevó hasta donde estaban el duque y la hermana. Ella le sonrió, le sonrió mucho y eso, no me gustó.

Gracias por entender, Aldor, Amena. Estaré siempre agradecido.

—Me hace feliz saber que ha encontrado el amor, majestad—dijo ella y le hizo una reverencia.

Bajé la cabeza. No entendía nada.

—No le ha dicho ¿verdad? —continuó ella.

—No he tenido el tiempo.

— ¿De qué habla? —dirigí mi pregunta a Esteban.

—Lo sabrás pronto—me dijo y Aldor le puso una mano sobre el hombro para llamar su atención.

—Acuérdese de lo que dije ayer, alteza. El futuro de esta tarde es demasiado incierto.

—No te preocupes, Aldor. Estaré pendiente.

El duque hizo una reverencia y tomando a su hermana de la mano se alejó hacia el baile.

—Quiero saber lo que está pasando ¿Qué es eso de duquesa?

—Un título nobiliario.

—Sé lo que es y también sabes que no es la respuesta que quiero.

—Al norte, unas tierras extensas que sufren por todo el año la crueldad del invierno. Solo existe un noble en estas lejanías, una hermana de mi abuelo. Desde la muerte de él, ella no hecho apariciones en la sociedad, así que no es muy conocida. Hace unos días ella vino de visita al palacio.

— ¿Y qué tengo que ver con todo esto?

—En cuanto Aldor le tomó la mano aquel día, vio claramente su muerte. Es probable que haya algún mensajero en camino para darme la noticia. Su esposo e hija murieron hace años, así que te estoy otorgando su título.

— ¿Qué? No puede hacer eso.

—Sí que puedo. Soy el rey. Además, eres la reencarnación del fénix, lo que significa que tienes sangre noble corriendo por tus venas. Recuerda esto. A partir de ahora, serás reconocida como su nieta. Y como única heredera de la duquesa, tomarás su título. Imagino que todos dejaron sus ojos pegados a ti en cuanto hicieron tu proclamación.

—Eso no es todo ¿verdad?

—No seas tan impaciente, Serena. Por ahora, socializa. En este baile están todos los nobles del imperio.

—Majestad—repentinamente escuchamos una voz. Era un hombre de pelo negro, vestía una máscara negra y un uniforme militar, se trataba del traje tradicional de los caballeros, e incluso llevaba su espada—duquesa—nos hizo una reverencia y en cuanto alzó la mirada, sonrió.

—Criss—dijo el rey que lo había reconocido enseguida.

En ese momento, junto a Criss, apareció otro joven con vestimentas similares y una máscara azul.

—Majestad—saludo con cortesía—y madame.

—Alan—el rey hizo mención al caballero y lo miró a los ojos— ¿Cómo han ido sus labores?

—Bien, majestad.

—De hecho, los levantamientos rebeldes se han apaciguado de repente—dijo Criss—. Me gusta tomarme un descanso, pero no me da buena espina.

—A mí tampoco Criss—dijo el rey—todos los levantamientos estaban muy distantes unos de los otros y demasiado coordinados.

—Una distracción para mantenernos fuera de palacio y separados a la vez.

— ¿Dónde está el príncipe, majestad? —Dijo Alan—Lo he estado buscando, pero no lo he visto.

—Saben cómo es. Generalmente entra si ser anunciado. Debe estar en una esquina. Probablemente, mirando a las jóvenes—dijo el rey y me miró por el

rabillo del ojo, al parecer, esperando alguna reacción de mi parte.

—Entonces ¿era usted la dama de ese día? —me dijo Criss.

—Me temo que no lo entiendo, caballero.

—En la sala del trono, junto al rey. Estoy seguro que no hay muchas mujeres con un pelo tan llamativo como el suyo. No imaginé que sería la heredera de la duquesa.

Bajé la mirada ante su comentario. No sabía que decir.

—Majestad—se acercó un sirviente al rey y le entregó una nota.

El rey leyó la nota, luego la estrujó con su puño y se la devolvió al sirviente.

—Puedes retirarte.

El sirviente hizo una reverencia y se fue.

— ¿Es algún problema? —dijo Criss.

—Ninguno en realidad—dijo y me miró—nada que ya no supiera.

Capítulo: 7

— ¿Cuándo anunciará el compromiso, alteza?

—No se te escapa una, Criss.

— ¿Cómo cree? Aun no sé quién es la afortunada—me miró— aunque ya me estoy haciendo la idea y debo confesar, que no era lo que había imaginado.

Siempre creí que usted y el duque terminarían siendo familia.

Cuando escuché al caballero el corazón me comenzó a latir con fuerza.

—Esteban—sujeté su mano—quiero saber.

Él me sonrió.

—Vamos, Alan—escuché decir a Criss—No molestemos a la pareja.

—Me gustó que me llamaras por mi nombre.

—Por favor, dime.

—Ya te lo dije, Serena. Todo a su tiempo.

—Pero...—llevó un dedo a mis labios.

—No tendrás que esperar mucho. Solo no te muevas de aquí.

Caminó hacia las escaleras y subió unos cuantos escalones. Dio tres fuertes aplausos y todos los nobles le prestaron atención enseguida.

— ¡Sé que muchos, por no decir todos, saben el motivo de este baile! ¡Es una tradición celebrar un baile de máscara para anunciar la integración o el compromiso de cualquier miembro de la realeza! ¡Todos se deben preguntar cuál es la afortunada, o sí he acertado a la hora de elegir a la dama para el baile de apertura! —Terminando de decir estas palabras se extendió un murmullo en el salón— ¡Quiero que todos la conozcan...!

Mi cuerpo se sintió tenso de momento y simplemente dejé de escuchar.

—Estás hermosa, Serena—escuché decir a Edgar en mi oído, pero en cuanto me volteé, ya no estaba.

— ¡Esa mujer es...!—el rey extendió su mano hacia mí.

Todos aquellos hombres y mujeres me miraron. En ese preciso instante, cuando creí que el pecho se reventaría, una nueva voz resalto en el salón.

—¡¡Hay que ver cuánto has cambiado para creerlo, Esteban!!

Un hombre de traje y máscara negra se abrió camino entre la gente. No pude

verle el rostro por la máscara, pero si su pelo castaño y un cómico sombrero de copa circular. Esteban lo miró con los ojos y el ceño fruncido.

— ¡¿Cómo se atreve a hablarle de esa manera al rey!?! —dijo Aldor que surgió de entre la gente y se acercó a los escalones.

—Usted nunca cambia, Aldor.

“Esa voz... me resulta familiar”

El extraño se despojó de su sombrero y luego de la máscara y los tiró al suelo.

—No tiene sentido común—continuó.

Desde donde estaba, solo podía ver su espalda.

“Creo que es..., no, podría jurar que es la voz de...”

— ¿Aster? —dijo el rey y yo me quedé como una piedra.

—Han pasado más de quince años pero aun me recuerda. Eso me alaga, majestad.

El duque miró al rey confuso, así como estábamos todos en el salón.

— ¿Lo conoce, majestad?

—Lo conozco. Éramos dos niños la última vez que lo vi ¿Cómo pudiste entrar, Aster?

—No tengo por qué responderle eso.

— ¡Pero a mí sí! —dije furiosa y atravesé la multitud para verlo a los ojos.

—Serena ¡qué sorpresa!

— ¡¿Cómo entraste y que pretendes, Aster!?

—Eso no importa. Ya déjense de preguntas tontas y escuchen atentamente lo que voy a decir—me miró a los ojos—No quiero lastimarte, Serena, así que sale de aquí. Aléjate lo más que puedas que cuando regreses... yo seré el soberano y rey de estas tierras.

Los ojos de Aster, no parecían los de siempre y eso, me asustó.

— ¿Qué quieres decir, Aster? ¿No estarás pensando...?

—He esperado largos años por esta oportunidad. El momento en el que toda la nobleza y los caballeros se reunieran en un mismo punto.

— ¡BASTA! —Dijo el rey— ¡Explícame tu relación con él, Serena! ¿Qué tienes que ver con todo esto?

—Esteban... él es... es mi hermano de sangre, pero no sabía nada de esto.

Sé que estaba enojado y que pretendía gritarme, pero antes de hacerlo, Aldor lo sostuvo por el hombro y le susurró algo al oído.

—Gracias, Aldor—dijo y miró con agresividad a Aster— ¿Qué planeas hacer?

—Creo haberlo dicho ya. Te derrotaré, y me convertiré en rey.

— ¡Estás loco! —dije.

— ¿Eres consciente de lo que estás diciendo? —dijo el rey y descendió un escalón.

—Por cada palabra.

— ¿Llamo a los guardias, majestad? —dijo el duque.

—No hace falta.

Todos los caballeros brotaron de entre la multitud, se despojaron de las máscaras y rodearon a Aster.

—Sal de aquí, Aster, y olvidaré esta ofensa.

—Es lo único que has hecho estos años, Esteban, olvidar. Igual que tu familia.

—No necesita escuchar a esta persona, majestad. Solo necesitamos su orden —dijo Criss.

El soberano alzó su mano imponiéndoles un alto a los caballeros.

— ¿Qué quieres decir? —dijo el rey.

—Estuvimos juntos toda la niñez, podría jurar que fui tu único amigo, pero me ignoraste en cuanto murió tú abuelo y tú padre me echó fuera. ¿Nunca te pareció extraña la muerte de tu abuelo? Era un hombre aun fuerte y saludable.

— ¿Qué insinúas?

— ¡No se deje manipular, majestad! ¡No necesita hurgar en el pasado! —
Intervino el duque.

— ¡DIME! —Exaspera el rey.

—Solo intenta confundirlo—dijo Aldor—Siempre ha confiado en mí, alteza, y nunca le he fallado. Confíe nuevamente, por favor.

Aster se ríe a carcajadas.

—Sabes mentir bien, Aldor.

— ¿Qué te hace pensar que puedes tomar el trono? —Dijo el soberano—Tú, un plebeyo.

— ¿Nunca te preguntaste por qué tú abuelo me llevó al palacio? Él iba a elegir de entre los dos al más adecuado para el trono.

—Imposible.

— ¿Por qué crees que tú padre me echó en cuanto murió? Pero yo ya había averiguado cada cosa. Gracias a mi habilidad tuve acceso a todos los registros históricos y a los documentos prohibidos de la biblioteca. Descifré todo en cuanto mi abuela murió y nos dejó esas cartas—me miró. En seguida supe de lo que hablaba.

—La abuela no dijo nada que tuviese que ver con la realeza en sus cartas, Aster.

— ¿Realmente crees que te permitiría verlas todas? Eras demasiado ingenua para comprenderlo, aun lo eres.

—Solo vete, Aster. El rey aun está dispuesto a perdonarte.

— ¿No quieres saber la verdad? ¡Todos estos nobles merecen saberla! —alzó

ambas manos y giró sobre sus talones—Hace ciento cincuenta años ¿quién mató al fénix? —Se extendió un murmullo—Un virtuosos caballero, es lo que todos dicen ¿pero quién era?

— ¡Son solo tonterías! —Dijo el duque— ¡Nada de lo que diga cambiará algo!

Aster hizo caso omiso a las palabras de Aldor y continuó.

— ¡Ese caballero... era el príncipe heredero, el futuro rey! ¡Gracias a su valía, no solo pudo derrotar al fénix, sino que salvó a su hermano! ¡Fue por su causa, que todos son lo que son ahora! ¡El príncipe prometió liberar a las tierras del norte del invierno con el poder que obtuviera del fénix y eso hizo! ¡Junto a su esposa se dirigió al norte y levantó un castillo! ¡Luego de algunos años el rey fue asesinado y seguidamente el príncipe heredero! ¡El segundo príncipe los mató! ¡Así, al ser coronado, creó esta ley “Solo el más fuerte de los hombres, puede sentarse en el trono”! ¡Luego despojó a la esposa de su hermano de todos los bienes y la obligó a integrarse a la plebe!

—Ahora, dime Aster—el soberano bajó las escaleras definitivamente— ¿qué juegas tú en todo esto?

—Resulta que esa mujer esperaba un hijo del príncipe heredero y la pequeña que dio a luz... era mi abuela. Ella heredó el mismísima poder del fénix, antes de Serena.

—Así que quieres reclamar el trono basado en eso.

— ¡SOLO QUIERO LO QUE SIEMPRE FUE DE MI FAMILIA!

— ¡ENTONCES...—dijo el rey con el ceño fruncido— ¿acaso fuiste tú quien movió los hilos tras el asesinato de mi padre y sus hermanos, fuiste tú quien ha obligado a varios nobles a actuar contra la familia real, fuiste tú quien ha robado al pueblo y fuiste tú, quién incitó las constantes rebeliones QUE PROVOCARON LA MUERTE DE CIENTOS DE INOCENTES?!

—¡Esteban, Esteban, Esteban! Hablas como si fueses un santo. Solo buscaba poder. Era necesario para recuperar lo que me pertenece.

— ¡Fuiste tú entonces! —grité horrorizada. No podía creer que se trataba de mi hermano— ¿Cómo pudiste, Aster? ¡¿Cómo pudiste?!

—Es por estas cosas que digo que eres ingenua. Hay que hacer mal para alcanzar un bien mayor.

— ¡Un bien para ti quedarás decir!

—No. Te equivocas. Para ti también y para nuestros padres ¿o acaso ya no recuerdas todos los problemas que hemos sufrido?

—Pero no esto lo que quiero, y sabes de sobra que ellos nunca lo aceptarán.

— ¡Ya no necesito escuchar más! —Dijo el rey—Espero que en la cárcel recapacites sobre esto, Aster, o mejor dicho, Asteron—hizo una señal a los caballeros.

— ¿Realmente crees que vine a hacer una historia y ya, Esteban? —Dijo sonriente— ¿Tanto confías en tus caballeros? Podrían morder la mano que les da de comer.

—¡¡Llévenselo!! —dijo el soberano con ira.

Los caballeros rodearon a Aster y la nobleza tomó distancia por si la situación se salía de control. Dos de ellos se acercaron para sujetarlo y sacarlo del salón, pero antes de que todo finalmente ocurriera, Aster, chasqueó los dedos. En ese preciso momento los caballeros se detuvieron, empuñaron sus espadas, y las dirigieron al rey.

— ¿Qué les hiciste, Aster?

—Solo... les impuse algunas órdenes, y sí no recuerdo mal, no fueron los únicos que toqué—chasqueó nuevamente los dedos y todos los hombres y mujeres, incluyendo al duque, se volvieron hacía el soberano. ¿No vendría a la boca del lobo si no tuviera un plan para enfrentarte?

—Sabes que ni con el apoyo de toda la nobleza, podrás derrotarme.

— ¿Por qué? Porque tienes el poder del cuerpo y la sangre. Ahora mismo... eres débil.

Esteban enfureció.

— ¡Un gusano cómo tú nunca me derrotará! ¡Sí querías confiar en la capacidad de otros para vencerme... fallaste! —Levantó la mano en dirección a Aster—¡¡Llévatelos, ahora!!

En ese instante, vi a Edgar aparecer a un lado de la madame y Luis. Estaban confundidos.

— ¡Hay una barrera alrededor del salón! —Dijo Edgar— ¡Los guardias no pueden pasar!

— ¡No harán falta! —Dijo Esteban y en cuestiones de segundos congeló a Aster y a todos los nobles.

Enseguida volví a mirar hacia la madame y Luis, pero ya no estaban.

— ¿Serena? —Escuché la voz de la madame a mis espaldas. Me giré—
¿Estás bien?

—No se convirtió en una estatua de hielo—dijo Luis sorprendido.

— ¿Por qué no los dejaste fuera? —Le dije a Edgar.

— Todo fue muy rápido, no puedo llevar a dos personas más lejos que esto.

—Ya todo estará bien—dijo el soberano, pero de repente, sentimos el hielo de la estatua de Aster quebrarse.

Una sonrisa perversa se extendió en el salón y acto seguido, el hielo restante se quebró también.

— ¡No será tan fácil, Esteban!

Esteban miró a Aster con los ojos bien abiertos. Por primera vez lo vi verdaderamente sorprendido. Miré alrededor y noté que los sirvientes que se encargaban de llevar las bandejas por todo el salón aun estaban congelados. Ya que solo eran plebeyos sin poder alguno, Aster no le di la más mínima importancia, estoy segura que había pensado lo mismo de la madame y Luis.

—El veneno no te pudo matar, pero aunque no lo hiciera, estaba seguro de

que ayudaría con el tiempo y más, sí Serena fue quien te sanó.

—Aun puedo luchar.

—Solo retrasaras lo inevitable ¡Mátenlo!

La muchedumbre se fue encima del soberano, pero antes de que lo cubriera, Edgar apareció a su lado con dos espadas.

—Esto es para que nunca la vuelvas a olvidar—dijo Edgar y le cedió una.

—No me voy a dejar vencer, Edgar, pero no puedo lastimar a esta gente, ni siquiera están conscientes de lo que hacen—dijo y llevó la espada a su cinturón.

El rey alzó las manos y antes de que siquiera lo tocaran, creó dos enormes paredes de hielo que llegaban al techo. Fue separando las paredes de tal forma que los nobles fueron arrastrados por ellas. En seguida las paredes también comenzaron a quebrarse y los nobles siguieron adelante como muertos vivientes.

— ¡NO SE LOS VOY A PERMITIR! —Dijo la madame. Era como mucho la segunda vez que la escuchaba alzar tanto la voz.

Un número incontable de ramas destruyeron los ventanales de cristal y se introdujeron en el salón. Sujetaron a los nobles por los brazos, piernas e incluso por el cuello, dejándolos inmóvil.

“Me gustaría ayudar, pero solo destruiría el lugar y lastimaría a la gente”

De repente, vi a Edgar correr hasta uno de los nobles que al parecer tenía la habilidad de atravesar las cosas. En seguida, el noble se convirtió en una estatua de hielo, al parecer mucho más resistente.

Edgar se volvió hacia Esteban. Estaba agotado. En ese preciso instante Criss se le fue encima, al parecer había logrado escaparse de las ramas. El caballero hizo aparecer de la nada dos tentáculos de agua y atacó a Esteban, pero antes de tocarlo, fueron reducidos a trozos de hielo.

Aster se acercó al rey e intentó atravesarlo con una espada, una pared de

hielo se alzó frente a él y se lo impidió. Criss se dispuso a atacar nuevamente, pero antes de hacerle daño al soberano, un trozo de hielo lo golpeó a toda velocidad haciéndolo volar hasta impactar contra la pared a mi espalda. El caballero, no se volvió a levantar.

Sentí un nuevo chasquido de dedos, sabía que algo más cambiaría pero luego de mirar a todos lados, no noté diferencia.

Edgar estaba luchando frente a mí contra otro caballero que se había escapado de las ramas. Este podía crear feroces ráfagas de viento que repercutían en todo el salón, aunque con la capacidad Edgar no se hizo un problema difícil de manejar.

— ¿Qué le sucede al rey? —dijo Luis que estaba a mí lado—Solo se ha estado defendiendo.

—Es mi culpa.

— ¿Por qué dices eso?

—El día que lo envenenaron fui yo quien lo ayudé, puedo curar cualquier cosa pero dependiendo de la gravedad del problema, la persona se puede debilitar por días e incluso semanas.

—Así que es eso—dijo Luis y lo miré. Se tornó pensativo de tal manera que parecía encerrado en una burbuja.

—Es difícil sostener a tantos—dijo la madame y de repente abrió los ojos inmensos hacia mí— ¡CUIDADO, SERENA!

Uno más de los caballeros se había librado de las ramas y pretendía lastimarme con su espada. Gracias a la advertencia, logré esquivarlo.

— ¡Necesito una espada! —dije y me coloqué en posición de defensa frente a mí atacante.

En seguida una de las ramas me entregó un arma. Al parecer, pertenecía a uno de los caballeros.

— ¡Oh! Una de estas es mucho más pesada.

Rasgué mi vestido y dejé mis piernas al descubierto para permitirme mayor destreza. En ese momento, pensé que Rosa me mataría. Las hojas de nuestras espadas resonaron, retuve cada ataque del caballero con dificultad. En un momento determinado le di en una pierna pero la espada rebotó, como si su cuerpo estuviese hecho de una goma bien resistente. Esa era su habilidad.

Tomé distancia y lo miré detenidamente.

Un caballero era difícil de enfrentar, pero no tenía tiempo para debatir lo que podía o no podía hacer ya que se había lanzado hacia mí. Esquivé el ataque pero enseguida, se volvió a emprender contra mí, en esta ocasión tuve que retener la espada con la mano hasta el punto que casi pierdo los dedos. Sujeté la muñeca del caballero con la mano disponible y le prendí fuego. El caballero dejó caer la espada y se comenzó a quejar por el dolor, en ese instante, con toda la fuerza disponible, lo golpeé con la empuñadura en el centro de la cabeza y calló inconsciente.

Con la respiración a tope miré a la madame. Estaba concentrada en impedir que los nobles se escaparan de las ramas.

— ¿Estás bien? —Reapareció Edgar a mi lado—A ver esa herida.

—En seguida se me cura—dije y le enseñé la mano.

—No veo que sane, Serena.

—No entiendo por qué no...—dije y me detuve al ver que de repente me comenzó a sanar. Era más lento de lo acostumbrado.

Miré hacia la batalla entre Aster y Esteban. El rey respiraba con dificultad y sobre todo, parecía agotado.

— ¡Aster, por favor detente! —Dije— ¡Te lo pido!

— ¡¿Realmente crees que me detendré en este punto?! ¡Ya no hay vuelta atrás! —dijo y se lanzó hacia el soberano.

Su encuentro con las espadas no parecía tener fin, y a Esteban le costaba mantenerse de pie. Lo noté tambalearse en varias ocasiones y parecía incapaz

de usar su habilidad para crear hielo. Tenía miedo, mucho miedo.

— ¡Ya sé! —Dijo Luis de un momento a otro— ¡Sé que hacer para que el rey se recupere!

— ¿Lo sabes? —Edgar parecía desesperado— Sí lo sabes, dímelo rápido. Al parecer Alan creó una barrera alrededor de ellos, y conociendo a Esteban como lo conozco, jamás me dejará sacarlo de allí a menos que derrote a Aster.

—Pienso—dijo Luis y me miró—que tu habilidad acelera y da más poder a las células incluyendo los anticuerpos, permitiéndole al ser vivo regenerarse o reparar cualquier daño en cuestiones de segundos. A cambio, exige una recuperación lenta por la absorción veloz de energía, debilitando la habilidad o el mismo estado de salud por un tiempo.

—Luis, ¿puedes ir al punto?

—Yo mismo puedo ayudarlo, solo necesitas meterme allí dentro y darme un minuto

—Será difícil, debo encargarme de Aster hasta que tú termines. Es bueno con la espada y si me toca... —Tomó a Luis con una mano y con la otra, mantuvo la espada en guardia— ¡Ve! —dijo Edgar, pero en esta ocasión, ya estaban dentro de la barrera.

Luis enseguida corrió hasta el emperador y Edgar, se dispuso a enfrentar a Aster.

—Puedo ayudarlo, majestad—dijo Luis.

—Has lo que sea, pero que sea rápido.

— ¡Si, majestad! —Llevó sus diminutas manos al pecho de Esteban y cerró los ojos en busca de concentración.

— ¡Nooooo! —Dijo Aster abalanzándose con brutalidad contra Edgar— ¡APARTATE EDGAAAR!

Edgar no se dejó intimidar aunque le era difícil mantener su posición. No podía darse el lujo de retroceder.

El rostro de Luis comenzó a sudar y la respiración se le volvió torpe.

—Alteza...cualquiera en su situación... estaría muerto hace tiempo—dijo el niño con las pocas fuerzas que le quedaban y cayó inconsciente.

— ¡Edgar! ¡Llévalo a que lo atiendan! —dijo el rey. Edgar apareció a su lado, agarró a Luis en sus brazos y desapareció.

El rey respiró profundo, recobró su postura y miró a Aster con los puños bien apretados.

—Sé que aun no te has recuperado del todo—dijo Aster.

—Tienes razón, pero ahora por lo menos me puedo mantener de pie. ¡Serena!

—Me llamó sin apartar la mirada de Aster—Es probable que me salga de control. Necesito que calientes la sala lo más que puedas.

— ¡No te voy a dejar, Estebaaaan! —Dijo, y arremetió contra el soberano.

Respiré profundo y comencé a liberar todo el calor que pude. Necesitaba tiempo y sabía que Esteban estaba al tanto de eso. En cuanto comencé, los nobles que aun se resistían contra las ramas dejaron de moverse y cayeron inconscientes.

Las ramas se comenzaron a recoger y volvieron por los ventanales. Entonces las barreras, también desaparecieron. El duque Aldor, que al parecer había vuelto en sí, puso una mano en mi hombro y me dijo:

—Detente, es suficiente.

Liberar tanta energía en tan poco tiempo me debilitó y mis piernas me dejaron en el suelo, eso me hizo preguntarme que tan resistente era el soberano.

El rey y Aster aun estaban en pleno encuentro de espadas. En cierto momento, Aster encontró una abertura y logró poner una mano sobre el hombro de Esteban.

Me asunté y me puse en pie enseguida. Creí que también le lavaría el cerebro.

Aster rápidamente retiró la mano al ver que el hielo se entendía por su brazo.

— ¡Ahora me obedecerás, así como el hombre obedece a su cabeza! —dijo y sonrió.

El soberano frunció los ojos hacia él.

—El fénix era un animal, Aster—dijo e hizo retroceder a su contrincante—y un animal... se guía por su instinto—hizo surgir del suelo una hilera de hielo bien puntiaguda. Aster retrocedió rápidamente y los evitó. Sentí alivio.

Era una tonta al pensarlo, pero no quería que ninguno de los dos terminara herido o peor, muerto, así que tenía que hacer algo también. No podía seguir mirando.

—Yo te ayudaré, Esteban, pero no lo mates, por favor. A pesar de todo, es mi hermano.

Esteban me miró unos segundos, pero luego me ignoró.

Escuché otro chasquido, sabía que era un truco más, así que me mantuve alerta.

—Serena—escuché nuevamente la voz de Aldor a mis espaldas y sentí que algo me atravesó el estómago. Puse una mano allí, estaba empapada de sangre.

Miré a Esteban. Se paralizó cuando me vio en aquel estado. Sus ojos comenzaron a llorar. En ese momento, no creí que lo vería así.

—Sabía que no serías un buen apoyo—Escuché vagamente decir a mi hermano—te advertí que salieras de aquí, pero nunca escuchas.

Me sentía tan débil que caí de rodillas al suelo y finalmente todo mi cuerpo se derrumbó. Nunca me había sentido tan vulnerable.

—¡¡MALDITO ASTEEER!! —esas fueron las ultimas palabra que pude escuchar.

—...despierta. Serena, despierta por favor—alcancé a escuchar la voz de Esteban—Ya me siento fuerte, ya me siento invencible así que deberías estar bien. Tienes que estarlo. Por favor, por favor... no mueras—abrí mis ojos lentamente. Aun no podía ni sentir mi cuerpo.

El mantenía mi cabeza sobre su regazo y me acariciaba el cabello. De repente comencé a sentir unas cosas frías en el rostro. Eran diminutos granos de hielo. En cuanto recobré la conciencia completamente, se volvieron líquidos al instante.

“Está llorando”

—Este...Esteban—logré murmurar, y en cuanto me vio, me abrazó y me regaló una sonrisa.

Traté de ponerme de pie. Ya que las fuerzas no me acompañaban, me ayudó.

— ¿Te sientes mejor?

Asentí

— ¿Segura?

—Sí.

— Como Luis estaba inconsciente también, creí que...—tragó en seco—creí que te había perdido.

Le sonreí y le di un beso. Él me sujetó las caderas y me mantuvo aferrada a su cuerpo.

— ¿Cuánto tiempo llevo así?

—Un largo rato—dijo y me besó el cuello—Le pedí a todos que nos dejaran solos.

— ¿Dónde está Aster?

Esteban bajó la cabeza. No parecía que quisiera contestar.

Miré alrededor y vi una estatua de hielo cerca de las escaleras. Era mi hermano.

—Si lo ayudo, él estará bien ¿verdad?

Me abrazó con fuerza, pero no me respondió.

—Responde, por favor.

—No pude controlarme. Ahora solo es hielo, Serena—me dijo al oído, y los pensamientos se me cerraron. No quería creer lo que estaba diciendo—En la mañana mandaré el cuerpo a tus padre para que le den un entierro apropiado.

Instintivamente lo aparté de mí.

— ¡¿Cómo puedes decirme algo así, así!?

—No cambiaría nada.

— ¡Ni siquiera lo sientes!

—Sí lo siento, Serena. Lo siento por ti—me extendió una mano—Ven. Yo te voy a consolar.

— ¡No necesito de eso! ¡¿Por qué lo mataste, Esteban!?! ¡¿POR QUÉ?!

— ¡ÉL ERA UN MALDITO! —Explotó de repente— Estaba dispuesto a sobrellevar su imprudencia, pero se sobrepasó al lastimarte. Se atrevió a hacerte eso aun sabiendo que eras su hermana ¡Saca tus propias conclusiones!

— ¡Si hubiese querido matarme, hubiese ordenado que me arrancaran la cabeza! ¡Algo así no me iba a matar y él sabía perfectamente eso!

— ¡Es precisamente por qué no la sabía que perdí el control! ¡¿Es que no has entendido nada?!

— ¡¿Qué tengo que entender?!

— ¡Soy tu escudo, maldita sea! ¡Si estoy débil, te vuelves vulnerable y no puedes regenerarte como siempre! ¡PODRÍAS HABER MUERTO! —Tras aquellas palabras tenía la respiración agitada. Tragó saliva y frunció los ojos hacia mí—No me arrepiento de nada. Sí lo pienso mejor, esa persona solo se interpondría entre ambos.

Lo miré con los ojos llenos de lágrimas.

—Al parecer, ya lo hizo—dije con un nudo en la garganta—Lo siento, Esteban, quizás esté en un error pero necesito espacio, necesito alejarme. Siento que seguirte amando sería una estupidez después de todo esto.

—Serena...

— ¡No te acerques! —Me quité el brazalete y lo tiré al suelo— ¡No quiero estar cerca de ti! ¡No ahora!

Subí las escaleras corriendo. No paraba de llorar. Él no me detuvo y eso fue suficiente para saber que lo comprendía. Abandoné el salón, rodeé el palacio y continué hasta llegar a las caballerizas.

Me encontré con Juan. Era ya de noche pero aun estaba limpiando.

—Oye ¿estás bien?

—Sí, Juan—me limpié el rostro y me tragué las lágrimas.

—Estás toda llena de sangre ¿estás segura?

—No estaría de pie frente a ti de no estarlo.

—Estabas en el salón ¿verdad?

Asentí.

—Los guardias estaban alborotadas aquí afuera. Al parecer no podían entrar ¿Le sucedió algo al rey?

En cuanto hizo la pregunta, volví a llorar. Creí que me ahogaría si seguía conteniendo el llanto.

— ¿Enserio estás bien? ¿Puedo ayudarte en algo?

—Dame un caballo, Juan, por favor.

—Serena, sabes que no puedo hacer eso.

— ¡Solo dámelo!

—Pero...

— ¡Dáselo! —Dijo Edgar que apareció a espaldas de Juan.

— ¡Alteza! —Dijo Juan sorprendido y le hizo una reverencia—Voy a ensillarlos y se los traigo enseguida.

Yo mantuve la cabeza gacha mientras lloraba, pero sé que Edgar me estaba mirando. Se dio la vuelta, pero antes de que desapareciera lo detuve unos segundos.

—Gracias, Edgar—dije y en ese instante, desapareció.

Mientras cabalgaba hacia la casa no paraba de pensar en mis padres ¿cómo les daría la noticia? ¿Cómo reaccionarían? Estaba segura que a mi padre se le reventaría la garganta, pero mi madre no dejaría de llorar.

Cuando estuve frente a la puerta, no supe si tocar o no. Sequé mis lágrimas y me preparé para encararlos. Mi madre se lanzó encima de mí para abrazarme y enseguida se preocupó por la sangre y el estado del vestido. Les repetí un sin número de veces que estaba bien, hasta que decidí que era el momento de decirles. Cuando les di la noticia, ninguno de los dos podía creer en mi palabra. Yo tenía los ojos rojos e hinchados de tanto llorar, eso hizo que mi madre se percatara que no estaba mintiendo, así que se desplomó en el suelo a llorar también. Sus gritos se escucharon toda la noche, y eso hizo polvo los pocos trozos que me quedaban del corazón.

Amanecí en mi vejeo cuarto, no había podido dormir en lo más mínimo, pensando, rogándole al pecho que dejara de doler.

Al siguiente día, unos guardias llevaron el cuerpo en un ataúd. Les pedí que devolvieran el caballo que había tomado de las caballerizas. En la tarde, enterramos a mi hermano justo al lado de la tumba de mi abuela, en un cementerio donde solo se enterraban los plebeyos. Mi padre, por primera vez había faltado al trabajo, lo que podía significar perderlo y además, debía pagar cincuenta monedas de plata por el espacio.

Manuel, un viejo amigo, fue con su familia y nos dio su pésame. Era un buen hombre y estaba dispuesto a acompañarnos por el resto de la tarde, pero mi padre, insistió en que los tiempos estaban demasiado malos como para cerrar el bar por nuestra causa.

El atardecer enrojecía el cielo y mi madre, aun lloraba sobre la tumba. A veces, la podía escuchar hablándole. Decidí alejarme y limitarme a observar. En cuanto a mi padre, estaba arreglando el pago del terreno con el encargado.

—Serena—escuché una voz melódica a mis espaldas. Enseguida supe de quién se trataba—Serena—dijo una vez más mi nombre y me abrazó.

— ¿Cómo... como llegaste aquí?

—Yo, la traje—dijo Edgar que apareció frente a mí.

—Gracias—traté de sonreír pero fue inútil— ¿Y cómo está Luis?

—Él está bien. Perdió el conocimiento porque le cedió todas sus fuerzas a Esteban.

—Es bueno saberlo—me resultó incómodo escuchar el nombre del rey así que mi respuesta pudo parecer algo seca.

— ¿Y tú? —Dijo Elena— ¿Estás bien?

—Con un poco de tiempo, lo estaré.

—La madame y Rosa, te mandan sus condolencias y esperan que la suerte te acompañe.

—Dale las gracias por mí. Diles que apreció mucho que me hayan apoyado todo el tiempo que estuvimos juntas.

—Vamos—Edgar tomó a Elena de la mano—ya es hora de regresar.

—Pero recién llegaron.

—De hecho, hace ya bastante tiempo que estamos aquí—dijo Edgar—pero decidimos que era mejor esperar.

— ¡Oh! Ya veo.

—Esto, te lo ha enviado mi hermano—me extendió una carta.

—No la quiero.

—Me dijo que si no la tomabas, él mismo vendría a decirte las palabras que

hay escritas.

—Es irritante—agarré la carta y apreté el papel con ganas de hacerlo añicos—
Gracias, Edgar, Elena.

—Nos vemos, Serena—dijo Elena, y desaparecieron de mi vista.

En la casa, en la habitación y sobre mi cama, decidí leer la carta. Una vez llegué, se me ocurrió la idea loca de echarla al fuego, pero algo en mi interior, me advirtió que no lo hiciera.

“Serena, no dejé de pensar en ti toda la noche, en tus ojos llorosos y en la cara de dolor y odio que me mostraste con tus últimas palabras. Estoy loco por hacerlo, pero no lo haré, no pediré que regreses por qué sé que no estas preparada para enfrentar estos sentimientos. Sin embargo, si te rogaré que no me odies. Maldíceme hasta el cansancio si quieres, pero no me odies. Muchos dicen, que del odio nace el amor, y quizás sea cierto porque no puedes negar que un principio me aborrecías, pero yo probé de primera mano que solo seca las emociones hasta volverlas polvo. Te aseguro algo, un día volveré por ti, cuando crea que el tiempo que nos haya separado sea suficiente. No importa a donde vallas, no importa que tan lejos sea, te encontraré, Serena.”

Capítulo: 8

Ha pasado más de un año desde aquello, pero obligo a mi mente recordar cada detalle de esos días. Aunque me proporcionaron dolor, sobre todo, fui feliz.

Abro una cajita que tengo en las manos. Dentro, conservo los aretes de la madame. Extraño esos momentos junto a ella, Rosa y Elena.

Ahora vivo en las tierras del norte. Mi madre me dio gran parte de las cien monedas de oro que guardaba y me mudé a una casita en un pequeño pueblo.

Escucho la puerta abrirse y levanto la mirada.

—Hola, Serena—entra una anciana con un bastón. Se trataba de la vieja Chayo—Sé que es un poco tarde, pero ¿tienes un poco de pan suave para mí? Me gustaría que la tienda estuviese en el centro del pueblo para venir más seguido. No tengo ni siquiera nietos que me hagan el favor.

—Yo lo haría, Chayo, pero ahora estoy más ocupada que nunca. ¡Ah! Y claro que tengo pan suave. Sabe que siempre le guardo el suyo.

¿No lo dije? Creo que no he tenido oportunidad. Abrí una pequeña panadería y me gano la vida. No es mucho, pero da para que vivamos.

Escucho el llanto de un bebé y enseguida me pongo alerta.

—Aquí tiene, Chayo—Le entrego el pan envuelto en una bolsa de papel y casi lo dejo caer por el apuro—Disculpe.

—Descuida, muchacha. Tú ve a atender a tu bebé. Yo cuido aquí hasta que vuelvas.

—No demoro, Chayo—le sonrío y salgo a correr hasta el cuarto.

Tengo la cunita al lado de mi cama. Me acerco y le sonrío.

—Hola bello. ¿Estás feliz con mamita? ¿Eeeh? Mira como sonrías.

Cuando descubrí que estaba embarazada, tuve miedo. No creí que estaría preparada para ser madre. Pero ahora estoy muy feliz de tenerlo, y más cuando se parece tanto a él.

— ¿Quieres comida, pequeño? —Lo cojo entre mis brazos—Tengo algo rico para ti.

Vuelvo al mostrador con el bebé.

—Ha crecido fuerte—dice la vieja Chayo con una sonrisa—Me siento orgullosa de ser mujer cuando te veo, Serena. Tan joven y saliendo adelante en esta sociedad.

Recuerdo cuando llegué, sola y embarazada. Hablaron mucho de mí en el pueblo y más cuando abrí la tienda. En un principio no venía prácticamente nadie, pero luego... todo cambió. Han pasado unos meses desde que estoy aquí, el invierno se ha ido milagrosamente y no ha vuelto. Algunos aldeanos creen que se debe a mí y gracias a mi pelo, me comenzaron a llamar “La llama de Dios” Piensan que Dios me envió para librarlos del invierno.

Estiro la mano hacia un recipiente cubierto con una tela blanca sobre el mostrador. Ahí tengo puré de manzana. Al bebé le encanta.

—Gracias Chayo—digo y agarro una cucharita de un cucharero que tengo en la esquina del mostrador.

Ya que la casa es pequeña y la tienda se lleva la mayoría del espacio, tengo todo al alcance.

—No fue nada. Toma—me extiende unas monedas.

—No hace falta, Chayo. Considérelo un regalo.

—Tengo siete hijos varones que traen dinero a la casa y tú trabajas mucho para sobrevivir. Tómallo—me deja el dinero sobre el mostrador—Nos vemos bebecito lindo—dice Chayo con una mueca y sonrío—Nos vemos, Serena.

—Vuelva cuando quiera, Chayo.

El bebé se duerme en mi pecho, como siempre, y luego de darle un beso lo pongo en otra cunita improvisada que tengo cerca del mostrador. Mientras atiando la tienda debo cuidarlo todo el tiempo y debe estar a la vista.

Escucho la puerta nuevamente y alzo la mirada con una sonrisa.

— ¿En qué puedo...?—La sonrisa se me esfuma en cuanto veo a Edgar.

—Serena ¿eres tú?

— ¿Qué haces aquí, Edgar?

Mira hacia la cunita improvisada, arruga el ceño y me vuelve a mirar. Al instante, desaparece.

Dos días pasaron desde que vi a Edgar. Hoy no ha sido un día con muchas ventas y lo mismo ocurrió ayer y anteayer, estoy comenzando a preocuparme. Habrá algo mal con mi pan.

Me estoy dirigiendo a la puerta, es tarde y ya debo cerrar, aunque primero echaré una ojeada fuera, no quiero cerrarle la puerta en la cara a nadie.

Cuando abro la puerta, lo primero que veo son dos finas botas negras. Deslizo mi mirada por el cuerpo de la persona frente a mí, y el pecho me comienza a apretar. Primeramente veo sus labios, esos rosados labios y luego, me quedo pegada a sus bellos ojos azules.

—Serena—Inclina un tanto su cabeza y su cabello plateado se rueda hacia una de sus mejillas.

Reacciono e inmediatamente intento cerrar, pero antes de lograrlo, pone una mano en la puerta y me lo impide. Me alejo, y él entra a la tienda definitivamente cerrando la puerta a sus espaldas.

—Te encontré, Serena—avanza unos pasos hacia mí y yo retrocedo.

—No quiero verte—digo mis primeras palabras con claro esfuerzo— ¡Vete de aquí!

—No me hagas esto, Serena, no se lo hagas a nuestro hijo. No me dejes fuera de su vida... ni de la tuya.

—Él no es tú hijo, Esteban.

— ¿Qué dices, Serena? —Camina hasta la cunita a un lado del mostrador y mira al bebé con una sonrisa—Es hermoso—me mira, comienza a aproximarse más y yo sigo retrocediendo—Nunca quise herirte.

—Es lo único que hiciste desde que te conocí.

—No lo puedo controlar. Las situaciones se me salen de control cuando te tengo en frente—sigue avanzando y yo intento alejarme más, pero antes de

hacerlo, me arrincona contra el mostrador.

—Esteban, por favor.

Me sujeta las caderas y me sube al mostrador. Apoya su cuerpo en el mío, su frente en mi frente y cierra los ojos.

—Te necesito, mucho—me dice. Me agarra fuerte por la cintura y me presiona más contra él—Quiero besarte—siento su aliento, jadeando—
¿Puedo?

¡Claro que puedes! ¡Quiero que lo hagas! Le gritaría eso si mi pecho me dejara hablar.

Deslizo mis manos por su pálido rostro y apoyo mis labios en los suyos. Es un beso dulce. Él parece satisfecho por unos segundos, pero luego se muestra impaciente y me besa con deseo y locura.

—Lo siento, Serena, no puedo esperar—dice y enrolla mis piernas en su cintura.

Rodea el mostrador y cruza la puerta.

—Es la segunda entrada—susurro en su oído.

Me lleva a la habitación. Se arroja a la cama conmigo y continúa besándome. Lleva sus manos a mi espalda y trata de desatarme el lazo del vestido. No lo logra así que lo comienza a rasgar. Afirmino mis manos en su espalda y sin percatarme comienzo a quemar su ropa. También estoy desesperada y lo deseo, lo deseo mucho, pero enseguida siento un descenso abrumador de la temperatura.

Llevo ambas manos a su rostro y lo detengo. Él tiene la respiración agitada y lo noto tragar saliva.

—Hace frío, Esteban, puede dañar al bebé.

—Lo intento, pero sabes que me resulta demasiado difícil.

—Entonces, no podemos seguir—digo e intento levantarme, pero antes de hacerlo me retiene aprisionando mis manos contra la cama.

—Puedo aguantarme, un poco.

Respira profundo y me besa despacio. Agarra los pliegues del vestido, ala de él dejándome completamente desnuda y luego lo arroja al suelo. Está de pie mirándome. No sé si es por el largo tiempo que llevo sin verlo, pero me siento avergonzada y me cubro los senos. Él se quita las botas, el chaleco, camisa, luego se quita el cinto, se desbotona el pantalón y lo desliza por sus musculosas piernas.

Sube a la cama y se posiciona sobre mí. Quita mis manos de sobre mis pechos, los mira y los besa, así continúa por mi cuello hasta llegar a mis labios.

Comienza a presionar sus caderas contras las mías y yo empiezo a gemir. Enrollo mis piernas en su cuerpo y comienzo a presionar también.

—Me gustan tus gemidos, Serena—me susurra, y mientras me enviste, me lame el cuello y las orejas.

El movimiento comienza a volverse salvaje. Sé que está al punto de estallar en la locura. A mí también me falta poco. Esteban apoya sus manos en el cabezal de la cama y sus dedos hacen tanta presión que crean orificios. Se afirma de estos para embestirme con más poder. Apretar tanto, agranda aquellos orificios volviéndolos agujeros.

Estoy al punto de explotar y mis manos no dejan de exprimir las sábanas. Grito una y otra vez pero no se contiene, tampoco es mi deseo que lo haga. Sus movimientos finales se vuelven atroces. Es una bestia encima de mí.

—Esteban—digo su nombre entre gemidos.

—Serena.

Al instante, nuestras mentes se nublan en un deleite armónico.

Los dos estamos completamente agitados. Su respiración gana por mucho a la mía, aun así se acerca a mis labios, y me da un beso.

—Te amo, Esteban.

El detiene todos sus movimientos, incluso deja de respirar, solo me mira, muy fijo a los ojos.

Espero que su respuesta con un poco de miedo. No quiero seguir pensando que la respuesta de aquel día, frente al lago, es la única verdad.

Desliza un dedo por mi nariz, luego por mi mejilla, y recupera la respiración.

—He estado seguro de esto por mucho tiempo—agarra mi mano y la pone en su pecho—Es una locura ahí ¿verdad? —sonríe— Serena, yo te amo, de todos los modos habidos y por haber.

No puedo evitar llorar y reír a la vez. Me he vuelto llorona desde que mi corazón se reveló por su causa.

Con sus pulgares me limpió las lágrimas y me sonrió. Amaría que sus sonrisas, duraran un poco más.

—Ahora vuelvo—se pone de pie totalmente desnudo y sale de la habitación. Al cabo de unos segundos regresa con el bebé en los brazos y lo acuesta entre ambos—Se parece a mí.

—Tiene la piel pálida y el pelo como tú.

—Sacó tus ojos, Serena. ¿Cómo lo llamaste?

—Herón.

Al momento de pronunciar el nombre, el pequeño comienza reír y a mover sus diminutos brazos y piernas.

—Estoy segura, que Isabela estará feliz al saberlo—digo.

—Estoy seguro de que sí.

Nos mantuvimos en silencio por un rato mirando al bebé y jugando con sus bracitos.

—Quiero saber algo—digo y levanto la mirada hacia Esteban.

—Lo que quieras.

— ¿Qué te dijo Aldor para que no reaccionaras contra mí?

—Olvida eso, por favor.

—Pero quiero saberlo.

Apoya su cabeza en una de las almohadas y mira el techo.

—Ese día le pedí que te acompañara hasta mi llegada. También le ordené que viera tu pasado. No quería preguntar, pero quería saber todo de ti. Quizás estés enfadada, pero no me arrepiento. Sí Aldor no me hubiese dicho yo... hubiese hecho una estupidez

No digo nada. Es mejor así.

— ¿Serena?

— ¡Uh!

—Quizás te vuelva a lastimar en un futuro, sabes como soy de egoísta, y más si se trata de ti. Pero planeo recuperar a ambos. Quiero compartir contigo mi vida, el trono, y... la cama.

Me quedo nuevamente sin palabras, mirándolo.

¡Es increíble que provoque estos efectos en mí!

—Deberías mandar a hacer una de hierro—digo el primer disparate que me pasa por la mente y me sonrío— ¿Y qué hay del harén? Esteban, yo quiero ser la única en tu vida.

—Ya me encargué de eso. He liberado a todas, y les he cedido una fortuna considerable para que recomiencen sus vidas.

Sonreí.

— ¡Qué bueno!

—Hubo una en particular que me sorprendió. Creo que fue la primera de ustedes que visitó mis aposentos. Su nombre es...

— ¿Dana?

—Sí, creo que es ella.

— ¿Y cómo qué en ella te pudo sorprender? —digo un poco disgustada.

—No aceptó el dinero, en cambio, me pidió los servicios de Luis. Al parecer su madre y hermano sufrían de una grave enfermedad hereditaria. Les quedaba muy poco.

Me quedé boquiabierta. Debo confesar que estoy muy sorprendida. Eso explica muchas cosas.

—También recordé lo que me dijiste un día, e hice una librería en las instalaciones del harén, para todo aquel que esté interesado en los libros, noble o plebe. Isabela me pidió que la dejara a cargo de todo. Incluso, ha estado impartiendo clases a muchos plebeyos de todas las edades. Te resultaría increíble si ves la cantidad de personas que entran y salen al día.

Escuchar como Esteban habla, ese simple hecho de escucharlo, acaricia mi pecho. Sus palabras desprenden calor, y me gusta mucho ese cambio. Sin embargo, su rostro aun carece de gestos y su mirada aun continúa fría y penetrante.

—Gracias por todo, Esteban.

—Soy yo el que debe agradecerte, Serena.

— ¿Por qué? —Pregunté con una sonrisa.

—Por existir.

Capítulo: 9

“El hijo”

—Herón, ya es tu presentación a la sociedad de nobles, y no como cualquier príncipe, sino como el príncipe heredero. Solo te pediré algo...—dice Edgar.

Es mi tío y lo respeto por muchas razones, pero me son pesados sus sermones a esta edad—compórtate.

—No me gusta ser hipócrita. Me comporto como soy.

—Ya vi esto antes, Herón—dice y desliza una mano por su cabellera—Estás actuando igual que tú padre.

— ¿Mi padre? Pero si parece un idiota frente a mi madre. Viven entre risitas como unos estúpidos.

—Yo y tú tía Elena somos prácticamente iguales, nos amamos ¿o vas a decirme que también somos unos estúpidos?

Aparto la mirada. Solo quiero comenzar con este ridículo evento para terminar de una maldita vez.

Lo escucho respirar profundo.

—Estoy seguro que lo comprenderás cuando te toque vivirlo.

—Esas cosas no están reservadas para mí. El corazón es muy traicionero, pero ya me encargué de domarlo. Es mejor dejarlo todo a la cabeza, mientras más fría, mejor.

—Te equivocas. Llegará. No es una decisión que tomes tú. No importa que te diga esta—señala con el índice su cabeza—cuando llegue el momento—lleva la mano a su pecho—este gritará tan fuerte, que no podrás escucharla.

Nota del autor

Estoy feliz por dar al fin el paso decisivo, y mostrar mi libro a todo aquel que lo desee leer. Quiero avanzar y superar mis límites, espero que “El Canon de Hielo” sea por lo menos un paso en este largo y maravilloso camino.

Gracias.

“por existir”